

Sumario

Editorial, <i>por Fernando Calderón</i>	1
Entrevista a Arturo Warman	2
El encantamiento de las estructuras: las ciencias sociales en la década del 60, <i>por Cristina Miceli y Fernando Calderón</i>	10
Collage para una reflexión absolutamente parcial y arbitraria sobre el pensamiento político y social en los años 60, <i>por Juan Enrique Vega</i>	
Descolonización y pensamiento Movimientos sociales, transformación social, democracia y desarrollo en Africa, <i>por Mahmud Mamdani, Thandika Mkandawire y Wambadía-Wamba</i>	22
Mayo del 68: Sismología social, <i>por Jean Jost</i>	36
La crisis del iluminismo estudiantil, <i>por Eduardo Valenzuela</i>	28
De trenes y de piratas, <i>por Waldo Ansaldi</i>	26
Allende o la lógica política, <i>por Jaime Gazmuri</i>	39
Ciencia social y literatura: discurso narrativo y espacio político, <i>por Ana Pizarro</i>	43
La creación intelectual de nuestra época, <i>por William Faulkner</i>	47
Michel Foucault: poder, condicionamiento (No hay relaciones de poder sin resistencia), <i>por Martín Hopenhayn</i>	48
El deseo de la libertad (La dialéctica y la cuestión del otro), <i>por Benjamín Arditi</i>	52
La situación de crisis y el papel de las ciencias sociales en el desarrollo de América Latina, <i>por Daniel A. Morales-Gómez</i>	60
PROGRAMAS DEL CONSEJO	
Programa Latinoamericano de Investigación y Formación sobre la Mujer	67
Comisiones y Grupos de Trabajo Seminario sobre empresarios en México	68
Programa de Formación y Asistencia Académica	69
Centros miembros de CLACSO-Investigaciones en curso 1985, <i>por Susana Maggioli</i>	71
Reseñas bibliográficas	75

EDITORIAL

Quizás ya es tiempo de realizar un juicio crítico sobre las obras de los sesenta, máxime porque -como podríamos decir parafraseando a Vallejo- en realidad todos han partido, aunque en verdad todos se han quedado.

La forma en que se han quedado es nuestro interrogante, equiparable a aquella que formulaba Walter Bejamin respecto de una obra de arte, impulsándonos a saber si "el contenido de verdad ostensible de la obra se debe a su contenido real, o si la supervivencia del contenido real se debe al contenido de verdad".

Convivieron muchos sentimientos, con sus símbolos y sus ideas. El Che y el submarino amarillo, por ejemplo. Con el submarino se aprendió a volar, a disfrutar del encanto mágico de ser lúdico nuevamente, de enternecerse con el hombrecito azul, aquél que con sus propias palabras se devoraba a sí mismo. También se aprendió a moverse despacito. Con el Che se soñó y se comenzó a revalorizar la unidad latinoamericana y la ética de la generosidad humana. Década de oro y fuego, palabra y dolor, pero, sobre todo, de vidas y muertos queridos.

Las ciencias sociales transitaron también su tiempo creativo, pues entonces se fundaron las principales corrientes del pensamiento latinoamericano y latinoamericanista, tan cercano a la política que busca el poder, a la poesía insolente y al absolutismo paradigmático.

Hoy, desde los ochenta, con cierta nostalgia pero también con firmeza, se puede comprobar que el mundo de las ideas de los sesenta se agota, no sólo por ellas mismas sino también por las transformaciones y las nuevas realidades sociales que, con extraña fuerza e inusitada versatilidad, aparecen en los campos y en las calles de América Latina, frente a un mundo desarrollado y post-industrial, cada vez más abstracto, poderoso y cibernético.

El espíritu crítico y plural de este número de **David y Goliath** pretende así rendir un homenaje a esa generación del trapecio.

Fernando Calderón



Arturo Warman, antropólogo mexicano, es considerado uno de los más relevantes agraristas de Latinoamérica. Entre sus obras, que fueron hitos en la problemática agraria, se hallan *Los campesinos, hijos predilectos del régimen* (México, 1972), *Y venimos a contradecir* (México, 1976) y *Ensayos sobre el campesinado en México* (México, 1ª edición 1980 y 2ª edición 1981^o). Ellas cruzaron nuestra frontera continental; extra-muros se discutió y se sigue discutiendo su reelaboración del concepto de renta de la tierra en Marx, su interpretación de la crisis y, en particular, de la compleja e intrincada situación del campesinado en ella.

Warman, además de habernos narrado sus preocupaciones acerca del papel del campesinado latinoamericano en la economía de la región, nos ha envuelto de un humor contagioso, vital, en fin, un humor para iluminar oscuridades existenciales y sociales. Porque sin humor, tal como nos lo ha mostrado implícitamente Warman, la vida sería un angustioso lunes en el infierno y un aburrido domingo en el paraíso.

Durante una breve estadía en Buenos Aires conversó con nuestro Co-director, Fernando Calderón. Este es el resultado de esa charla.

Conversación con Arturo Warman

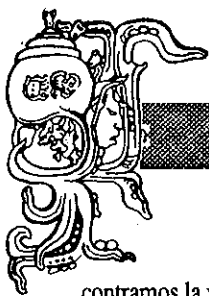
NO PODEMOS TRANSFORMAR NUESTRA IGNORANCIA DE LA REALIDAD EN INEXISTENCIA DE LO EXISTENTE

Cuáles consideras tú que han sido las raíces de tu función intelectual, las influencias teóricas, las escuelas de pensamiento, como también las influencias de la sociedad misma? Pero todo esto me gustaría que lo ubicaras en la década del 60, década convulsionada por movimientos sociales y tan importante para los intelectuales científico-sociales.

En ese momento que tú dices, se veía en la escuela una antropología formal en la que todo lo que interesaba era el indio prehispánico, el indio como reliquia histórica. Así nos dedicábamos a estudiarlo, pero con una gran insatisfacción por esta rigidez teórica. Había otra gran fuente intelectual que era el marxismo pero el marxismo estaba totalmente al margen de la enseñanza académica formalizada y actuaba como una línea paralela. En todas las universidades mexicanas teníamos, paralelamente a los cursos formales, círculos de estudio que no eran militantes, formados básicamente por intelectuales y que constituían el camino de introducción al marxismo, pero a un marxismo muy ortodoxo, muy de manual. De esa escuela de antropología hay, no obstante, algo que rescatar: el énfasis en el trabajo de campo. Un énfasis antiguo: parecía la época de Redfield como trataban de enseñarnos el trabajo de campo. El antropólogo debía convertirse en un ser invisible para ser el observador per-

fecto. Pero por otro lado existía una imagen caótica de nuestra sociedad a través de ese marxismo ortodoxo en el que no había una coincidencia entre lo que veíamos y percibíamos y las categorías del marxismo ortodoxo también cargado de un alísimo contenido de voluntarismo (eran los años de la revolución cubana). Teníamos larguísimas discusiones sobre si las condiciones subjetivas podían desprenderse de las objetivas, sobre el foquismo, etcétera. Pero todo esto estaba paradójicamente sustentado en la realidad; no había una integración entre este pensamiento marxista y el trabajo antropológico, como tampoco había una integración entre nuestro trabajo profesional y nuestro pensamiento teórico. Para ponerte un caso, yo no tenía un trabajo académico, era burócrata de los Bancos de Crédito Rural de México y en la concepción de mi propio futuro no me veía como un trabajador académico. Había otra contradicción en aquel entonces: el tamaño de una masa crítica intelectual que era ya muy grande mientras que el tamaño y los espacios institucionales eran pequeñísimos y estaban totalmente ocupados. Para mi generación no se planteaba, por aquellos años, la posibilidad de una carrera académica. Nuestro trabajo era un desesperado esfuerzo por darle un poco de congruencia a lo que teníamos que hacer en mil sitios distintos, marxismo en unos, antropología de campo en otros, ganarse la vida en otros.

Había otra contradicción, central, que era la del país, entre su imagen y su realidad. Era un país que, en esos años de crecimiento con estabilidad, se construyó una imagen de nación moderna a imagen y semejanza de los EE.UU. Esta vecindad con los EE.UU. es muy importante en el caso de México, y esta imagen intelectual de nosotros mismos era cotidianamente rota por el sólo hecho de salir a la calle. Bastaba salir a la calle, ya no digamos al medio rural, para que esta imagen autosatisfecha de un México moderno se volteara. Bien, en ese sentido pienso que mi generación podía definirse como esquizoide: teníamos una existencia desdoblada en todos esos planos pero que no tenía ni un espacio ni un lugar de integración. Nuestra búsqueda desde distintos puntos de partida era la de un campo para integrar todo esto que constituía partes muy importantes de la vida, pero que conformaba planos paralelos. Creo que esto reflejaba una situación nacional, que la esquizofrenia no era sólo nuestra sino que, efectivamente, era una especie de esquizofrenia nacional, que terminó manifestándose en el gran movimiento estudiantil del 68, en la durísima represión, y donde nos sucedió algo a todos los que participamos en ese movimiento y me imagino que, de alguna manera, también a quienes lo reprimieron. Percibíamos el movimiento y participábamos de él de una forma muy activa pero muy desarticulada, porque nunca en



contramos la verdadera vinculación entre nuestra percepción de la sociedad y el movimiento. Nuestros marcos analíticos no podían explicarnos lo que estaba sucediendo. Y creo que lo mismo les pasó a los que reprimían, que no pudieron entender lo que estaba pasando, ni cómo este movimiento emergía de esta situación esquizoide del país reclamando un cambio. Esto sucedió en la sociología, en todas las ciencias sociales, pero también y de una manera muy importante, en las ciencias naturales y médicas. Era notable que la participación de los médicos en el movimiento estudiantil era proporcionalmente mucho más activa que la de los científicos sociales, porque también para ellos había otra realidad esquizoide. La medicina, que había sido el más seguro de los medios de ascenso o reproducción social, se había convertido en una profesión proletarizada en el servicio público. Pero esto lo supimos después. En ese momento nos preocupaba la búsqueda de un espacio de síntesis, de un espacio intelectual, institucional y hasta de un espacio político de síntesis que no podía brindarnos, evidentemente, la política tradicional mexicana como tampoco la izquierda foquista, fidelista, de aquellos años.

Me parece que en la década del 60, varios intelectuales mexicanos comienzan a revalorizar, de distinta manera, la revolución mexicana, y posiblemente bajo la influencia de algunos historiadores como Womack (no obstante, la lectura de la revolución aparece para los intelectuales como una lectura oculta; algo importante pero lejano). Tengo la impresión de que en la década del 60, y seguramente después también, se trasluce en tu propia producción intelectual esta influencia y con esa revalorización de la revolución mexicana se revaloriza también el papel del campesinado.

Efectivamente fue una gran reacción ante la historia oficial de la revolución mexicana, que es una historia que legítima el poder. Y lo que quedaba de este gran proceso era una serie de símbolos totalmente rígidos. Y frente a esto, una cultura que rechazaba tanto el simbolismo oficial de la revolución mexicana como el contenido popular que nos daba intelectualmente el presente. La cultura era muy cosmopolita. Se definía a sí misma en

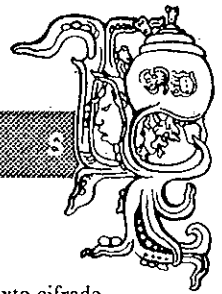
términos de cosmopolitismo. El nacionalismo de la cultura mexicana estaba sometido a una feroz crítica y hasta a una burla por esa nueva cultura cosmopolita. Así, entre algunos intelectuales comienza a gestarse un movimiento para develar la guerra popular de la revolución. Y este camino, como tú dijiste, no podía ser sino iluminado por la historia. Es la historia la ciencia social que inaugura este camino. No podía provenir este interés ni de la sociología, ni de la antropología, ni de la política, sino de la historia, y en este sentido incluiría también como pionera, la obra de González Casanova *La democracia en México*, que es central en la historia de México. Pero la obra de González Casanova era - fundamentalmente teórica mientras que con dos o tres años de diferencia aparecería el libro de Womack que era el contenido que las cifras de *La democracia en México* nos sugerían de alguna manera, contenido concreto de un México popular, presente, ignorado intelectualmente, convertido en estadística. Creo que de la historia viene realmente la revalorización del México popular, mientras que de *La democracia en México* viene la revalorización del papel del intelectual, pero no así la del México popular. En tanto Womack nos muestra otro México, Pablo González Casanova nos señala qué papel puede jugar el intelectual frente a su propio país. La combinación de los dos constituyó una pequeña revuelta intelectual. Implicó colocar a una generación joven frente a la tarea de participar, sacando a la superficie a un México popular que había estado al margen de las ciencias sociales.

En ese sentido, tu libro *Los campesinos, los hijos predilectos del régimen*, que escribiste hacia 1969 y editaste en 1972, constituye posiblemente tu propia lectura, tu propia síntesis intelectual de este proceso, poniendo el énfasis en el campesinado y en la relación campesino-Estado. Hoy, a la luz de los años ¿qué lectura tienes de ese libro?

Tiene un gran contenido de indignación. En mi esfuerzo de síntesis hay mucha indignación, no hay sercnidad; y eso me gusta. Me gusta el tono, la ironía y hasta, en cierta forma, su violencia verbal, como una manera de escribir en ciencias sociales. Algunos me han dicho que

es un libro de difusión por la forma como está escrito. Nunca lo consideré así. Para mí era un libro de investigación; siempre he creído que las ciencias sociales pueden tener la capacidad para un proceso de investigación que pueda comunicarse, sin tener la necesidad de incluir un mensaje cifrado, una jerga profesional, y que no tenemos que plantearnos el problema de primero crear y luego divulgar. Podemos plantearnos que nuestra creación debe estar hecha de tal manera que no requiera de traducción y de esfuerzos posteriores de divulgación. Las ciencias sociales no tienen un instrumental técnico que justifique una jerga especializada, como lo tienen las ciencias naturales en las matemáticas. Ese no es nuestro caso. Por ello rechazaría que el libro tenga un carácter de divulgación, para mí es un trabajo de investigación intentando no recurrir a la jerga profesional. Me gusta el lenguaje pero no me agrada el personaje real de ese libro, que es el Estado, aunque el título se refiera al campesino. En realidad, el campesino es el predicado, el sujeto es el Estado, y esto ahora no me gusta. Me hubiera gustado que fuera al revés. Todavía me gusta el eclecticismo que tiene, cuando veo la bibliografía que utilicé para crear el marco teórico. Era una ensalada imposible desde cualquiera de las escuelas de pensamiento constituido. No había posibilidad de utilizar el marxismo ortodoxo, el chajanovismo, el evolucionismo multilineal norteamericano. La fuerza de la historia concreta y popular de Womack, no podías haberla mezclado con ninguna de las escuelas vigentes. Había que ser ecléctico, pero ecléctico en este caso no quiere decir no selectivo, sino selectivo en combinaciones que en ese tiempo parecían imposibles.

Quizás esta lectura, esta necesidad y esta evaluación que sacas como conclusión de ese libro, te llevaron a hacer un trabajo mucho más concreto, mucho más empírico en relación con el propio campesinado, y cuya producción final sería... Y venimos a contradecir, tal vez el libro mexicano más importante para los latinoamericanos. Allí, creo que hay una curiosa interrelación entre estos tres factores, por un lado, el trabajo sobre un lugar, sobre la historia concreta de un lugar, de un conjunto de comunidades en el estado de Morelos y toda su evolución, desde los



procesos de descomposición, hasta su evolución posterior; pero también el texto introduce, a mi juicio, un nuevo elemento: el de la rediscusión sobre la cuestión agraria, sobre la renta de la tierra y, finalmente, el curioso aporte de una metodología que enfatiza elementos muy particulares del campesinado, de la familia campesina, de la comunidad campesina. Esta interrelación de los tres factores (la vuelta a lo campesino en el proceso histórico específico de una zona, ver como funciona esto en términos de relaciones más estructurales y, por último, verlo a partir de unidades muy concretas) ha producido este libro que ha sido muy importante en la discusión. En este sentido, me gustaría tu opinión acerca de todo el debate científico que hay en ese texto sobre la teoría de la renta del suelo, la relación entre la renta del suelo en el estado de Morelos, con el concepto de renta capitalista del suelo. Allí hablas, según recuerdo, de la relación entre el uso de la tierra y las tendencias decrecientes de la productividad agrícola como factores fundamentales de la diferenciación campesina, lo que implica una intensificación del trabajo campesino y también una tendencia a una mayor diversificación de su propia actividad agrícola; creo que ésta es una de las conclusiones teóricas del texto. Me gustaría que tú nos explicaras cómo esa producción empírica se sitúa dentro de una discusión teórica más grande acerca de la renta del suelo y de la relación entre renta del suelo, producción campesina y capital o capitales.

Creo que la pregunta es central porque el trabajo de Morelos tenía como hipótesis inicial el enfatizar la renta de la tierra como marco teórico a utilizar. En este sentido había recurrido a la visión marxista como contraparte de la obra de Chayanov, donde el concepto de explotación está ausente, y la pretensión inicial era llenar este vacío y lograr una teoría integrada de la renta de la tierra que incluyera los mecanismos señalados por Chayanov dentro del marco marxista. En esas circunstancias, me encontraba ya en otras condiciones institucionales, ya era un trabajador académico; y si el primer libro lo hice fuera de los marcos institucionales, éste, en cambio, se generó en una Universidad, con un equipo de trabajo y con una hipótesis. Y con ese andamiaje salimos al campo y tratamos

de encontrar en la condición empírica una guía de búsqueda para esta integración. Ahora creo que la integración no se consiguió. También creo, cuando me pongo heterodoxo, que no es posible esa integración y que tampoco tiene mucho sentido.

Podrías contarnos cuál era la sustancia de este proceso de integración, ensayado por Kautsky, a partir de tu análisis?

El concepto de renta en la teoría marxista es equivalente a plusvalía y a través de ella se da la explotación en la situación agraria. Ahora creo que es una debilidad en la teoría de Marx, y el modelo de Chayanov nos daba la lógica de funcionamiento de la unidad campesina pero sin incluir la explotación. En el campo mexicano, la explotación era, evidentemente, una fuerza decisiva. Por un lado, tenemos el modelo de Chayanov que nos podía explicar el comportamiento económico pero que no incluía la explotación. Por otro, el modelo marxista explicaba la explotación pero no podía explicar el comportamiento político. Entonces tratábamos de cerrar esta brecha, fundamentalmente, a través de estudios de caso, de unidades campesinas en distintos medios ecológicos y de distintos estratos. Ahora pienso que la cuestión no es cerrar la brecha, y que la fuente de la explotación del campo, en países como el nuestro, no es la renta de la tierra, sino que es el trabajo.

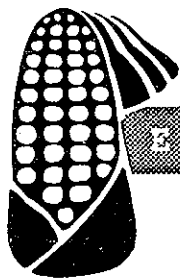
Me parecería interesante que desarrollaras más esta idea.

En este sentido, la renta de la tierra en la versión de Marx es equivalente a la plusvalía del trabajo en general, pero creo que Marx mismo al hacer este traspaso elimina el trabajo como fuente de plusvalor en la cosa agraria. Al llevar a la renta de la tierra la creación de valor, elimina el trabajo como fuente de riqueza y de explotación. Me parece, al respecto, que la teoría de Marx está limitada, porque tenemos desafortunadamente tan poco de Marx mismo y tanto interpretándolo: libros enteros interpretando qué dijo Marx sobre la renta de la tierra. Pero cuando hablo de Marx quiero referirme a su texto en *El Capital*

sobre la renta de la tierra, un texto cifrado, escrito con dificultad y muy difícil de leer, porque entre otras cosas, Marx era una "flor de asfalto" típico, entonces con su gigantesca capacidad teórica le costó trabajo entender el problema de la tierra, de allí que hiciera un texto complejo, cifrado, pero creo que es contradictorio con la teoría del valor-trabajo. Ahí Marx se contradice. En la cosa agraria, dice que el valor es la renta diferencial de la tierra y para el resto de la sociedad dice, el valor-trabajo. Yo creo que lo que al fin de cuentas aporto es la reubicación del trabajo como creador de valor en la agricultura. El trabajo campesino.

En la medida en que construías y producías este texto y además también por la discusión posterior que produjo en toda América Latina (porque creo que todos lo discutimos) tenías interlocutores y tenías colegas. Recuerdo esa famosa polémica en términos de la relación entre economía campesina y capital. Por un lado, buena parte de la teoría en América Latina (estoy recordando algunas posiciones de nuestro común amigo Roger Bartra) ponía énfasis en ese proceso de capitalización de la tierra y su consecuente integración al sistema capitalista, y, por otro, estas ideas que tú empezabas a desarrollar. ¿Cómo podrías sintetizar este tipo de discusiones y cómo las lees hoy día?

La síntesis no es fácil, porque desde su nacimiento la polémica tuvo una intención política, no es una polémica que surge en la academia pura y después se politiza. Por eso, diría que afortunadamente es una polémica contaminada desde sus orígenes que nunca llegó a ser exclusivamente teórica. Podemos leerla como teórica, y en este caso como el enfrentamiento entre dos visiones del futuro del país: un país sin campesinos dominado totalmente por el capitalismo moderno, la de Roger Bartra, y la mía, también llevada a su extremo, la de un país dominado por sus campesinos, quienes terminarían por conquistar ese futuro. Y en un sentido político, desde el principio eran posiciones divergentes respecto del papel político del campesino en la sociedad. Creo que de la posición de Bartra se derivaba la alianza subordinada del campesino a otros movimientos y de mi posición se derivaba otra cosa. A veces se



piensa que yo planteaba la alianza subordinada del proletariado al campesinado. Puede dar esa impresión, en realidad pensaba en una alianza en pie de igualdad.

Creo que esta discusión se plasma con mayor fuerza en otro texto *Ensayos sobre el campesinado en México*, pues allí te sitúas en un punto en el cual dices "yo voy a pelear contra dos ideas: una de ellas es la que hay un proceso de industrialización y modernización capitalista bajo dirección burguesa que destruye la lógica campesina; la otra es la que piensa que desde un sistema de alianzas de la clase obrera y del campesinado se va a dar una vía de proletarización y en definitiva un horizonte proletario". Ambas, dices tú en el texto, son industrialistas, niegan las bases reales de constitución de la sociedad mexicana. ¿Crees tú entonces que el campesinado es un factor histórico y social fundamental en los procesos de cambio y constitución nacional posible en América Latina?

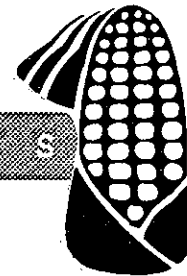
Creo que lo fue y lo sigue siendo. He cambiado en algunas ideas respecto del libro, pero creo que en cualquier circunstancia de América Latina, e incluso en países en que normalmente aceptamos que carecen de un campesinado, incluso en esas circunstancias, el campesinado es un actor histórico definitivo. ¿En qué sentido lo va a ser? Creo que en varios. Lo va a ser porque sin la presencia de ese actor histórico en el análisis y en el proceso social, la transformación de América Latina no podrá corresponder ni con su naturaleza ni con su sociedad. Incluso en la Argentina, en donde el campesinado es cuantitativamente muy pequeño, pero existe. Aunque me cueste trabajo convencer a los argentinos, existe efectivamente campesinado en la Argentina. Si uno elimina de los escenarios posibles el campesinado, resultaría que este país debería haber sido Inglaterra, y no es Inglaterra. La única fuerza social que puede explicarnos por qué la Argentina tampoco pudo ser Estados Unidos es por la existencia histórica de este elemento campesino, y esto, que creo que vale para la historia, indudablemente importa para el futuro. No podemos plantearnos el desarrollo de América Latina sin esta presencia campesina como un factor diferenciador de otros modelos de desarrollo

histórico y como un factor modificador de la naturaleza de nuestra sociedad. La condición de la Argentina es muy similar a la de los Estados Unidos, de colonización muy similar. Magníficas tierras, aniquilación de los indios, poca densidad demográfica y una inmigración semejante a la de aquel país. ¿Pero qué pasa en la Argentina? Pasa que por la presencia histórica de un campesinado la tierra no está libre; la tierra argentina tiene latifundistas, tiene señores de la tierra que no había pasado en Estados Unidos. Y señores de la tierra implica, de alguna manera, campesinado. Entonces, todo el patrón de colonización agrícola en la Argentina está modificado por la existencia de un campesinado. Y en este sentido Argentina no fue Estados Unidos y no lo va a ser, incluso, aunque el campesinado ya sea muy pequeño dentro de la estructura social. Sigo creyendo que el campesinado va a ser un gran actor. Antes lo pensaba como el actor protagónico que terminaría siendo más importante en América Latina que el proletariado industrial, y que éste por la situación dependiente, había nacido enano en América Latina y que se quedaría enano. Ahora he cambiado un poco mi versión respecto de esto. Primero, porque no estoy convencido de que el destino del proletariado industrial sea el enanismo, pero más que todo por la presencia de un nuevo fenómeno: la ciudad y la concentración de masas populares en la ciudad, algo que ni siquiera podemos nombrar como clase. No hemos creado aún el instrumental teórico para nombrar a estos conglomerados populares de las ciudades como clases, lumpens, clases medias bajas, economía informal... Tan mal estamos en las ciencias sociales que ni siquiera les encontramos un nombre de clase a este grupo que en América Latina tiene una increíble importancia, peso indudablemente superior cualitativamente al del proletariado industrial y, en muchos casos, ya muy superior al del campesinado. Entonces, pienso que un desarrollo popular en América Latina, tendrá que darse en alianza igualitaria entre estas tres clases, y que si podemos siquiera empezar a imaginar esto, lo que se derivaría es un modelo de desarrollo de la sociedad que no tiene nada que ver con otros procesos históricos, que tendrá que ser esencialmente diferente por el reconocimiento de tres actores. Todos nuestros modelos son de un

sólo actor, sea la burguesía, sea el proletariado.

Es muy común señalar que dada, la crisis y el proceso de cambio de la economía mundial, por un lado, y el nuevo proceso de modernización, derivado sobre todo de la revolución tecnológica, por otro, América Latina no sólo tiende a perder a largo plazo posiciones de poder en el mundo, sino que parecería que los países latinoamericanos y los latinoamericanos — principalmente los campesinos —, como tampoco la clase obrera no tienen ninguna chance. Parecería, paradójicamente, que hay un proceso de desaparición de esos dos actores que tú consideras fundamentales. En estadísticas aparece que en varios países esta tendencia a la desproletarización y a la descampesinización es muy alta y que el sector que más crece es el sector informal urbano y paralelamente el incremento de las migraciones de campesinos a las ciudades es cada vez más fuerte. Evidentemente el proceso de cambio es muy grande. Hay interpretaciones que afirman que en este proceso de industrialización, de modernización, de reestructuración de la economía mundial, el campesinado no tiene ninguna chance. Así, es tan grande el proceso de modernización y transformación tecnológica y es tan fuerte la imposición externa que las posibilidades de que un modelo alternativo pase por los roles de estas fuerzas, fundamentalmente las campesinas, parece imposible.

No coincido con esta visión, sin negar la terrible presión que la crisis, la modernización, la reorientación de la industria están ejerciendo en nuestros países. No lo niego, es un hecho. Pero si nos limitáramos a proyectar este hecho lo que tenemos son sociedades redundantes, sociedades en las que prácticamente nos sobra todo; donde nos sobra población, en donde en el mejor de los casos podemos incorporar a esta nueva conformación industrial una pequeñísima fracción del proletariado, y si seguimos la tendencia de la modernización agrícola, una pequeñísima parte del territorio (la mayor parte de nuestro territorio no tiene condiciones de ventajas comparativas y sería una fracción ridícula de la población). Y si seguimos proyectando esta tendencia



encontramos redundante hasta la historia y la existencia histórica de estas sociedades, y darle a estas fuerzas, por poderosas que sean, la capacidad de rehacer ilimitadamente a su gusto las sociedades, creo que es una posición ingenua, porque estás fuerzas por más poderosas que sean, son al fin de cuentas fuerzas sociales y caen en el contexto de sociedades muy complejas, muy diversas a las que hemos creado en nuestros modelos intelectuales, y son esas sociedades las que los van a modificar. Con esto no niego la fuerza, no niego el impacto, pero lo que niego es la posibilidad de proyectar esto como un escenario futuro.

Cómo ves tú el escenario futuro?

Creo que hay algunos elementos que sugieren cuál es el escenario futuro. Por ejemplo, siempre hemos pensado que los objetos de propiedad nacional son los que sirven para producir, que la riqueza de una nación está ligada a su inventario de los bienes para la producción. Ahora comienza una segunda revolución conceptual que es ver el mercado, la potencialidad de compra de nuestras sociedades como recurso, la nacionalización de estas gigantescas poblaciones, para servir de eje a una concepción del desarrollo futuro. Y esto es ya un poco histórico. Ya tenemos el caso de Brasil que se plantea el mercado como una reserva nacional, como algo que pertenece a la nación. Definir cómo se va a manejar este recurso es una revolución de una enorme magnitud, porque lo único que no se ha puesto en cuestión en 100 ó 200 años de historia es el libre mercado. Y lo que plantea Brasil, y algunas otras sociedades, de alguna manera, es la nacionalización del mercado, el manejar la población su capacidad de compra, su capacidad de creación, como un recurso de la nación. Creo que esta concepción es revolucionaria y que justamente lo que el GATT, el FMI, los ajustes económicos tratan es de frenar su desarrollo, de hacer de esta increíble riqueza humana en números, de nuestros países (que aunque comprenden poco, acaban comprando muchísimo) algo sometido a las fuerzas internacionales. No se cómo se debe expresar políticamente esto que llamo la nacionalización del mercado.

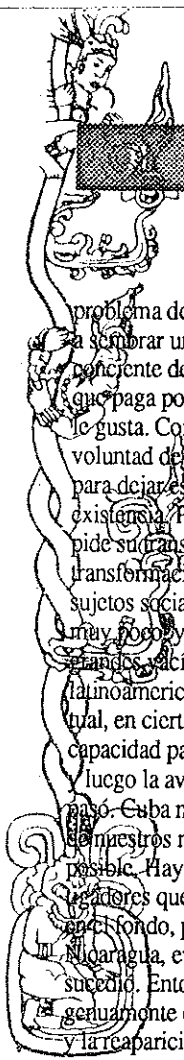
Compartiendo la idea de que hay una ingenuidad en una imagen futura que sea sólo de desorganización social creciente, lo cierto es que las tendencias macroeconómicas, en varios de nuestros países (y no sería el caso de los que crecen sino mucho más de los que no crecen), son tendencias donde se mostraría un achicamiento progresivo del mercado. En ese sentido me gustaría que comentaras más esta idea, que me parece sumamente sugerente, sobre el hecho de que parte de la capacidad de desarrollo de nuestros países afincaría en la capacidad de nacionalizar, integrando esos mercados.

Creo que es verdad lo que dices, sobre todo en los países en que no crecemos el mercado se achica, pero te voy a dar dos casos para ilustrar lo que he dicho. Son los de México y Bolivia que han tenido un descenso brutal en el producto interno. Uno no puede explicarse cómo puede darse ese descenso estadístico sin que en la sociedad haya muertos. Sociedades mal nutridas, sobre las cuales te dicen que dejaron de crecer un 25% en dos décadas y no hay muertos; y no se están cayendo, no se están llenando las ciudades de pestes al estilo medieval. ¿Qué pasa? Aunque no logran de ninguna manera igualar al crecimiento, hay nuevos elementos de la economía que la estadística no va a registrar. Caso de México, la droga. Cuánto es lo que se perdió de nuestro producto interno y tuvo que recuperarlo la población en un acto de verdadera desesperación entrando en la droga. Porque si no estarían efectivamente nuestras calles cubiertas de muertos. El dato macroeconómico nos sugiere eso. Por ejemplo en el caso de México teníamos, antes del decrecimiento del Producto Interno Bruto, casi un 48% de la población en serias deficiencias nutricionales y cuando menos un 30% con deficiencias críticas. Entonces surgen otras fuerzas económicas no estadísticas pero que están jugando un papel central en las sociedades latinoamericanas, un papel doblemente central y peligroso. No sólo son clandestinas sino que son ilegales. Entonces, lo que tenemos que imaginarnos con verdadero terror es qué pasa con países que tienen la mitad de su producto interno ilegal bajo el control de mafias no estatales, de grupos armados, y que tiene el 50% de su

producto interno legal registrado bajo el control de Estados que por la restricción han sido bárbaramente debilitados hasta en su legitimidad. Y ése es uno de los escenarios.

Podríamos, de alguna manera, ligar esta reflexión con la presunción de que no hemos perdido totalmente las posibilidades de que América Latina gesté alianzas entre sectores sociales que den pie a tener nuevos actores históricos?, porque si tratamos de relacionar estos dos comentarios, este fenómeno de no achicamiento absoluto por la aparición de nuevas fuerzas económicas, igual tendría una alta capacidad de disgregación social, de desorganización social que contradice la creación o el surgimiento de actores históricos, aunque sí puede contrarrestar las tendencias más crueles de la reorganización de los mercados.

Yo empecé a pensar en estos términos desde la óptica de la economía campesina. Por ejemplo, qué hace un campesino que tiene una hectárea en la que tiene que crecer el maíz que va a comer, un poquito de café que va a vender; tiene tres chanchitos, etc., ése es su mundo de recurso; uno no le puede quitar sin suplencia ninguno de ellos, no se le puede decir "ya no vas a tener cerdos" porque se provoca una profunda crisis en esa vida, que implica que ya no va a tener carne para comer ni tampoco dinero para pagar al médico cuando se enferme su hijo. Y desde esta óptica tan pequeña empecé a pensar en esto de la economía. Y a nuestras economías no se les puede extraer sin provocarles un colapso, de la misma forma que al campesino no se le pueden quitar los chanchos, pues si le quitan los chanchos va a sembrar coca o marihuana o algún equivalente (que tal vez no compensa todo, pero algo hace) y si ese equivalente es ilegal no sólo esa parte de la explotación campesina se convirtió en ilegal, no sólo el pedacito de tierra que tiene sembrado de droga, sino que el conjunto total se hizo ilegal. Y este proceso de ilegalización de enormes partes de nuestra sociedad (ilegalización implica represión) está sucediendo. Sin embargo, no creo que podamos leer este fenómeno como algo que cancele o suspenda la posibilidad de que incluso a partir de una ilegalidad pudiera reconformarse como actor social, porque el



problema del campesino que se ve obligado a soportar un enervante es que está muy consciente del riesgo que corre, del precio que paga por estar en la clandestinidad, y no le gusta. Conserva, de alguna manera, la voluntad de recuperarse como actor social para dejar este riesgo que amenaza toda su existencia. Por ello, no sé si la ilegalidad impide su transformación en sujeto social. Esta transformación, esta recuperación de los sujetos sociales es algo sobre lo que sabemos un muy poco y creo que allí está uno de los grandes vacíos de las ciencias sociales latinoamericanas. Nuestra historia intelectual, en cierta medida, primero es la total incapacidad para predecir que algo va a pasar y luego la avalancha para explicar lo que pasó. Cuba no era posible y sucedió. Dentro de nuestros marcos intelectuales, no era posible. Hay cientos o millares de investigadores que todavía no pueden explicarnos, en el fondo, por qué Cuba fue posible. Nicaragua, evidentemente, no era posible; sucedió. Entonces, no quisiera ser ingenuamente optimista sobre la recuperación y la reaparición de los sujetos históricos, pero creo que no podemos transformar nuestra ignorancia del proceso en inexistencia de lo existente. El hecho de que no sepamos no puede dar pie a la arrogancia de decir "el proceso no es posible". Ha sucedido, no supimos ni por qué, no se ajustó a lo que esperábamos, sucedió donde no debería haber sucedido, en el momento en que todos dijimos que no era posible. Y en lugar de confesar nuestra ignorancia insistimos en decir "no va a pasar", "no hay síntoma de que esté pasando", "no hay un síntoma de que en un país como México el campesino esté ahora más fuerte de lo que estaba ayer". Y la ausencia de síntomas sobre todo creo yo es producto de nuestra ceguera. Hay cambios que no podemos colocar en este marco de reaparición y recuperación de los sujetos sociales porque no nos lo hemos planteado. Entonces, no quiero ser ingenuamente optimista y señalar que este proceso tan complejo que estamos viviendo nos debe necesariamente llevar a mejorar, pues creo que hay otra cosa que hemos aprendido de manera muy dura en Latinoamérica, es decir, se puede cambiar para empeorar. Toda nuestra historia intelectual le daba al cambio un valor positivo. Todo cambio era bueno. Pero los últimos años nos han enseñado que se puede cambiar

para ir para abajo, para empeorar. Esto es algo real. Pero es algo que no podemos honestamente discutir porque para el campo de las ciencias sociales sigue siendo una profunda incógnita el cómo reaparecen los procesos sociales. Hay una anécdota tomada del libro de Womak y es que una cierta fuerza social inicia la revolución mexicana formalmente, lanza una proclama y falla miserablemente. Madero tiene que exiliarse a tres meses de iniciada la revolución porque no logró levantar a nadie que él se diera cuenta. En Morelos se levanta un grupito de campesinos y mandan a buscar al señor Madero. Mandan a Pablo Torres Burgos, un campesino, a buscarlo. A Burgos le cuesta 8 meses recorrer todo México buscando al líder revolucionario. Mientras tanto este grupito campesino ha derrotado una división del ejército porfirista, ha conquistado militarmente varios miles de km2. Y ahí anda Burgos buscando a su líder natural que está exiliado en St. Louis-Missouri, pasándola muy mal, mientras el ejército campesino ya tiene una magnitud y una fortaleza extraordinarias. Y estos procesos no los vemos y por eso la enorme importancia de la historia, la única ciencia que, si bien no nos ha explicado, nos ha mostrado. La revolución de Morelos era imposible desde el punto de vista de las ciencias sociales y fue un hecho desde el punto de vista de la historia y un hecho de tal magnitud que cuando Torres Burgos finalmente encuentra al señor Madero, los ejércitos campesinos ya habían derrotado a la dictadura, y el señor Madero se hace presidente. Así pasan las cosas en este continente, y no sabemos el por qué.

Todo esto que me dices me hace pensar que han ido profundizando algunos temas que en el pasado trabajaste en términos de la problemática cultural. Recuerdo algunos trabajos del 73-74 sobre diferencias étnicas en México, sobre el maíz y la cultura del maíz e incluso este último libro en el que vas a comparar varios casos en el mundo. Creo que revalorizando ahora el concepto de cultura puedes entender un poco más estas incógnitas. ¿Qué me podrías decir al respecto?

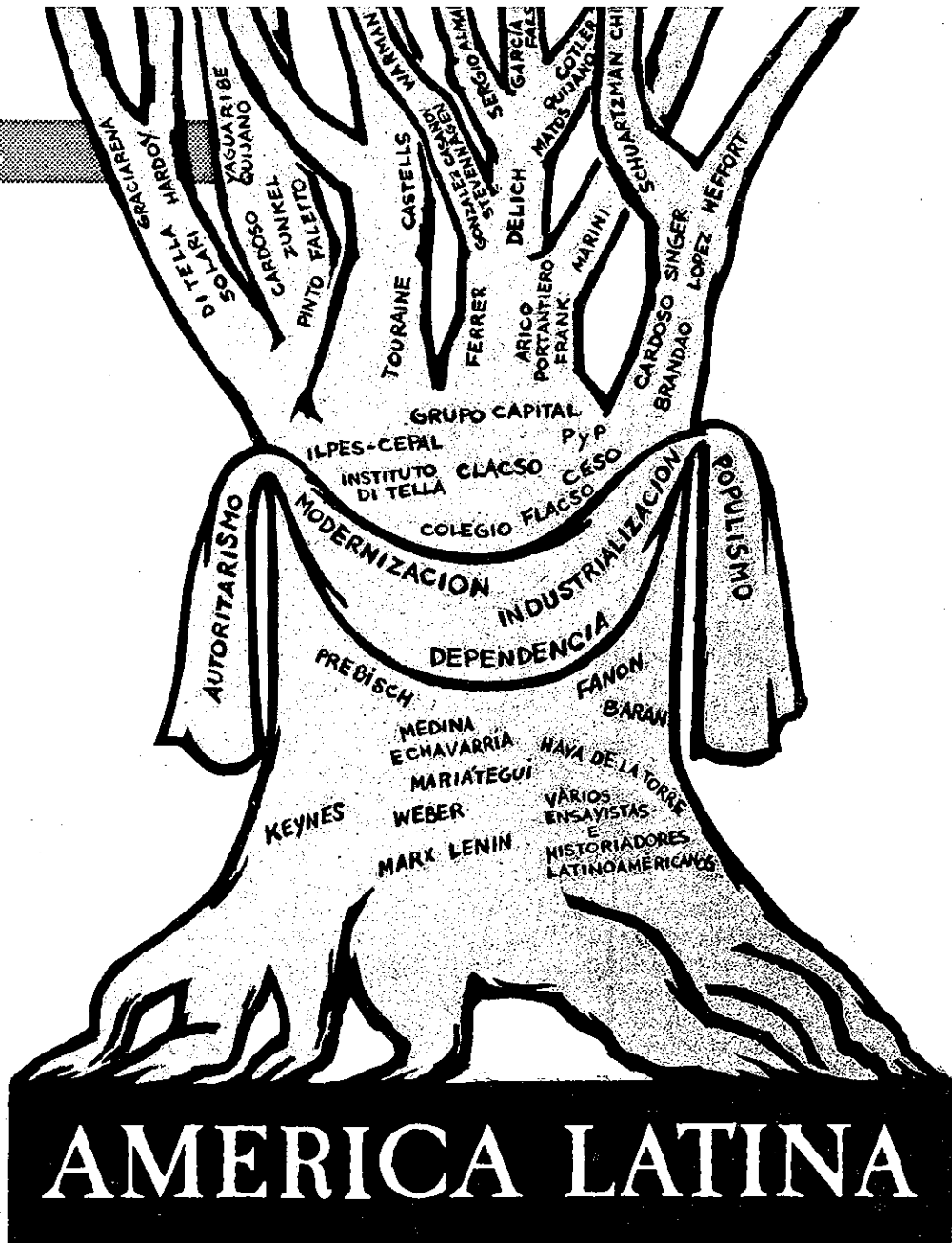
Creo que la gente de mi generación, la generación de los años 60, se encuentra ahora ante un terrible

dilema que no hemos podido resolver. Nuestro pensamiento, nuestra selección de temáticas fue evolucionando a partir de esos años en un ambiente muy propicio. Creación de nuevos espacios institucionales, recursos económicos, la verdadera y radical transformación en el pensamiento social latinoamericano, la sensación, que todos compartimos alguna vez, de que no estábamos solos como intelectuales nacionales, sino que comenzábamos a conformar una comunidad latinoamericana. El enorme orgullo de decir "hay teoría latinoamericana". Todo esto, de alguna manera, fue encadenando temáticas y problemas intelectuales y venimos arrastrando proyectos de largo plazo, proyectos que nacieron en la década del 60. Lo que a mí me hubiera gustado hacer en el 60, recién encuentro las condiciones para hacerlo en el principio del 80 y así venimos con esta carga de proyectos. Y desde los 80 hasta nuestros días la situación cambió violentamente sin que nosotros realmente lo percibiéramos, aunque curiosamente todas las ciencias latinoamericanas lo profetizaron. Cuando se realizó la profecía de esta brutal crisis, nos tomó de sorpresa. Sí, auténticamente nos tomó de sorpresa. Pues si alguien profetizó esto fue toda esta ciencia latinoamericana alrededor de la teoría de la dependencia. Pero cuando de veras sucedió la crisis, nos tomó por sorpresa. Nos agarró con proyectos que están vinculados con el desarrollo de la teoría, de la profesión y con el desarrollo de las personas como historia y ahora nos encontramos en este dilema en que la crisis, la coyuntura, reclaman nuestra atención. Pero nuestra inercia nos está llevando hacia otros temas, hacia otras visiones del pasado. Y el dilema para mi generación, en México, no está resuelto. Y es muy probable que si no encontramos una nueva síntesis parecida a la de la década del 60, la generación se pierda en temas diseñados en los 60, temas que yo no sé si no tienen relevancia pero cuando menos no tienen auditorio en Latinoamérica a fines de los 80 y principios de los 90. Algunos de nosotros, en algún momento, hemos decidido abandonar estos estudios a largo plazo para hacer estudios de coyuntura. Esta ha sido una vía. Otra vía, que es la que yo quisiera seguir, es la de mantener pese a la crisis mi proyecto intelectual viejo, nacido en la década del 60, para leerlo en términos

de la crisis. Pero no quiero montarme en la coyuntura, porque implica gastar mi capitalito intelectual y es muy poco para gastarlo porque no acumulé mucho y no lo puedo dilapidar definitivamente.

Entonces, yo he decidido mantener mi proyecto, que es una historia social del maíz en el mundo, que en el fondo es una historia de como el capitalismo se adueñó/expropió de una de las creaciones campesinas más importantes de nuestro continente, la planta del maíz, que la hicieron a través de milenios gente que podríamos llamar campesinos. El capitalismo la expropió, la convirtió en poder alimenticio y en arma de presión contra nuestros campesinos, pero también contra nuestras naciones y la convirtió en materia prima de industria y, en algunas etapas, en sustento del tráfico esclavista. Y ése es el proyecto en el que estoy metido. Quiero pensar que sigue teniendo relevancia, que si logramos explicar que una planta —algo muy concreto, con realidad material muy precisa, con requerimientos técnicos muy claros (tal cantidad de agua, tal cantidad de sol)— sirve al mismo tiempo para la defensa campesina como para su agresión más violenta, estamos diciendo algo que es importante para la crisis actual y que si logro leer el proyecto, que comencé con ojos de los 60, con los ojos de ahora tendré una posibilidad de integrar y de conservar mi capital. Y además, si bien con respecto al problema de la crisis del pensamiento intelectual de los 60 hemos avanzado muchísimo, el síntoma central de la crisis sigue siendo válido. En las ciencias sociales de nuestro continente no hemos tenido todavía la capacidad, la voluntad para integrarnos a la realidad del continente mismo. Como en nuestros países nos sigue pesando mucho la dependencia intelectual, estamos a veces muy alejados de nuestro entorno social, de nuestra geografía. Y si esa esquizofrenia de los años 60 todavía existe, la tarea intelectual de proponemos con mucha modestia una ciencia social adecuada e interactuante con su entorno social, con su geografía, con su gente, sigue siendo válida. Creo y espero que este tipo de tarea que a largo plazo busca la síntesis tiene todavía un poco de sentido.

Cómo crees tú que se inserta en esta preocupación tuya el aporte teórico de Habermas, tan aceptado en este momento?



En México está recién llegando y va a producir un impacto bárbaro. Creo que no es muy útil. Pero aún creyendo que no sea muy útil, estoy seguro de que vamos a tener que convivir con él durante una temporada larga. Y creo que por una razón muy natural, es decir, esta tradición marxista que enfatiza lo económico, lo material, está representada, ahora, por algunos de los que tienen el poder institucional. Son, en cierta forma los que controlan algunas instituciones en América Latina. Entonces, los jóvenes para enfrentarse a este dominio institucional van a necesitar también de un paradigma alternativo. Creo que Habermas sirve para ser semilla de ese probable futuro alternativo.

Así, esos jóvenes a través de Habermas van a aportar algo muy valioso al pensamiento latinoamericano, es decir, la recuperación, no en términos de Habermas, sino en términos nuestros, latinoamericanos, de tantas dimensiones de la realidad a las que no les hemos hecho caso. Y pensando de este modo, me resigno a convivir con Habermas por varios años y a admitirlo como una influencia positiva. Efectivamente, en nuestras universidades, Habermas sin distancia, sin crítica, se convierte en el nuevo manual revelador, descifrador de la realidad al final de los 80. Pero yo digo que no debemos quejarnos mucho por eso, porque leído como manual es menos malo que el de Marta Harnecker.

El encantamiento de las estructuras: las ciencias sociales en la década del '60

Pensar lo latinoamericano en términos de cambio fue una necesidad impostergable que alimentó a dos "escuelas" de pensamiento que marcaron un hito en la década del 60. Puede decirse que la teoría de la modernización y la teoría de la dependencia (ambas tomadas en un sentido amplio) concibieron tipos de transformaciones del orden social y político que, independientemente de tener correlatos no latinoamericanos, fueron estimados como los deseados por nuestra región. En tal sentido, podemos considerar a ambas teorías como fundacionales, ya que buscaron una salida a la situación de crisis con un perfil netamente latinoamericano. En el presente texto no nos detendremos en críticas históricas, empíricas o metodológicas puntuales que ya otros autores han realizado; nosotros pondremos énfasis en algunos caracteres y campos analíticos comunes a ambas teorías, las cuales pretendieron totalizar, desde cierta perspectiva, la realidad latinoamericana. La sustancia, el eje analítico y a la vez el horizonte deseado de ambas concepciones fue la industrialización; el método y la forma de concebir la realidad, la estructura, y en medio de la sustancia y el método una búsqueda que encarnaba fuertemente la voluntad racionalista, iluminista y modernizante de la época. Hoy, a la luz de la década del 80, debemos preguntarnos por qué ambas concepciones resultan limitadas e insuficientes. Tal vez porque una realidad tan rica, tan dinámica, no podía ser capturada por esquemas formales y formalizantes que en cierto modo la fosilizaban. O, quizás, una realidad cambiante sólo era apresable y manejable a partir de sistemas totalizadores. En primer lugar, observamos que am-

bas escuelas están teñidas de fuertes componentes referidos a la transformación social y política latinoamericana, sea en sentido de desarrollo o de liberación nacional. ¿Por qué se contaba con esta excesiva voluntad práctica por cambiar la realidad? Parecería, por lo tanto, que el voluntarismo frente al cambio es el terreno común de las dos teorías. En segundo lugar, pensamos que las mismas compartieron, con similitudes y diferencias, un campo cultural analítico: así, tres categorías, la modernización, la industrialización y la racionalización, convivieron ambiguamente con deseos de transformación social. ¿Tal vez el compartir esta tríada conceptual —independientemente del uso que cada teoría le dio a los conceptos— imposibilitó la comprensión de una realidad tan rica y multifacética? Ya habían entrado en descomposición los sistemas de pensamiento y las sociedades oligárquicas que los alimentaban y los regímenes nacional-populistas llegaban a su fin. ¿Había, por lo tanto, una necesidad irrecusable de afirmar lo nuevo y, a partir de ello, el porvenir —hilo conductor privilegiado en ambas concepciones—? ¿Demandaba la realidad estos parámetros de interpretación y de explicación? ¿Alimentaba la sociedad latinoamericana este tipo de pensamiento social? ¿Lo valorizaba, lo aceptaba? ¿Entre qué límites fluctuaba esta reincorporación de corte iluminista al pensamiento social? Asimismo, subyace a ambas teorías una propuesta política que es su necesaria consecuencia. Según esa propuesta, el sujeto del cambio era el Estado. De esta forma, las fuerzas sociales, los actores y la dinámica propia de la vida social eran subsumidos o integrados en este patrón.

Finalmente, ¿por qué se le dio este sentido al pensamiento social y no otro?

En estas páginas trataremos de dar respuesta a algunos de estos interrogantes.

Un tripode conceptual común: la modernización, la industrialización y la racionalización

Ni la crítica al orden funcional ni al modernismo teleológico fueron un logro en la corriente dependientista. La ausencia de comprensión de las fases de secularización y de la diversidad propias de las sociedades latinoamericanas fue su principal debilidad. Germani, en base al concepto weberiano de secularización, ordenó analíticamente el proceso de cambio de las sociedades tradicionales a las modernas; se trataba del pasaje del hábito a la elección deliberada, a la institucionalización del cambio. Así, la sociedad tradicional se recuesta en el pasado y lo nuevo es rechazado, repitiéndose lo normativo pre-establecido. El cambio en estas sociedades implicaría de hecho una violación de las normas. Por el contrario, en la sociedad industrial el cambio opera como patrón normal y tal patrón es instituido por las propias normas. El ejemplo más ilustrativo que da Germani al respecto (inspirándose en Weber) es el de la ciencia, en la medida en que sus afirmaciones son sustituidas de acuerdo con los cánones metodológicos establecidos. Estos cánones constituirían el marco normativo del cambio mismo.¹

¹ Véase Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971.



El surgimiento y desarrollo de la sociedad industrial requiere la "movilización". Pero la teoría no aplica sin modificaciones este modelo a la situación latinoamericana y reconoce tres órdenes de diferencias entre ésta y la de los países de "desarrollo inicial": diferencias respecto del sistema social, del sistema cultural y el tipo de personalidad; respecto de la secuencia y rapidez de los procesos de cambio de la estructura social; respecto de las circunstancias sociales de los procesos de transición. A partir de estas diferencias era posible entender, por ejemplo, que el desarrollo político se desviara de la ruta prevista, conduciendo a regímenes nacional-populistas, golpes militares, etc. Por lo tanto, el desarrollo esperado de la democracia dependía, entre otros factores, de cierta "correspondencia" entre "movilidad social" e "integración" y también de la rapidez de procesos como la **urbanización y la industrialización**.²

Ahora bien, detengámonos en el análisis de esta tipología dicotómica. Así, encontramos la suposición de un **continuum abstracto** entre sociedad tradicional y sociedad moderna que implica una concepción teórica sobre las diferencias tanto como sobre las discontinuidades eventuales: se trataría siempre de desvíos dentro de un mismo **patrón estructural** (como bien lo señalaron teóricos de la dependencia). En consecuencia, la transición pasa a ser un proceso de cambio del grado de complejidad dentro de una misma y continua secuencia de cambio de las sociedades nacionales. A partir del momento en que los requisitos sociales de adaptación y de integración de una sociedad subdesarrollada dejaran de cumplirse, sea por propia evolución interna, sea por la presencia de algún factor externo precipitante, se crearían focos de disfuncionalidad en el sistema social que acumulados conducirían a cambios parciales y, posteriormente, a la modificación de la **sociedad en su conjunto**. De este modo, los sistemas sociales son concebidos en un estado de equilibrio inestable y su transformación resultaría de los efectos acumulados de las disfun-

ciones. En fin, se partía del supuesto de que un conocimiento científico con garantías implicaba establecer patrones de invariancia y después desvíos que se reintegrarían al patrón estructural general.³

Cuán lejos estaba Germani de imaginar que detrás de este patrón racionalista de la modernidad se escondía un monstruo de siete cabezas; más tarde, el propio autor descubre en la modernidad y en su orden racional el autoritarismo.

Por ello, no podemos obviar una de las últimas reflexiones de Germani: allí afirma que, por un lado, el resultado de la modernidad occidental ha sido errático, irracional y hasta fatal y, paradójicamente, por otro, que esa versión de la modernidad es la que debemos asumir, tal como se ha desplegado en los países hegemónicos. "Parece razonable suponer que las potencialidades humanas son mucho mayores y distintas de lo que han logrado la cultura occidental y moderna y la de otras grandes culturas. Mas lo que debe enfrentarse ahora no son las limitaciones de la 'naturaleza humana' en general, sino las del hombre tal como se ha realizado hasta ahora. Es esta particular versión histórica de la realidad la que debemos enfrentar".⁴

La principal debilidad de los modernistas fue un no reconocimiento de las relaciones de dominio a nivel internacional, y ésta es la principal virtud de los dependencistas; no obstante, estos adolecieron de la comprensión de procesos empíricos y de la acción socio-institucional que los primeros, de alguna manera, señalaron. Los dependencistas fueron muy críticos entre sí, por ello, convivieron en pugna, en la llamada escuela de la dependencia, distintas tendencias. Entre ellas, por ejemplo: desarrollo del subdesarrollo (Andrew Gunder Frank), situación dependiente (Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto), dependencia y marginalidad (Anibal Quijano y Francisco Weffort), condición dependiente (Theotonio Dos Santos), subimperialismo y formas de acumulación de capital subordinadas (Ruy M.

Marini).

Sin embargo, nuestra hipótesis es que estas tendencias internas se hallan de alguna manera subsumidas en un parámetro común.⁵

Para los dependencistas, la cuestión central no reside en el estímulo de la transición, sino en la ruptura de los lazos externos e internos que tipifican la situación de dependencia, empero, se dieron curiosas coincidencias con los teóricos de la modernización.

Para los teóricos de la dependencia, "segmentos de las **estructuras dominantes** se reproducen en el interior de las **estructuras subordinadas** y pasan a formar parte del sistema interno de producción y de dominación. O sea, el sistema externo corta transversalmente la estructura dependiente y la interpenetra"⁶

De esta forma, las estructuras dependientes presentan una situación bipolar: un polo **moderno, industrializado, urbano** y otro **atrasado, rural y semirural, marginado**. La solución estriba en que este último se desligue radicalmente y rompa las relaciones de dependencia para, finalmente, aprovechar todos los bienes que ofrece el **mundo moderno**, pero sin participar, con su excedente, en la reproducción del sistema capitalista mundial.

Asimismo, en la escuela de la dependencia, los movimientos sociales fueron concebidos como reflejos del orden económico o estatal, o de la acción partidaria. De alguna manera el Estado era el productor de la sociedad y las élites o burguesías dependientes las fuerzas malignas sustentadoras del orden social dependiente; al proletariado, en varias de las versiones de esta escuela, le correspondería cumplir metas históricas preestablecidas; su práctica de alguna manera estaba escatológicamente concebida. Por otra parte, estas concepciones dependencistas, como las de la modernización contenían un **reduccionismo estructural** de las relaciones de clase que las inhibía para analizar las prácticas sociales. Explícita o implícitamente se suponía que los sujetos sociales sólo son



sujetos de clase mientras que, paradójicamente, estudios concretos probaron que en América Latina no existen clases puras, plenamente constituidas y que los sujetos sociales están adscriptos a múltiples posiciones que corresponden a diferentes capas sociales que se jerarquizan y ordenan según los conflictos y las luchas sociales, culturales y étnicas.

Incluso en textos como los de Cardoso y Faletto, la tipología —basada en un análisis histórico-estructural— sobre las situaciones dependientes no alcanza a incluir un análisis dialéctico entre movimientos sociales, Estado, grupos dominantes e imperialismo; allí, en realidad, se analizan bloques de clases y alianzas donde el Estado y el modelo de desarrollo económico son el resultado de dichas alianzas. Finalmente, creemos que esta teoría no sustituyó a la teoría del desarrollo, pero sí replanteó un conjunto de problemas para “explicar”, en lugar de “describir”, “determinar estructuralmente”, más que “prever instrumentalmente”, “comprender”, más que “elucidar funcionalmente” las formas posibles de cambio y de negación de las relaciones de dependencia.⁷ Teóricamente, por lo tanto, el análisis de la dependencia no sustituyó a la teoría del desarrollo, sino que la limitó y le dio un sentido que se consideró el preciso.

Un terreno conceptual común: el estructuralismo

Los estructuralistas trataban de captar la realidad por medio de esquemas de creciente generalidad, o según modelos que la circunscribieran y la explicaran. Inserta en el corazón de lo real, pero más allá de lo inmediato y visible, la estructura revela un aspecto oculto de las cosas: la estructura de la sociedad es algo distinto del conjunto de las relaciones sociales; una relación de intercambio está dado con anterioridad a los objetos intercambiables.

Así, la noción de totalidad aparece como uno de los resortes del análisis:

los elementos de una totalidad no son entidades independientes. La estructura no sólo es una totalidad de fenómenos solidarios, sino que además esta totalidad debe ser pensada exclusivamente desde el punto de vista de las relaciones existentes entre sus términos, relaciones que deben considerarse según el principio de prioridad lógica del todo sobre las partes: ningún elemento de la estructura puede ser comprendido fuera de la posición que ocupa en la **configuración total**, capaz de persistir (invariancia de la estructura) pese a las modificaciones eventuales de sus componentes.

Asimismo, para los estructuralistas hay implícitamente cierta desvalorización de la historia. Y es comprensible, desde el momento en que todo se resume en un orden predeterminado. La historia es el mundo de lo contingente, de lo imprevisible, de lo que escapa al cálculo y a la necesidad.

Sin embargo, las producciones teóricas que abordamos en estas páginas no han descalificado la importancia de la historia, de la temporalidad, de la génesis. Por ello, sus teóricos se han sentido tentados a absorber esa historia concreta en sus propias perspectivas. Se dirá, por ejemplo, que la historia es conocimiento de la discontinuidad de lo real, y que los sistemas no están fijos o cristalizados, sino sometidos a cambios genuinos. Los sistemas están como difractados en una dimensión temporal cuya densidad otorga consistencia a la sincronía. Así, es posible estudiar el pasaje de un estado a otro en términos de estructura: basta con llevar suficientemente adelante el análisis de los aspectos de la vida social para alcanzar un nivel en que ese pasaje se vuelva posible. Existe, pues, una diacronía estructural que parece permitir la reintegración de la experiencia histórica al sistema sincrónico, más fundamental que la diacronía. Pero tal operación totalizadora y totalizante no respeta el orden real del devenir de la historia. La historia real no es una serie dis-

continua de cuadros sincrónicos, sino movimiento concreto y vivido, dialéctica de operaciones singulares. El tiempo de la historia es irreversible, no con la irreversibilidad de una secuencia de cuadros, sino con la irreversibilidad del fluir de un arroyo, del desarrollo de una melodía. El movimiento diacrónico es un proceso construido, abstracto, virtual. La his-

² En este punto nos hemos basado en el ensayo de Germani, Gino, “De la sociedad tradicional a la participación total en América Latina”, en Cardoso, Fernando Henrique y Weffort Correa Francisco (comps.), *Ensayos de interpretación sociológico-política*, cap. X, Siglo XXI, México, 1972.

³ Respecto de los conceptos de disfunción y de desvío que se reintegran al patrón estructural, véanse Parsons, Talcott, *The Social System*, Glencoe, The Free Press, 1959 y Merton, R.K., *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, The Free Press, 1959.

⁴ Germani, Gino, “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”, en varios autores, *Los límites de la democracia*, vol. I, CLACSO, Buenos Aires, 1985, págs. 56-57.

⁵ Véanse al respecto: Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969; Gunder Frank, Andrew, “El desarrollo del subdesarrollo”, en *Desarrollo*, vol. I, núm. 1, Bogotá, 1966; Weffort Correa, Francisco, *Clases populares e desenvolvimiento social*, ILPES, 1968; Quijano, Anibal, *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*, ILPES, 1967; Dos Santos, Theotonio, *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1972.

⁶ Cardoso, Fernando Henrique y Weffort Correa, Francisco (comps.), *Ensayos de interpretación sociológico-política*, Siglo XXI, México, 1972, pág. 31. (El subrayado es nuestro).

⁷ En este punto se tomó una serie de conceptos considerados opcionales a la teoría de la modernización. Ellos fueron extraídos de las obras consultadas, mencionadas en nota 5.

toria auténtica se resiste a tal objetivación. El hombre histórico, el hombre viviente, el hombre de carne y hueso (como dijera Unamuno) no es un objeto: cuando hacemos de él una pieza de un sistema, un elemento de un modelo, lo disolvemos. En fin, los análisis de la estructura y su racionalidad cubrían el escenario social de la realidad latinoamericana en los pensamientos señalados. Quizás los analistas no podían comprender (o se negaban a hacerlo) el conjunto complejo, viscoso, ambiguo y creativo de las relaciones sociales y sus mutuas interacciones y con ellas las capacidades de acción de la sociedad sobre sí misma. Tal vez los movimientos sociales de manera latente o implícita o subconscientemente eran percibidos como "lo irracional", lo no explicable.

Variaciones sobre un mismo tema

Los teóricos de la modernización como los de la dependencia comparan un modo de análisis que tiene cánones definidos, considerados universales. Pero, obviamente, son diferentes entre sí. Por una parte, porque son producto de formaciones teóricas diferentes y, por otra, porque los valores orientadores de las escuelas teóricas pueden ser no sólo distintos, sino también opuestos. Unos están vinculados con concepciones teóricas más difundidas en los Estados Unidos (como el estructural-funcionalismo parsonsniano), otros llevan un bagaje cultural enraizado en la tradición europea (como el marxismo y el neo-marxismo). No obstante, en la diversidad de las orientaciones teóricas y de las opciones políticas e ideológicas es posible hallar un marco de referencia compartido en la idea de desafío de la modernización, tanto como en la idea de que la respuesta a este desafío pasa por la ciencia (el racionalismo cientificista), concebida ella misma como valor.

Ambas concepciones utilizan en forma casi similar el concepto de estructura,

el cual de por sí resulta sumamente abstracto y parcial. Ello trae apareado que no se proceda por una síntesis de realidades significantes y la consecuencia ulterior es la de un empobrecimiento en la significación. La sincronía no proporciona más que un esqueleto.

Una nueva realidad: ¿una nueva teoría?

Hoy nuestra mirada recorre un nuevo espacio social, tal vez ya predibujado en la década del 60, y los antiguos instrumentos para comprender los nuevos actores sociales, culturales y políticos que lo surcan, ya no sirven. La heterogeneidad, la fragmentación, la segmentación social resisten a los modelos totalizadores y omnicomprendivos. La diversidad se nos impone y ella no es una modalidad, una variación de un tema central: la estructura.

Lamentablemente, sólo la emergencia de una crisis epocal que hoy toca y sensibiliza todas las dimensiones de la vida social nos condujo a desestimar la existencia de un núcleo fundacional oculto pero al mismo tiempo capaz de servirnos para descifrar nuestras realidades.

Así con la actual crisis que sacude a la región han emergido o reemergido movimientos sociales que exigen o demandan entender "lo irracional" (como lo anti-estructural) para poder visualizar no sólo la crisis y sus opciones, sino las mismas sociedades latinoamericanas.

Con la crisis de los modos de industrialización y del sistema cultural que los acompaña, los viejos y nuevos actores sociales, de alguna forma, están redefiniendo sus mutuas interacciones y sus relaciones con el Estado y la política; en este sentido, tal vez los movimientos sociales, en su diversidad y complejidad, sean potencialmente portadores de un nuevo orden social.

Sin embargo, la emergencia de movimientos sociales configura un horizonte muy diverso. Lo que existe

es un abanico multicolor, multiforme y heterogéneo. Tal vez estos movimientos sociales hayan roto o estén provocando la ruptura de algunas concepciones totalizantes, excluyentes y únicas del destino de América Latina.

Creemos en la prioridad de la vida, aunque ello no implica dejar de lado una preocupación racional en el hombre. Sólo como vida —con su irreductible resto insondable en el hombre— se encarna lo real originariamente con sentido de participación, de identidad, de diferencia, de finitud y de auténtico cambio social. Buscamos un orden que sea capaz de seducir a la libertad para realizarla, un orden cuya autoridad no venga de la fuerza. Pues sólo desde la libertad puede concretarse la vital necesidad de una transformación societal. Otro orden muy conocido, que primero se vinculó con el espíritu y más tarde con la materia, pretendió constituirse en un fin en sí mismo que realizara la libertad de un modo acabado y perfecto; pero ambos caminos llegaron a emparentarse con el totalitarismo. Pareciera ser que los propios movimientos sociales, más que las interpretaciones analíticas, van mostrando un horizonte de posibilidades a través de sus conflictos, del fracaso o creciente descomposición de los autoritarismos, y la búsqueda de un cambio de la condición social de gran parte de las sociedades latinoamericanas.⁸



⁸ Un análisis de los movimientos sociales en particular puede verse en Calderón, Fernando (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, CLACSO, Buenos Aires, 1986.

Juan Enrique Vega

Director del Instituto Latinoamericano
de Estudios Transnacionales (ILET),
México D.F.

COLLAGE PARA UNA REFLEXION ABSOLUTAMENTE PARCIAL Y ARBITRARIA SOBRE EL PENSAMIENTO SOCIAL Y POLITICO EN LOS ANOS SESENTA

1. El dilema de Cristóbal Colón ¿redescubrir "las Indias" o descubrir América?

Por todos es conocido el drama de Cristóbal Colón. Apoyándose en sus conocimientos no sospechó durante largo tiempo que los territorios que iba descubriendo fueran un nuevo continente. Ellos, más bien, coincidían con el objeto inicial de su proyecto: las costas orientales de Asia. En ese sentido, Colón nunca se sintió un descubridor. Era, antes que nada, un verificador y un identificador. Su tarea principal se orientaba a ganar tanto nuevas rutas comerciales como nuevos mercados espirituales para el Reino Ibérico. No inútilmente antes que el gran navegante del Mar Tenebroso, había sido y era el profeta que había predicado, durante casi veinte años, "la viabilidad de la ruta occidental hacia las riquezas fabulosas del Asia"; "y el elegido de Dios para la gloriosa empresa de crucero del Mar Tenebroso, que creía haberle sido reservada desde siempre por la Providencia".¹

La imagen de lo que tenía que des-

cubrir existía en el comerciante genovés antes de emprender sus navegaciones. Ella correspondía a los siguientes rasgos arquetípicos: "Asia poseía unas dimensiones enormes que la acercaban por el Oriente considerablemente a Europa. El Mar Tenebroso era una extensión mucho menor de lo que supusieron los antiguos y podía ser navegado fácilmente en pocos días contando con vientos favorables. En ese mar, y a unas 1.500 millas de la costa de Catay, se encontraba la fabulosa isla de Cipango. Entre ésta y la tierra firme de Asia había una multitud de islas. La población de todas aquellas tierras era de piel clara, pacífica, culta y civilizada, y, tanto las islas como la tierra firme, albergaban riquezas indescriptibles de oro, plata, piedras preciosas, especias, seda y todas las demás mercancías definidas como valiosas por las necesidades comerciales y la demanda del mercado occidental."² Todas estas maravillas serían del primero que las alcanzara, de acuerdo con las reglas del modelo de apropiación imperialista de la época, incluyendo, evidentemente gentes y

¹Pastor, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Premio Casa de las Américas, La Habana, 1983, pág. 19.
²Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 32.



cosas.

“Pero no todo era tan positivo en la representación que se hacía Colón de aquellas tierras fabulosas que lo esperaban en algún punto de la Mar Oceana. Según sus mismas fuentes, aquellos lugares remotos poseían también un aspecto inquietante y tenebroso que se concretaba en los monstruos citados desde Plinio por diversas autoridades: grifos de cuerpo de dragón y alas de águila; dragones que escupían fuego y estrangulaban elefantes con la cola; sirenas, mezcla de mujer y pájaro o de pez y mujer, que adormecían a los marinos con sus cantos para hacerlos pedazos cuando sucumbían al sueño; calamares gigantes que nadaban agitando sus patas innumerables; y gorgonas cubiertas de escamas con dientes de cerdo y alas de pájaro.”³

Aunque la realidad de lo que enfrenta Colón a su arribo al continente americano fue terriblemente problemática y en más de una oportunidad lo llevó a dudar de sus imágenes primigenias, el navegante genovés desde el momento del descubrimiento no dedica su inteligencia “a ver y conocer la realidad concreta del Nuevo Mundo sino a seleccionar e interpretar cada uno de sus elementos de modo que le fuera posible identificar las tierras recién descubiertas con el modelo imaginario de las que estaba destinado a descubrir. Colón se aplicó a llevar a cabo este proceso de identificación con una voluntad y una constancia mucho más notable si se tiene en cuenta la gran diferencia que existía entre su fabuloso arquetipo y la realidad que contemplaba cotidianamente en sus recién descubiertas Indias.”⁴ “Quisiera hoy partir para la Isla de Cuba, que creo debe ser Cipango, según las señas que me dan estas gentes de la grandeza de ella y riqueza, y no me detendré más aquí”. (Cristóbal Colón, *Diario del Primer Viaje*).

En la narración de sus descubrimientos de islas y tierras del Nuevo Mundo, Colón **selecciona, transforma, interpreta y elude**, creando verbalmente una represen-

tación de la realidad americana en la que lo imaginario y la ficción tienden a predominar claramente sobre lo real. “Colón argumenta cuidadosamente cada una de sus identificaciones e impone a los elementos de la realidad descubierta las modificaciones necesarias para que confirmen su percepción y demuestren la validez de sus razonamientos. La naturaleza, las tierras, el mar, los habitantes, la flora y la fauna emergen verbalmente del proceso de verificación descriptiva convenientemente transformadas para demostrar la validez del modelo y la exactitud de los cálculos cosmográficos que apoyaban el proyecto del Almirante”.⁵

No obstante, Colón nunca estuvo sólo en el Nuevo Mundo. Estas tierras no estaban desiertas. Ellas estaban habitadas por unas gentes que —al contrario de lo que le sucedía al genovés— conocían la naturaleza de aquellas tierras a través de una larga experiencia personal y de una historia colectiva. Sabían, por ejemplo, “si había oro, perlas, especies, sabían si las islas que habitaban eran grandes o pequeñas, islas o tierra firme; conocían las costumbres de sus propios pueblos, sabían si comerciaban, con qué y con quién, si hacían la guerra y como la hacían. Estas gentes hablaban entre sí —aunque no fuera cierto que poseían todos la misma lengua, como afirmó simplista y optimistamente el Almirante en su primer viaje— y también con Colón y con los demás españoles. Colón les enseñó muestras de las mercancías que buscaba, les interrogó, les utilizó como guías e informantes. Y, sin embargo, la información que estos poseían sobre sus propias tierras y culturas nunca llegó a las páginas de la narración colombiana”.⁶

Colón pregunta y los indígenas contestan pero, sorprendentemente, la información que según Colón proporcionaban los habitantes de las tierras que iba explorando siempre venían a coincidir con las fantasías del Almirante, siempre corroboraban la exactitud de las identificaciones que iban deformando la realidad de cada nuevo

descubrimiento. Y esto en contradicción flagrante con los elementos concretos de esa realidad que ellos forzosamente conocían.

En todo caso, la presencia irreductible de los habitantes de las tierras recién conocidas, hizo imposible su identificación con el modelo de habitantes decriptos en los relatos de Marco Polo. Entonces nuestro Almirante, sorprendentemente, operó un mecanismo de **inversión** de los términos del modelo, confirmando así la vigencia implícita del código de identificación con que venía trabajando. Así se transformaron en: desnudos/ desarmados/ pobres/ generosos/ no agresivos/ mansos/ cobardes. El conjunto de estos rasgos terminó conformando una especie de salvajes, siervos y bestias. Esta caracterización obligó a que al código de la **inversión** le sucediera paulatinamente un tercero, el de la **evangelización**. Identificación, inversión y evangelización constituyen el mecanismo clave por medio del cual el descubrimiento de América es, en la experiencia de sus protagonistas, un reconocimiento, y la conquista, una empresa espiritual de salvación de los hombres de su propia condición. En términos más modernos, de **su falsa conciencia**.

“Algunos hombres, razona el Almirante, son idólatras y tienen costumbres bestiales, y la mayoría no conoce la lengua.”⁷

Colón en todo caso, era simplemente un hombre de su tiempo, no una imaginación particularmente perversa, tampoco era un monstruo imperialista (colonialista) que recorría el mundo buscando seres a los cuales someter. Efectivamente, además, había realizado una grandiosa hazaña. Y, por sobre todo, aunque él nunca llegó a saberlo plenamente, fue él quien protagonizó el descubrimiento de América por parte de los europeos. Para los habitantes de estos lares fue la vanguardia de aquella pléyade de

³Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 33.

⁴Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 47.

⁵Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 76.

⁶Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 75.

⁷Pastor, Beatriz, *ob. cit.*, pág. 99.



conquistadores (que más que "descubrirnos", se dedicarían a "civilizar-nos"), el que había iniciado el proceso por el cual íbamos a ser conquistados.

2. "Amores de estudiantes ¿flores de un día son?" Ilusión y desilusión.

La década del sesenta fue la del optimismo. También lo había sido, de alguna manera, la del cincuenta. Aunque no era un optimismo igual, ni el mismo de los sesenta. Primero, surgieron las expectativas sobre el desarrollo y la modernización de nuestras sociedades, inmediatamente después y ahora junto con ellas, las certezas de los cambios estructurales, de la revolución y de la sociedad socialista cercana. A éste estéticamente bello período lo reemplazó el tiempo del palidecimiento de la ilusión, principalmente entre los intelectuales. Desde la derrota de Allende, en Chile, empezaron a sucederse una multiplicidad de "realismos", de las más diversas inspiraciones. Los ideales y la esperanza, en el mejor de los casos, fueron erosionados. El opacamiento del entusiasmo fue generalmente explicado en términos de **maduración**. Las utopías no desaparecían, se desdibujaron, muchas veces en retroceso vergonzoso ante acusadores; algunos de ellos eran los mismos que antes habían sido sus portadores.

En cierta forma el mundo no sólo se "desencantó" (en el sentido weberiano) sino que también se **desilusionó**. Y como otro Colón lo señala por ahí, "los resultados positivos de los momentos desilusionantes han de ser bienvenidos, especialmente porque permiten un relativo distanciamiento y concientización de los supuestos éticos que yacen, en otras épocas más entusiastas, escondidos tras la pasión de la época". Sin embargo, "la desilusión tiene siempre el peligro de entronizarse y autoclamarse lucidez;

y a esta posibilidad sí se le ha de temer. No es tanto un periódico desánimo el que nos preocupa. El desánimo temporero es la melancolía y en ella reina la memoria y nos permite la reconciliación. Este estado melancólico lo cultivamos usualmente sublimándolo en el canto y nos ha provisto desde tiempos inmemorables la dulzura anímica que reproducimos hoy en el canto romántico o en el **blues**. Pero de esta melancolía nos arranca otra forma musical misma, la música festiva, la comparsa del carnaval. Musicalmente, pues, mantenemos un saludable equilibrio entre el desánimo reflexivo y el ánimo celebrativo. Y así ambos extremos pueden ser vividos sin temor de perdernos en los extremos. Rendimos culto a todos nuestros dioses y nos mantenemos a salvo de la irreconciliable lucha entre ellos. Nos preocupa, pues, no tanto la desilusión como la decisión de desilusionar".⁸

La desilusión se viste de objetividad y lucidez. Esa es su máscara y ahí reside su poder de atracción y de destrucción.

Antes, la ilusión muchas veces se había presentado como verdad y pasión, como inevitabilidad que sólo debía ser puesta a luz: reconocida e identificada, para adquirir el status de la historia transcurriendo o realizándose.

La pasión, en todo caso, no siempre es simplemente la portadora de una ilusión. Puede ser también una fuerza que contribuya a fundar y a construir una **voluntad**. Sólo que, en este caso, se requiere, si la voluntad busca ser eficiente, que ella se finque en las potencialidades que presenta la propia realidad.

Los años sesenta significaron para América Latina y para el pensamiento social y político muchas y múltiples cosas. Y como todas las cosas, ambiguas y polivalentes realidades. Antes que nada, después de largas décadas de pragmáticos y chatos "realismos" la voluntad apareció recuperada como valor y la imaginación como conducta. Las utopías fueron energías abso-lutizadas, convertidas en vicios

ideológicos y paroxismos. Se recorrió el camino en que la voluntad de la imaginación se transformó en esquema y ¡absurdo!, **en estructura**.

A partir de la Revolución Cubana el ciclo vivido fue complejo y contradictorio (necia obviedad) incluyendo, por una parte, el redescubrimiento de que nosotros mismos, los latinoamericanos, existíamos; de que era necesario la búsqueda de una matriz originaria que reintegrara la unidad de pensamiento y acción — gran intento y principal mérito de las ciencias sociales de la década con sus Cardosos, Aricos, Falettos y Aníbalos Pintos, entre tantos otros, quienes produjeron indicios, huellas y senderos para el tiempo largo— y que poseíamos un imaginario fructuoso de nuestras identidades que, "realismos maravillosos" por medio, era puesto a la vista del mundo por los Cortázares, Garcías Márquez, Carpentieres, Donosos y Vargas Llosas.

Por otra parte, incluyó nuevas navegaciones de Cristóbal Colón en pos de "las Indias", con sus respectivos reconocimientos, identificaciones y evangelizaciones (reincidiendo con esto en la hazaña del Almirante que volvió a intentarse muchas veces desde aquella originaria), pero además, hubo formalizaciones estructurales y una infinidad de polémicas en las que se enfrentaron los seguidores de Cristóbal Colón con los de Juana de Arco, sin olvidarnos de los wagnerianos y los que invocaban a Marx, Lenin y Althusser. Todos con sus respectivos Rodrigos de Triana, que gritaron: ¡Tierra! ¡Tierra! Pardiez, ¡al fin llegamos!

3. Los rostros, rastros y cicatrices de la conciencia.

"Hubiera sido tan fácil organizar un esquema coherente, un orden de pensamiento y de vida, una armonía. Bas-

⁸Colón, Héctor Manuel, **Autoconciencia y desilusión: la postura ética del científico social**, Tesis de Maestría, UNAM, México, 1986, pág. 23.



taba la hipocresía de siempre, elevar el pasado a valor de experiencia, sacar partido de las arrugas de la cara, del aire vivido que hay en las sonrisas o los silencios de más de cuarenta años. Después uno se ponía un traje azul, se peinaba las sienes plateadas y entraba en las exposiciones de pintura, en la Sade y en el Richmond, reconciliado con el mundo. Un escepticismo discreto, un aire de estar de vuelta, un ingreso cadencioso en la madurez, en el matrimonio, en el sermón paterno a la hora del asado o de la libreta de clasificaciones insatisfactoria. Te lo digo porque yo he vivido mucho. Yo que he viajado. Cuando yo era muchacho. Son todas iguales, te lo digo yo. Te hablo por experiencia, mi hijo. Vos todavía no conocés la vida".

Y todo esto tan ridículo y gregario podía ser peor todavía en otros planos, en la meditación siempre amenazada por los **idola fori**, las palabras que falsean las intuiciones, las petrificaciones simplificantes, los cansancios en que lentamente se va sacando del bolsillo del chaleco la bandera de la rendición. Podía ocurrir que la traición se consumara en una perfecta soledad, sin testigos ni cómplices: mano a mano, creyéndose más allá de los compromisos personales y los dramas de los sentidos, más allá de la tortura ética de saberse ligado a una raza o por lo menos a un pueblo y una lengua.

En la más completa libertad aparente, sin tener que rendir cuentas a nadie, abandonar la partida, salir de la encrucijada y meterse por cualquiera de los caminos de la circunstancia, proclamándolo el necesario o el único.

La Maga era uno de esos caminos, la literatura era otro (quemar inmediatamente el cuaderno aunque Gekrepten se re-tor-cie-ra las manos), la fiaca era otro, y la meditación al soberano cuete era otro. Parado delante de una pizzería de Corrientes al mil trescientos, Oliveira se hacía las grandes preguntas: 'Entonces, ¿hay que quedarse como el cubo de la rueda en mitad de la encrucijada? ¿De qué sirve saber o creer saber que

cada camino es falso si no lo caminamos con un propósito que ya no sea el camino mismo? No somos Buda, che, aquí no hay árboles donde sentarse en la postura del loto. Viene un cana y te hace la boleta'.⁹

"RESUMEN"

"En este capítulo hemos visto lo que se entiende por lucha de clases, los distintos tipos de lucha de clases (económica, política, ideológica), las diferentes formas en que se pueden dar estas luchas: legales o ilegales, pacíficas y violentas, cuál debe ser la actitud del partido marxista-leninista frente a ellas, y la esatragia y la táctica en la lucha de clases, para terminar con un análisis de las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución social, cumbre de la lucha de clases".

"CUESTIONARIO"

1. ¿Qué se entiende por lucha de clases?
2. ¿Qué se entiende por lucha económica?
3. ¿Qué se entiende por lucha ideológica?
4. ¿Qué se entiende por lucha política?
5. ¿Qué se entiende por "lo político"?
6. ¿Qué se entiende por "la política"?
7. ¿Qué se entiende por tipos de luchas?
8. ¿Qué se entiende por forma de lucha?
9. ¿Cuál es la tesis marxista respecto de la forma de lucha?
10. ¿Qué se entiende por programa mínimo?
11. ¿Qué se entiende por programa máximo?
12. ¿Sólo el programa máximo es revolucionario?
13. ¿Cuándo realiza un partido político una táctica correcta?
14. ¿Qué consideraciones deben tenerse en cuenta para lanzar una

consigna política correcta?

15. ¿Qué se entiende por revolución social?
16. ¿Qué se entiende por situación revolucionaria?
17. ¿Qué se entiende por condiciones objetivas de la revolución?
18. ¿Qué se entiende por condiciones subjetivas de la revolución?

"TEMAS DE REFLEXION"

1. ¿Se puede combinar la lucha electoral con la lucha armada?
2. ¿Cuándo un programa mínimo es un programa revolucionario?
3. ¿Qué elementos tomaría usted en cuenta para fijar la estrategia que debería seguir la revolución en su país?
4. ¿Qué condiciones son las mínimas necesarias para iniciar la guerra popular prolongada con éxito?¹⁰

"Inés habló con la bisquera probablemente enfocada en los cincuenta mil obreros que, según ella, marchaban hacia París. Ni una sola gota de beso en su rostro.

—No sé si me das más pena que asco, Martín, durmiendo como una mujercita mientras cincuenta mil obreros están por entrar a París.
—Inés, no estaba durmiendo, vamos un rato a la terraza y te cuento, yo también he estado manifestando, Inés, sólo que... vamos a la te...

—Sólo que el gran burgués manifiesta con horario fijo. ¡Tú te has creído que esto es turismo o qué!

—Cambiamos de tema hasta después de la revolución, Inés...

—¿O sea que esta revolución se va a acabar? —ese fue el hijo de puta de Mocasines.

—No sé si alguno de ustedes quiere escucharme, pero he estado oyendo la radio hasta hace una hora y media, no ha dicho nada de esos cincuenta mil

⁹Cortázar, Julio, **Rayuela**, Editorial Sudamericana, 21ª edición, Buenos Aires, 1977, págs. 339-340.

¹⁰Harnecker, Marta, **Los conceptos elementales del materialismo histórico**, Siglo XXI editores, 43ª edición, México, 1980, págs. 213-214.

obrer. Deben ser bolas que corren por las calles.

—Este sí que toma sus deseos por realidades— el hijo de puta de Mocasines, otra vez.

—Sólo quería decirles que la radio lo va transmitiendo todo y que...

—Y tú te pasas la revolución echado en la cama; cojonudo el tipo: escucha la revolución por radio.

—Por favor, sáquenme a esta mierda con mocasines de encima y me vuelvo Lenin, si quieren.

—Martín —dijo Inés—, los obreros van a llegar dentro de unas tres horas y aquí necesitamos descansar y dormir un poco.

—Difícil con los ladridos del monstruo y de Bibí. Y además, cuidado, que no tarda en llamar a la policía.

—Déjala que se atreva.

—Es muy capaz de atreverse, Inés, cuidado.

—Bueno, Martín, ya basta de miedos; sal de la cama para que puedan echarse algunos camaradas; los demás pueden descansar en el suelo. Tú anda preparando café para dentro de un par de horas.

—Momento, caballeros; mi cama es mi cama y de aquí no me saca nadie. ¡Qué tal concha!

—Martín —intervino Lagrimón, irridadísimo, y con los bolsillos del saco y del pantalón llenecitos de libros con mucha cultura—, esa cama puede ser necesaria para fines más importantes. Ya es hora de que vayas resolviendo tus contradicciones.

—Para contradicciones, las tuyas, viejo, que lees y estudias hasta cuando manifiestas. Creo francamente que en vez de tanto libro deberías tener unos cuantos adoquines en los bolsillos. ¿No sabes que gran parte de este asunto es contra la universidad, contra la cultura?

Tardó días en secarse el lagrimón tan enorme que Lagrimón dejó caer sobre la alfombra. Y los cincuenta mil obreros de Inés siguen tardando años porque hasta hoy no han llegado a ninguna parte. Y por eso, y por aquello, y por lo otro, yo no tardé nada en convertirme en ese ser abyecto que gritó que ni con mandillo salía yo de mi

cama a servirle cafecito a nadie.”¹¹

4. Las navegaciones de un descubridor francés: reconocimiento, identificación, inversión y evangelización.

“Una de las mayores polémicas que divide a las organizaciones revolucionarias es la que plantea el problema de la naturaleza de la revolución. En una palabra, a la tesis sectoria de influencia trotskista de la revolución socialista inmediata, sin etapa previa, se opone la tesis, tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria antifeudal, llevada a cabo con la ayuda pero en realidad bajo la dirección de la burguesía nacional. Por encima de las dos tesis muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido ‘sin etapas’ separables, que aunque no parte de una reivindicación socialista, conduce inevitablemente a ella cuando la vanguardia del proceso revolucionario representa sinceramente a las clases explotadas. Tal parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana. Pero la Revolución Cubana enseña también que el nudo del problema no está en el programa inicial de la revolución sino en el hecho de que ella ha resuelto prácticamente el problema del poder del Estado antes (subrayado en el original) de la etapa democrática burguesa y no después... parece que en América del Sur la etapa democrática burguesa de la revolución supone la destrucción previa del aparato de Estado burgués.”¹²

“Los reveses sufridos por el movimiento revolucionario en América Latina son verdaderamente poca cosa, si se miden por un período de tiempo que es prólogo de las grandes luchas de mañana, si se tiene en cuenta que los pocos años pasados corresponden a un período de arranque y reajuste que han atravesado todas las revoluciones en su principio. Más aún, lo que puede sorprender es que al-

gunos movimientos guerrilleros hayan podido resistir tantos ensayos y errores, unos inevitables y otros no. Al decir de Fidel, eso es lo asombroso y lo que prueba hasta qué punto el movimiento es suscitado por la historia. De hecho, más que de fracasos hay que hablar de cierto explicable estancamiento y de falta de desarrollo rápido, consecuencia, entre otras cosas, de los desaciertos y errores inevitables en esta etapa de exploración de una concepción y un método revolucionario nuevo (subrayado en el original) pese a su engañoso parentesco con otras experiencias internacionales.

“Todos los procesos revolucionarios decisivos han comenzado con algunos traspies por la razón que hemos evocado: porque los puntos de partida existentes son los que deja el proceso histórico precedente y se parte de ellos aún sin darse cuenta. De todos estos traspies el latinoamericano es el más benigno. En cada caso se ha tratado de rectificar el paso sin cambiar la dirección de la marcha, corregir la táctica sin renunciar a la estrategia justa ni a los principios. Es el momento en que se definen dos campos.

En cada país que ha hecho la experiencia de una revolución, este momento puso de frente a los revolucionarios de un lado y a los reformistas y futuros traidores, de otro. Después de 1905, el pacifismo y el espíritu de derrota cobra fuerza en el partido sociademócrata ruso. Lenin, desde Ginebra, donde vive exiliado, y otros, deben levantar la voz no para oponer la democracia representativa de los Dumas a la insurrección obrera, sino para oponer una insurrección bien dirigida a una no dirigida en absoluto. En China, al día siguiente de las derrotas de 1927, había que oponer —cómo lo hicieron Mao y otros— no la transacción a la insurrección obrera

¹¹Bryce Echeñique, Alfredo, *La vida exagerada de Martín Romaña*, Editorial Oveja Negra, 1ª edición, Bogotá, 1985, págs. 242-243.

¹²Debray, Régis, *Ensayos sobre América latina*, Editorial ERA, 3ª edición, México, 1976, pág. 98.



sino el repliegue al campo y la Gran Marcha (forma de lucha propia de las condiciones chinas) al asalto rápido de las ciudades bajo la férula del Kuomintang enemigo. Después del desastre del Moncada, Fidel y sus compañeros no pensaron en abandonar el principio de la lucha armada contra Batista, sino que le dieron un contenido distinto, más justo. Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber.”¹³

Pero, lo que “natura non da, Salamanca non presta”.

No todos, ni siquiera muchos, son capaces de saltar en el trampolín, y de los que sí lo hacen, no son pocos los que no ven que la alberca no tiene agua.

“En América Latina la clase obrera es numéricamente reducida, frecuentemente penetrada por el reformismo, y de hecho aristocratizada como consecuencia de los salarios comparativamente elevados que se pagan en grandes empresas monopolistas extranjeras y nacionales”.¹⁴

“La lucha guerrillera tiene móviles y fines políticos. Debe apoyarse en las masas o desaparecer; convencer a las masas de sus buenas razones antes de enrojarlas directamente, a fin de que la rebelión se convierta realmente, por su reclutamiento y el origen de sus combatientes, en ‘guerra del pueblo’.

Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas, es decir dirigirles discursos, proclamas, explicaciones, en resumen, realizar un trabajo político, ‘un trabajo de masas’: mítines en los pueblos de la montaña y crear células en los pueblos, clandestinas o públicas, sostener o fomentar luchas sindicales. Solamente al fin de esta etapa, cuando se haya logrado el apoyo activo de las masas, una retaguardia sólida, un aprovisionamiento seguro, una información multiplicada, un correo rápido y una base de reclutamiento, se pasará a la acción directa contra el enemigo... Tal es, al parecer, la línea de propaganda armada”.¹⁵

5. La “conversión” a partir de lo bucólico. Un ecologismo revolucionario y el nuevo “buen salvaje”.

“La montaña proletariza a burgueses y campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios.”¹⁶ “Lo esencial de un campamento campesino es crear sin cesar sus condiciones de vida. En la primera y más larga etapa de lucha, esa será su actividad principal y no el combate militar que debe, por el contrario, evitar. Sembrar, cazar, cosechar, recolectar, en fin, **sobrevivir**, es en la selva americana un trabajo sacrificado y heroico. De este modo, en sus comienzos, **el foco** no podrá sobrevivir, sino en la medida en que obtenga el apoyo del campesino; **el foco** está soldado al medio congénitamente..., **el foco** rural está en contacto directo, sin intermediarios, con la colectividad de la zona de operación y con la producción material de sus medios de vida, ya sea por la limpieza de un pedazo de bosque a fin de cultivarlo, por el trabajo común de la tierra, por la caza, etc. Esas condiciones materiales llevan ineludiblemente al **foco** a proletarizarse moralmente y a proletarizar su ideología. Así sus miembros sean campesinos o pequeños burgueses, **el foco** guerrillero se convierte en un ejército de proletarios” (¡jal fin!, todos cristianos). “Es así como la guerra de guerrillas opera siempre una **mutación** profunda de los hombres y su ideología”.¹⁷ (Los subrayados en el original). “La proletarización rápida del **foco** rural ha dado a los combatientes confianza en sí mismos y modestia. Paradójicamente es casi imposible que se desarrolle en el **foco** rural, germen del ejército popular, una tendencia al militarismo o la creencia de que todo se reduce a ‘echar balas’ a ‘tirar’ y que todo depende del éxito militar. Del mismo modo, el militarismo encontrará aquí difícilmente su caldo

de cultivo. El combatiente rural se educa día y noche en su contacto con el mundo exterior.”¹⁸

Y ahora la apoteosis.

“Por el contrario, el combatiente de la guerrilla urbana tiende a **vivir en un mundo abstracto de su medio natural** (la ciudad, el trabajo ordinario, los amigos, las mujeres, etc.) en obsequio de su seguridad y de la seguridad de la organización”. Si para el guerrillero rural “el mundo exterior inmediato —el campo de maíz, la plantación de bananas perteneciente a una familia de campesinos amigos, la laguna, la vertiente, el poblado a dos horas de marcha, etc. es fuente de vida, o mejor dicho el único medio de vida posible”, para el segundo (el guerrillero urbano), “el mundo exterior será siempre vigilado como el peligro número uno, la puerta siempre entreabierta, de donde vendrá la muerte o el arresto; es preciso desconfiar de las personas ajenas a la organización (y de los bancos, de los apartamentos, de los teléfonos), de la multitud que transita por la acera y que en principio conlleva un policía, etc., pues son ellas las que hacen correr el riesgo de la infiltración, de la delación, de la imprudencia, del relajamiento moral, de las confidencias; la soledad necesaria, la fugacidad de las relaciones humanas, el mutismo, el enclaustramiento, todo aquello está simbolizado por la noche, el momento por excelencia de la acción urbana. Distinción del día y de la noche, extraña en gran medida al guerrillero del **foco** que vive día y noche en la montaña, es decir, ni en el día ni en la noche, sino en la penumbra sin sol tibio y protegido, donde la columna permanecerá invisible de día y noche, tanto para un avión como para el tránsito del sendero vecino”. (Los subrayados en el original).

¹³Debray, Regis, *ob. cit.*, págs. 168-169.

¹⁴Debray, Regis, *ob. cit.*, pág. 74.

¹⁵Debray, Regis, *ob. cit.*, pág. 189.

¹⁶Debray, Regis, *ob. cit.*, pág. 216.

¹⁷Debray, Regis, *ob. cit.*, pág. 93.

¹⁸Debray, Regis, *ob. cit.*, pág. 94.

"Nunca un guerrillero campesino utilizará, por ejemplo, los senderos y los caminos, ya trazados en la montaña, él los abre a través de la espesura, haciendo sus propios caminos, disponiendo de señales invisibles."¹⁹

"Durante el verano de 1963, se comprobó en Caracas cierto número de neurosis de guerra entre los guerrilleros urbanos que debieron ser relevados y llamados por el Estado Mayor de las FALN. El ritmo de las operaciones y los riesgos corridos fueron tales que muchos fueron vendidos por sus nervios, sin serlo por la represión física. Neurosis del tipo maniaco depresiva: abatimiento, desánimo, alternados con una excitación febril, deseos de provocar al enemigo al descubierto para liberarse de la angustia latente, de explotar para acabar con las inhibiciones a las que a la larga conducen la conducta de represión del clandestino. Este tipo de neurosis llega al desprecio de la vida, a la operación suicida, al formalismo de la acción por la acción."²⁰

6. ¿Indios o nativos?

La revolución cubana y el golpe militar contra el gobierno de Goulart fueron dos acontecimientos de signos antagónicos que situaron una doble crisis en América Latina: la de la izquierda histórica y la de la modernización populista. La interacción entre ambas no fue un detalle en la historia de esta región. Muchos percibieron estas crisis de modo parcial o meramente accidental, de modo que no afectaba o ponía entrédicho la impecabilidad de los fundamentos teóricos y las tácticas o estrategias de transformación social. Durante décadas se había vivido lo que se ha llamado "el Universo de las certezas". Las discusiones, que alimentaron múltiples ideologismos de diverso signo, no afectaban teorías sacralizadas, sino que estaban centradas en la forma en que se aplicaban en el análisis de la realidad social concreta. La pretensión era de

cientificidad, tanto por parte de modernizadores como de críticos. Los intérpretes eran los equivocados como dice Chesterton: "...y aunque es verdad que San Juan Evangelista vio en sus visiones extrañísimos monstruos, nunca concibió criatura más horrenda que algunos de sus comentaristas".

Y fue en el terreno del análisis de los sujetos donde la situación se hizo más controvertida. La Revolución Cubana significó una interrupción en el desfile de sujetos prefigurados. Más allá de la forma como lo haya hecho fue una irrupción de la historia en el discurso.

Aunque la fila se pierde en las raíces del pasado, puede decirse que, a partir de la segunda postguerra, en el marco de la guerra fría y las políticas del desarrollo sustitutivo y estabilizador, dos concepciones de origen distinto (la de la III Internacional y la de la CEPAL) coinciden en señalar, aunque por razones diferentes, la necesidad de consolidar el desarrollo latinoamericano como tarea inmediata. Esta opción, en buenos términos, extrañaría la consolidación del sujeto de tal proceso: la burguesía nacional.

Para la tradición comunista enmarcada en el etapismo de la III Internacional, la revolución socialista era impensable sin la consumación de las tareas democráticas de la burguesía, que habrían de conferirle a la clase obrera una fisonomía propia y una conciencia de sus intereses universales. Para la CEPAL, los desarrollos nacionales de América Latina debían tener como eje la constitución de sectores empresariales modernos, funcionales al desarrollo capitalista, capaces de promover un desarrollo autónomo, apoyados en una fuerte intervención del Estado.

Ciertamente hubo burguesías que se desarrollaron; pero lo que no resultó tan efectivo, es que ellas asumieran los atributos que se le prefiguraron. Ni intrínsecamente nacionales o anti-nacionales, su principal característica fue el parasitismo de un Estado al que, en todo caso y por lo general, abominaban. Lejos del modelo shum-

peteriano coquetearon con la nación y con el imperio, eligiendo, casi siempre, al final, a quien le ofreciera una dote más substancial.

Si para el marxismo-leninismo militante —en cualesquiera de sus variantes patidarias— el proletariado constituyó, sin duda, el sujeto revolucionario destinado a ser el protagonista de la revolución y de la construcción del socialismo, en la década del sesenta la "misión" del proletariado fue objeto de distintas translaciones: a los campesinos, a los estudiantes, a "las masas".

El predominio de una concepción de las clases sociales como entidades preconstituidas social, política e ideológicamente arrastró las discusiones —provocadas por una realidad empecinada en comportarse de manera distinta a lo que dictaban sus teóricos— no al cuestionamiento de los fundamentos del concepto generalizado de clase social "típica" —a la cual debían corresponder por necesidad determinados atributos—, sino a buscar otros grupos sociales capaces de contener tales atributos. Si el proletariado no mostró la "madurez" requerida para alcanzar la conciencia de sus propios intereses y sí, por el contrario, adoptó caminos no previstos de adecuación al sistema y hasta de "aburguesamiento" lo que implicó por parte de las tendencias dominantes de la sociología y de la política, una vuelta a la búsqueda de otras clases susceptibles —esta vez sí— de asumir intereses revolucionarios y actuar en consecuencia.

La operación teórica resulta clara; en lugar de repensar las categorías por los datos de la realidad, se intentó preservar la teoría, aun en contra de la realidad misma, y se buscaron otros sujetos capaces de jugar, entonces, el papel revolucionario con la misma función que la clase obrera desempeña en la simplificación del esquema clásico. Así, campesinos, estudiantes y masas (pobres de la ciudad y del campo), definidos más por la opinión que por la investigación concreta,

¹⁹Debray, Regis, *ob. cit.*, págs. 94-95.

²⁰Debray, Regis, *ob. cit.*, págs. 96-97.



pasaron a ser los nuevos sujetos de este desfile, en el cual los imaginarios sociológicos jugaron el papel de protagonistas. La expresión extrema de este tratamiento de los sujetos de la política es quizá el llamado ideologismo, que convierte el carácter revolucionario de la clase obrera en un esquema, y sustituye el análisis de su constitución en cada espacio nacional, derivando una situación imaginaria en la que los obreros cuestionarían sistemáticamente el sistema, y, por lo tanto, sus necesidades políticas se reducirían a la formación de un partido que dirigiera su militancia.

El extremo opuesto de la interpretación en las décadas precedentes fue el sociologismo de la neutralidad valorativa y de la visión externa de la realidad y de los procesos sociales; la sociología positiva encara el desarrollo latinoamericano como transición de la "sociedad tradicional" a la "sociedad moderna" industrial. En esta vertiente, los sujetos a los que se confiere preponderancia son las clases medias, cuyo principal atributo sería la regulación de los conflictos y desajustes provocados por los efectos del desarrollo y la modernización: la creciente racionalidad de la acción social, la institucionalización del cambio y la diferenciación y especialización de las funciones socioinstitucionales. Las clases medias eran, en esta perspectiva, un resultado de la secularización, el progreso y la movilidad social. Su característica política principal sería la de un sector que a medida que crecía tendía a armonizar intereses y a producir estabilidad. Un sujeto que representaba el progreso económico y la posibilidad de instituir formas democráticas de participación acordes con el grado de desarrollo alcanzado. Para esta interpretación de la realidad latinoamericana tenía una relevancia especial la dinámica que se daría entre las tendencias a la participación política generadas por los procesos de

modernización y la capacidad de los regímenes políticos para crear y/o modificar las formas institucionales de participación, de tal manera que no sobreviniera una tendencia a la inestabilidad y a la generalización de conflictos. En la medida en que los sistemas políticos pudieran llegar a modificar estructuras anquilosadas del viejo orden tradicional, para dar cabida a las expresiones sociales que demandan, cada vez más, formas de participación política, podía lograrse la estabilidad y el desarrollo armónico. Sin embargo, en los países en que los gobiernos no lograron adecuarse al ritmo de los cambios de la modernización y vieran superada su capacidad para manejar la situación política, sobrevendrían golpes militares a fin de contener el "desarrollo político". El sistema político representa, en esta versión, un factor que puede contribuir a la consolidación del proceso modernizador, a condición de transformarse para una mayor participación ciudadana; pero si no lo logra, se convierte en elemento decisivo para provocar las condiciones de un cierre político militar que cancela toda posibilidad de participación democrática.

Bajo esta perspectiva, los militares aparecen como sujetos que irrumpen en la escena política para restaurar las condiciones de "equilibrio" que fueron modificadas por el proceso de modernización, sin que éste pudiera consumarse en un esquema demorrepblicano semejante al de los países desarrollados, cuyas estructuras debían ser emuladas por los países en "transición". De esta manera, en condiciones de estabilidad, los protagonistas principales del tránsito a la modernidad son las clases medias; pero ahí donde los regímenes políticos no pueden marchar al paso del desarrollo, las clases medias pierden su atributo regulador y se abre un campo de conflictos en el que sucede lo inevitable: el paso del poder político a

los militares, los cuales se convierten en un factor dirigente que reorganiza la sociedad a costa del desarrollo alcanzado. (Aunque haya habido casos que parecen haber puesto en duda la linealidad de este planteo, cuando las fuerzas armadas implementan un proceso discursivamente comprometido con las orientaciones progresistas).

Variantes más, variantes menos, un elemento constante será la tendencia al predominio de las categorías sociológicas preelaboradas sobre los sujetos reales. Las nociones de proletariado, campesinado, clases medias, pequeña burguesía, burguesía, provenientes de distintas tradiciones teóricas van a contribuir a conformar un largo debate acerca de la naturaleza y de las orientaciones de los sujetos políticos latinoamericanos. Este debate estuvo marcado, sobre todo, por la búsqueda de las características teóricas que el sujeto debía tener en los hechos, y desfavoreció tanto la posibilidad del enriquecimiento acerca de la transformación de las categorías mediante la comprensión de las formas concretas de constitución de las distintas clases sociales y de sus formas de expresión, como de la participación política.

7. Renegón pero no renegado (Bryce Echenique)

*"Celebro que fuera así
porque de un' otra manera
yo hubiera sido temera
sin leche que dar aquí.*

*Si es cierto que yo sufrí
eso me fue encañando,
más tarde me fui emplumando
como zorzala cantora.
Hoy pájara voladora
que no la para ni el diablo.*

Violeta Parra

Descolonización y pensamiento

MOVIMIENTOS SOCIALES TRANSFORMACION SOCIAL DEMOCRACIA Y DESARROLLO EN AFRICA

Mahmood Mamdani

Profesor Asociado en Ciencia Política en la Universidad de Makerere, Kampala, Uganda

Thandika Mkandawire

Secretario Ejecutivo Adjunto del Council for the Development of Economic and Social Research in Africa (CODESRIA)

Wamba-dia-Wamba

Profesor Asociado en Historia en la Universidad Dar-es-Salaam, Dar-es-Salaam, Tanzania

Nota de la Redacción

En la última Asamblea General de CODESRIA, celebrada en Senegal en 1985, se resolvió agregar el tema "Movimientos sociales, transformación social y la democratización del desarrollo en África" a los nueve temas anteriormente adoptados como áreas prioritarias en el período 1982-85.

El texto que sigue contiene a la vez una reseña crítica de la literatura existente en África y un delineamiento de la perspectiva desde la cual se aborda el tema. Fue preparado como fundamento de un proyecto de investigación que realizará CODESRIA.

Cuando la alborada de la independencia se asomó sobre el continente africano a fines de las décadas del 50 y del 60, surgieron varias escuelas de pensamiento, cada una con su propia respuesta a la pregunta del día: ¿hacia dónde va África? A medida que se acumuló experiencia, se desarrollaron nuevas y diferentes perspectivas sobre la misma pregunta. Hoy, cuando las nubes del pesimismo cubren el continente y se extiende el consenso de que en realidad estamos en el medio de una "crisis africana", esas mismas escuelas reflexionan sobre la experiencia de acerca de dos décadas y formulan la pregunta: ¿qué fue lo que anduvo mal? Un intento para entender la crisis debe tomar como punto de partida esas escuelas de pensamiento enfrentadas, que trataron primero de guiar la práctica y ahora intentan conceptualizar la experiencia. De ellas, tres merecen particular atención.

La primera y más prominente surgió como una tendencia estrictamente intelectual en universidades africanas y en otras del mundo occidental especializadas en el estudio del África. Bautizada como escuela "africanista", creció como una oposición directa a la ciencia social colonial y a su pretensión de que el "continente negro" no tenía

un testimonio histórico digno de consideración. Su vanguardia, principalmente historiadores, ahondó en el pasado africano y sacó a la superficie hechos hasta entonces omitidos sobre la gloria de los reinos africanos precoloniales. Para cada período histórico reconstruyeron lo que llamaron "la iniciativa africana".

Pero la historia era para ellos, en realidad, una historia de las clases dominantes. Celebraban el proceso de la formación de los Estados en la historia africana y esperaban el desarrollo de Estados africanos fuertes en los años por venir. Su programa para el África independiente podría resumirse en las palabras "construcción nacional". Sin embargo, lo que entendían por construcción nacional no era más que la construcción del Estado y con eso se referían realmente a la constitución de burguesías fuertes en el continente. Si ideológicamente algunos de los más destacados voceros de la escuela "africanista" se ubicaban en el campo académico de los estudios africanos en los Estados Unidos, en la práctica concebían la "construcción nacional" como un proyecto a ser realizado en sociedad con los antiguos poderes imperiales. Aquí estaba, pues, el punto de convergencia entre los "africanistas" y los antiguos protagonistas coloniales. Con la

independencia, la contradicción entre ellos se resolvió en un programa común: "modernización".

Mientras la teoría de la modernización fue la perspectiva predominante en todo el espectro de disciplinas de las ciencias sociales, su gran teoría fue producida por la sociología. En la visión parsoniana dominante de evolución de la sociedad "tradicional" a la "moderna", la democracia era el universal evolutivo final propio de la "etapa moderna". Las fuerzas que impulsaban a la sociedad hacia la modernización eran identificadas como "élites modernizantes", ya fueran militares, burócratas civiles o líderes "carismáticos". En la fase de transición, se percibía a la democracia como algo no sólo prematuro sino también "disfuncional". Las demandas populares se veían como no realistas, cuando no utópicas, resultado de un "efecto demostración internacional" que creaba la anomalía de Estados "preindustriales" agobiados con valores y demandas "post-industriales" (salarios mínimos, Estado de bienestar). Estas demandas —teorizadas en una versión como la "revolución de expectativas emergentes"— se percibían como socavando los modernos ordenamientos constitucionales, nuevos y, por lo tanto, precarios. Así, aquellas eran "disfuncionales".

Si los sumos sacerdotes de la teoría de la modernización eran sociólogos, sus teóricos prácticos provenían de los campos de la economía y de la ciencia política. En su ampliamente celebrada teoría general, Rostow (1960) empleó la metáfora en la que estas sociedades "tradicionales" aparecían como un conjunto de aeroplanos acumulando vapor sobre el terreno para el "despegue". En esta metáfora el vapor era análogo al capital. La escasez de capital, como la escasez de vapor, impedía un despegue exitoso. Ello podía ser remediado sólo de dos maneras. El capital tenía que obtenerse por medio de inversiones extranjeras y del ahorro interno. El atraer la inversión extranjera requería la garantía de una fuerza de trabajo barata, dócil y disciplinada, garantía que sólo un Estado "fuerte" podía proveer. Yendo más allá, la

hipótesis de Kuznet estableció que la acumulación no sólo exigía una restricción del consumo, sino que de hecho tendería a agravar la desigualdad hasta que se alcanzara un cierto nivel de ingreso. Para imponer el "necesario sacrificio" y sostener este grado de desigualdad, se necesitaba un Estado "fuerte".

El fortalecimiento del Estado frente a la sociedad civil —para que pudiera realizar exitosamente la tarea de la modernización— devino una preocupación central de la teoría de la modernización, recogida por teóricos que eran predominantemente politólogos. La presentación más general de esta preocupación estaba en el trabajo de Huntington (1968), **Polical Order in Changing Societies**. El libro de Zolberg, **Creating Political Order** (1966), se transformó en foco de interés de los principales politólogos de la escuela. El problema era garantizar que la movilización de las masas no sobrepasara la capacidad de contención de las instituciones políticas existentes. La única solución era reforzar estas instituciones y fortalecer el Estado.

Desde esta perspectiva surgió la preocupación por la transferencia ordenada de las instituciones coloniales a las nuevas élites. El tema predominó, especialmente en los Estados Unidos, bajo los auspicios del Comité de Política Comparada del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales. ¿Cómo se iba a "racionalizar" el Estado, reemplazando las características "particularistas" de las burocracias existentes por otras "modernas" guiadas por valores "universalistas"? O, destacando el otro aspecto de la misma inquietud ¿cómo iba el Estado a contener las demandas de los sectores populares, percibidas ya sea como demandas "particularistas"—de sectores motivados por lealtades "tribales y primarias"—o como demandas "no realistas"—las de sectores modernos— impulsadas por el "efecto demostración internacional" y la "movilización excesiva" durante las luchas de la independencia?

Cuando se llevó la atención desde el

Estado hacia los movimientos sociales, el estudio de éstos simplemente fue parte de la "contrainsurgencia" y estuvo deliberadamente dirigido a informar a las fuerzas de la "ley y el orden" sobre como sojuzgarlos. El más notorio de éstos fue, por supuesto, el "Proyecto Camelot", que estudiaba los movimientos sociales en Latinoamérica con propósitos expresos de represión de revueltas populares. Noam Chomsky (1974) ha registrado otros casos donde el estudio de los movimientos sociales por los "nuevos mandarines" estaba en una línea semejante. En la práctica, la represión de las demandas democráticas y de los movimientos populares y autónomos en nombre del "desarrollo" era una preocupación que iba más allá de los teóricos de la escuela de la "modernización", y que llegó a ser una característica central de una ideología desarrollista mucho más amplia (Shivji, 1985).

Actualmente, para la escuela de la modernización la crisis africana es, primero y antes que nada, la crisis del Estado africano. Por un lado, es la expresión del horrible hecho de que las posiciones de la burguesía africana están imbricadas con diferencias faccionales, siguiendo usualmente líneas ("tribales") de nacionalidad. Y estas diferencias se resuelven, frecuentemente a través de golpes, no importa cuán "incruentos", más bien que a través de arreglos de caballeros, electorales o de otro tipo. En otras palabras, la clase gobernante africana no sólo ha fallado en crear orden en la sociedad civil; también ha fallado en crearlo dentro de sí misma. La maldición del África, se dice, es el "tribalismo".

Por otro lado, y desde una perspectiva economicista, esta misma crisis se percibe como resultado del fracaso del Estado en crear las condiciones para un "despegue" exitoso. Por el contrario, la iniciativa privada ha sido asfixiada por medio de un laberinto de regulaciones y de controles, bien aceitados con prebendas oficiales. El problema del África, se dice, es el "mal manejo". Cuando, como nubes acumuladas en el horizonte, se hicieron visibles los signos

de la crisis, la tesis de la modernización fue vigorosamente desafiada por la escuela de la dependencia, fuertemente influida por sus formuladores latinoamericanos. Desde el punto de vista de la cuestión de la democracia y del desarrollo en África, dos aspectos de la perspectiva de la dependencia eran vitales. Uno era el hecho de que los teóricos de la dependencia enfocaban casi exclusivamente el lado objetivo de la realidad social. Abundan estudios sobre la economía política del imperialismo, de la industria, de la agricultura, de la educación, etc. (Rodney, 1972; Saul y Arrighi, 1973; Amin, 1977). Esta casi exclusiva preocupación por lo objetivo no podía menos que excluir el factor subjetivo. Segundo, también dentro de este marco, la escuela daba un lugar central a las contradicciones internas al capital, en particular a la existente entre la burguesía "metropolitana" y la burguesía de la "periferia". Toda la teoría estaba constituida en torno de la contradicción entre el "centro" y la "periferia": el "subdesarrollo" en la "periferia" era el resultado del "desarrollo" en el "centro". En encarnizados debates internos se discutía si era posible o no algún "desarrollo" (esto es, acumulación de capital) en la "periferia". Los sustentadores del "desarrollo dependiente" argüían que sí lo era. Pero todos ellos concordaban en que el ritmo del proceso de acumulación en la periferia era dictado por el capital del "centro". En otras palabras, el sujeto real del proceso histórico, al menos donde privaban las relaciones centro-periferia, era el capital, especialmente el capital del centro. Desde el punto de vista del enfoque de la dependencia, el embate antidemocrático de la escuela de la modernización tendía meramente a confirmar lo que la dependencia implicaba, a saber, la incompatibilidad de la dependencia con cualquier forma de democracia. El Estado era un Estado de poderes foráneos. Como tal, estaba estructuralmente enajenado de la sociedad civil nacional y sólo podía relacionarse con ésta de una forma autoritaria. Dejando de lado su

democratización, el solo planteo del problema del desarrollo requería un contexto que solamente podía ser provisto por un "desligamiento" radical del centro.

Más fatalista era la visión de que el proceso de transnacionalización de la economía bloqueaba la emergencia de aquellos movimientos sociales que habían jugado roles importantes en la democratización de los países avanzados. Aquella no sólo ahogaba las capacidades estructurales de las clases populares para hacer demandas democráticas al Estado, sino también les negaba la capacidad organizacional para ello. En el caso de los trabajadores, se había generado una "aristocracia obrera" (Saul y Arrighi, 1973) que había sido más o menos "incorporada" por la estrategia de la transnacionalización de las corporaciones transnacionales. Tampoco a los campesinos les iba mucho mejor. La naturaleza de la incorporación del campesinado en el sistema capitalista mundial creaba una clase de la cual no podía esperarse rebeliones como las de campesinos de otros lugares. Escribiendo sobre el levantamiento de los Mau Mau Leys (1971) dijo: "no se puede evitar sentir que en Kenya, por lo menos, el carácter de la política estará determinado durante un tiempo considerable por el hecho de que el campesinado como clase no ha alcanzado aún los límites de su desarrollo, y que la simbiosis entre éste y las clases de base urbana tampoco se ha desarrollado plenamente".

En alguna de las versiones radicales, había una tendencia a ir aún más allá de la afirmación de que las relaciones de dependencia no permitirían formas de democracia como las practicadas en las economías del centro. Aún si lo hiciera, era el argumento, tales formas serían de cualquier modo "burguesas". Todo el problema de la democratización era descartado como una preocupación "burguesa".

Desde el punto de vista de la dependencia, actualmente, la crisis del África es la crisis de las relaciones entre el centro y la periferia. Es esencialmente

una crisis generada "externamente". La solución para la periferia es "desligarse" del centro. Para más seguridad, hablan de un "desligamiento popular" en oposición a un simple "desligamiento". No obstante, desde tal perspectiva no es posible discutir concretamente las bases internas de tal "desligamiento", es decir las transformaciones sociales internas cuyo producto sería una reformulación de las relaciones externas. El origen de la tercera escuela de pensamiento, por lo menos en la academia, se sustenta en la crítica a la preocupación unilateral de la escuela de la dependencia por las relaciones "externas". Las críticas pedían una comprensión interdiálctica de las relaciones entre los procesos "externos" e "internos", un análisis de la "articulación" de los modos de producción capitalista y precapitalista en el interior de "formaciones sociales" concretas, antes que de los lazos entre economías centrales y periféricas (Wolpe, 1975; O'Meara, 1979; Depelchin, 1981). No obstante, estas críticas no pudieron apartarse de la orientación objetivista y funcionalista de la escuela de la dependencia. El que los modos precapitalistas se transformaran, o que algunos de sus aspectos se retuvieran como formas, era una función de las necesidades de acumulación del modo capitalista; la realidad social, como fuera, se deducía de la lógica de la acumulación de capital.

Al pasar al análisis político, esta tendencia tenía mucho de una orientación milenarista. Específicamente, varios investigadores realizaron investigaciones concretas sobre movimientos laborales en respuesta a la tesis de la "aristocracia obrera" de la escuela de la dependencia (Sandbrook y Cohen, comps., 1975). Pero se preocuparon exclusivamente del proletariado al que veían como el único factor subjetivo del cambio social. Cuando en la práctica se encontraron con movimientos de masas no proletarias, simplemente no los consideraron.

Hay un punto de acuerdo entre este tipo de pensamiento milenarista y el humanismo militante de Fanon, el teórico más coherente del área popular



de los movimientos nacionalistas anti-coloniales. Para ambos, el punto de partida era la sociedad africana, no el Estado africano. Fanon (1967), como bien se sabe, no sentía sino menosprecio por la "decadente" y "empobrecida" burguesía africana que había desempeñado el papel de "servidora" para la burguesía occidental. Careciendo de todas las capacidades de iniciativa de esta última, tales intermediarios no podían aspirar a nada más que hacer de África un pálido reflejo de Europa. Con certeza, para Fanon el futuro no descansaba en las manos de la burguesía africana ni en el Estado que ésta heredó; el futuro tenía que serle arrebatado por las masas africanas a través de la lucha. Para esas tendencias, humanistas radicales y milenaristas, la crisis actual de África es la crisis de las masas africanas, por su fracaso para transformar el orden forjado durante la era colonial. Empero, si el desplazamiento de su atención hacia algunos sectores de las masas populares (campesinado y proletariado) como el sujeto real de la sociedad africana, era indudablemente un avance respecto de la preocupación

de la teoría de la dependencia por el Estado, su comprensión de este factor subjetivo era abstracta, dada su orientación milenarista. En suma, entonces desde la perspectiva de la investigación la existencia de una crisis en África exige, primero, dirigir la atención hacia el factor subjetivo en el desarrollo africano. Cualesquiera sean las raíces de la crisis—"externas", "internas" o una mezcla específica de ambas— su solución sólo puede ser el resultado de iniciativas de fuerzas sociales organizadas en el interior de África. Hasta ahora, todas las escuelas de pensamiento o bien se han centrado unilateralmente en el Estado africano como el sujeto del desarrollo africano, o han prestado atención a algunos sectores de las masas populares, pero de una manera abstracta, motivados por perspectivas milenaristas. Como resultado, nuestra comprensión de los procesos ligados de democratización y desarrollo ha continuado siendo parcial. Segundo, abordar la cuestión de los movimientos populares y de la democracia no debería conducir a un ejercicio de construcción de un modelo

abstracto. El punto no es buscar y diseñar instituciones para la participación popular al modo de una ingeniería social semejante a la de la escuela de la modernización. Más bien, se trata de subrayar las formas actuales de organización y participación, democráticas o de otro tipo, que han emergido realmente en el desarrollo histórico de los movimientos populares en África.

Y finalmente, el proyecto tampoco debería ser percibido como una celebración de dichos movimientos. Una revisión crítica de los aspectos negativos y positivos de éstos, observados partiendo de la experiencia histórica real, está más cerca de la naturaleza de un estudio analítico. En este sentido, se trata de un ejercicio de evaluación. Porque, después de todo, para comprender la naturaleza de la crisis africana, para preguntarse hacia donde va el África, ¿no es necesario preguntarse también qué anduvo mal en los movimientos populares en África?

Traducción de Cristina Micieli y Patricia Provoste

Waldo Ansaldi

A la memoria de
la Hermandad de la Tortuga
y de Alfred Stephenson

DE TRENES

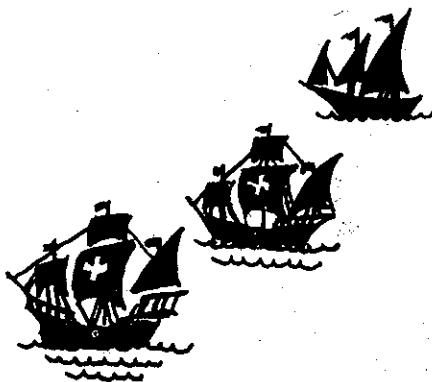
Permitaseme comenzar con una confesión personal: me fascinan los trenes y los piratas, entusiasmo que comparto con un queridísimo amigo chileno, cuyo nombre no quiere revelar porque, al momento de escribir estas líneas, no lo tengo "al tiro" para preguntarle si puedo hacer público un sentimiento íntimo, y no me siento para nada autorizado a revelar sentires ajenos, por más compartidos que sean y por más amistad que haya. De todos modos, lo que quiero decir es que siempre es bueno sentir que hay cosas que uno comparte aquí, allá y acullá con otros y que así se establecen redes, solidaridades y hasta complicidades.

Trenes y piratas... Los piratas se extinguieron: los "mató el progreso", diría un porteño*, con acento tanguero. También se puede decir que los hizo desaparecer el capitalismo, el mismo que tanto ayudaron a construir. Los trenes están en vías de extinción; aquí no estoy seguro de que los haya inmolado el progreso. Tal vez peque de ingenuo o expresa una de mis tantas posiciones románticas, pero ¿cómo pretender que la magia de un tren y de sus infinitas posibilidades puedan ser equiparables al aburrimiento de un ómnibus e, incluso, a las visibles rutinas de los aviones?

Antes de entrar (o de continuar) en el desvarío, debo decir que si he elegido referirme a trenes y a piratas no es porque sienta cariño

por la nostalgia. Se trata, más bien, de una elección por la transición: los piratas fueron importantes en la transición del feudalismo al capitalismo (en la acumulación originaria); los trenes lo fueron en la transición del capitalismo de libre concurrencia al monopólico. Pero hay otros significados, que el lector sabrá encontrar a lo largo del artículo, si es que las claves son bien interpretadas, o están bien formuladas.

También debo aclarar al lector que utilizo la expresión piratas en su forma más genérica y vulgar, esto es, involucrando en ella a lo que en rigor es un conjunto de casos claramente diferenciados. Así, existían piratas, filibusteros, corsarios, forbanes, bucaneros, pero tan sutil diferenciación no es necesaria a los efectos de este artículo, para los cuales los **piratas** eran esos sujetos aventureros, románticos, pertenecientes (a nivel de jefatura) a familias nobles de Europa occidental en transición al capitalismo, celosos de su misión de asegurar la acumulación originaria del capital inglés, holandés, francés, con un férreo código de honor y unas ganas locas de cambiar un mundo en el cual no tenían el lugar que creían merecer. En la base de la estructura social de la piratería encontramos un conglomerado humano heterogéneo, desde la ralea de las sociedades europeo-occidentales en transición hasta aquellos que se embarcaban huyendo de las duras leyes que compelian al trabajo forzado



Y DE PIRATAS



(capítulo esencial de la acumulación originaria capitalista, ése del disciplinamiento de la fuerza de trabajo para el nuevo mercado libre). Curiosa sociedad esta de la Hermandad de la Tortuga...

Aunque los piratas se esparcieron por el mundo, su centro de operaciones era el mar Caribe, lo que habla de una fina sensibilidad por el paisaje y por la nobleza del buen beber, contribuyendo de un modo vanguardista al futuro turístico de la subregión y a la promoción de unos rones cada vez más excelentes de tanto competir entre sí. El Caribe..., pareciera que cierto sortilegio o encanto predispone a esta bellísima geografía del continente hacia la aventura: por ejemplo, ¿cómo no recordar el loquísimo sueño de construir un ferrocarril entre Caracas y el puerto de La Guayra, en la primera mitad de la década de 1820?, ¿cómo no asociarlo con la más radical de las experiencias revolucionarias que llevaron a la ruptura de la situación colonial y con la ola de temor que el peligroso ejemplo de los esclavos haitianos extendió por el resto del continente? A propósito de Haití, bueno es recordar otros ejemplos, mucho menos edificantes que el de la revolución, pero no menos exentos de misterio, a pesar de (o por) su fuerte tono macabro: el **vudú** y los **ton-ton macoutes**. En el Caribe, asimismo, se cerró la historia del colonialismo español en América, con la indepen-

dencia de Cuba y de Puerto Rico, que a la vez fue el comienzo de otra historia de ocupación colonial o neo-colonial para usar un eufemismo no exento de cierta precisión conceptual que da cuenta de una realidad cualitativamente diferente. En el Caribe, finalmente, se asistió, en los sesenta de este siglo, a la aparición y el desarrollo de una experiencia novedosa, traumática, radical, imprevista: la de la revolución socialista cubana, el proceso que marcó más fuertemente que ningún otro hecho a dicha década en el continente. También la revolución cubana apareció como una historia de jóvenes de buenas familias, románticos, aventureros y ansiosos de transformar el mundo — ejemplo que pronto trataron de imitar en otros lugares de nuestra geografía— y a los que acompañaron aquellos que ya nada tenían que perder.

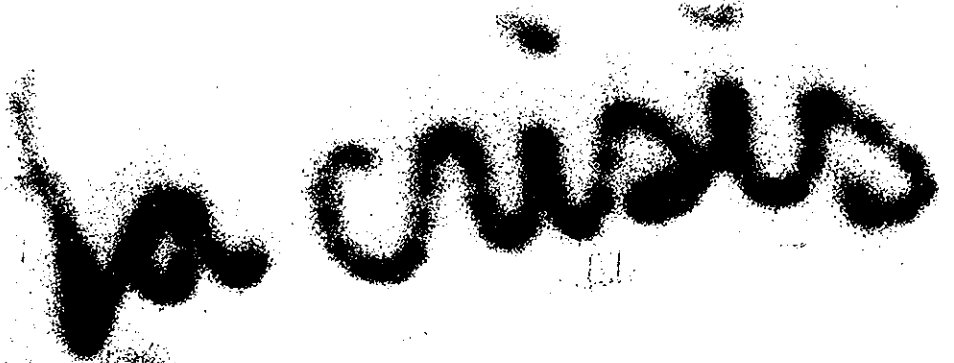
La revolución cubana puso en el centro del debate político e ideológico la cuestión de la transformación de las sociedades de la región y de las vías para efectivizarla. La revolución volvió a ser pensada como aquella figura tan cara al siglo pasado: como la locomotora de la historia.

Los jóvenes que quisieron cambiar el rumbo y las características de las sociedades de la región terminaron imponiendo la lógica de la guerra sobre la lógica de la política... y ya se sabe cómo terminó esta historia. Es que ya no había posibilidad de derrumbar las fortalezas

sólo a cañonazos. Lección no aprendida de la historia: los piratas, elemento externo a las estructuras coloniales, contribuyeron notablemente a socavar el edificio imperial, pero el acto decisivo provino de las propias fuerzas internas de dichas sociedades y, para bien o para mal, la solución se alcanzó por la vía de la guerra, pero de una guerra que estaba subordinada a unas direcciones políticas a menudo ferozmente enfrentadas entre sí. Cuando estas guerras concluyeron, los trenes expandieron el capitalismo (dependiente, por cierto) a lo largo y ancho del continente: claro, no era la revolución la locomotora de esta historia, era el progreso...

La década del sesenta prácticamente vio concluido el sueño y la aventura de la revolución. Otra vez, el tren era arrastrado por otra locomotora... ¿Se extinguieron los aventureros, los románticos, los hombres nuevos, los ferroviarios de la revolución? Así parecería sugerirlo cierta lectura superficial de los datos empíricos. Pero no habría que olvidar que, en la historia como en la naturaleza, nada se pierde, todo se transforma. Si es cierto que ya no existen ni los piratas ni los trenes con su fascinación, magia y encanto, no es menos cierto que es bellísima la imagen de un poderoso **jet** levantando vuelo hacia la conquista del espacio.

* Argentino de la Ciudad de Buenos Aires



LA TRADICIÓN ESTUDIANTIL

Es ya un lugar común decir que la generación actual está marcada con el signo de la crisis: ausencia de futuro, deterioro de las certidumbres y de la conciencia colectiva, apatía y escepticismo en la política. La generación actual es heredera de una crisis extraordinariamente aguda. Los estudiantes lo son de una manera singular: en este caso, el problema es el declive de una tradición secular, el iluminismo estudiantil, vale decir, la pretensión de realizar los valores a partir de una teoría racionalmente fundada. Los estudiantes fueron históricamente los portadores de los valores ilustrados; sin exagerar, el origen del movimiento estudiantil son las crisis religiosas en los últimos años de los liceos públicos, a comienzos del siglo, es decir el laicismo educacional. La crítica a la religión conllevó la adhesión entusiasta a los valores del racionalismo ilustrado. Las batallas de la razón carecieron, sin embargo, de soporte institucional, específicamente el de una clase burguesa que llevara adelante el proceso de secularización (la construcción de un Estado Nacional y la expansión de relaciones de mercado). Probablemente no haya nada más característico de las ideologías estudiantiles que su renuncia a definirse en términos de una identidad burguesa. Los estudiantes protagonizan, por ello, la paradoja de la ilustración latinoamericana, que se introduce en

nuestro continente en el marco de una sociedad pertinazmente oligárquica: fueron los depositarios de una educación que afirmó la universalidad de la razón, pero al mismo tiempo, actuaron en una sociedad que la desmentía.

La resolución de esta paradoja se encontró en la defensa de la autonomía de la cultura frente a toda determinación social, defensa que programáticamente ha consistido en la demanda por autonomía universitaria. No se trata de la defensa de una identidad históricamente existente. Los esfuerzos de Córdoba por reconstruir una identidad latinoamericana fueron rápidamente olvidados. Predominó, por el contrario, la tradición que afirmaba el universalismo abstracto de la razón. Ningún movimiento estudiantil ha sentido la nostalgia del pasado ni la búsqueda de una comunidad de origen; más bien, siempre intentó conquistar el futuro mediante una crítica global del sistema de dominación. El rechazo a la sociedad constituida en nombre de una crítica de los valores ha sido usualmente la dinámica de la protesta estudiantil.

La independencia de los valores, sin embargo, no pudo sostenerse demasiado tiempo y hubo que construir un programa de acción que rompiera con las tradiciones puramente románticas de la primera época. El carácter de este programa es suficientemente conocido. Principalmente, cabe mencionar la autorepresentación de los es-

tudiantes como élite o vanguardia de la sociedad en sus múltiples acepciones históricas, "nueva generación", "reserva moral", "vanguardia o focos revolucionarios", etc. Esta definición en cuanto élite esconde toda la paradoja de la ilustración latinoamericana que hemos comentado: los valores ilustrados, en efecto, no tienen consistencia social, ninguna clase actúa en su nombre. Las élites ilustradas se constituyeron en sociedades caracterizadas por la relación oligarquía-pueblo, vale decir, fundada en un sustrato cultural no iluminista. No obstante, vanguardia significa también expresión o portavoz de valores universales a través de los cuales se pretende transformar la sociedad. Los estudiantes nunca limitaron su acción a la defensa de la autonomía universitaria, a la mera reafirmación de su condición excéntrica dentro de la sociedad. La acción estudiantil se caracteriza así por dos componentes adicionales: la sacralización de la política y la confianza en la educación y en la ciencia.

Ambos elementos tienen acepciones singulares: son los instrumentos privilegiados de la transformación social. Carente de arcajes específicos, hijo de una burguesía débil y desacreditada, el movimiento estudiantil sólo podía realizarse a través de la acción política y la educación, factores que en la tradición iluminista latinoamericana representan los prototipos de una acción con sentido universal. En ambos casos, en efecto, se trata de acciones despojadas de

del iluminismo estudiantil

todo particularismo: la política nunca es representación de intereses sociales en el Estado (y de allí el crédito a la teoría marxista de la política como síntesis social) sino lucha revolucionaria, referencia a la totalidad; la educación, por su parte, es sustraída de todo componente profesionalista, mientras la ciencia es duramente atacada cuando pretende construirse en base al postulado de la neutralidad ética. La lucha estudiantil enfrentó siempre el intento por desvirtuar la tradición iluminista y subsumirla dentro de categorías burguesas: democracia, dinero y progreso técnico. La defensa de la autonomía universitaria se combinó así con rebelión contra los maestros (y sus esfuerzos por profesionalizar los estudios universitarios y limitar la indisciplina revolucionaria de los estudiantes), y casi siempre con hondos conflictos generacionales; en definitiva, renegación de la clase burguesa de la cual provienen.

El tema revolucionario remite a la cuestión de la alianza entre estudiantes y pueblo que cierra el misterioso mundo de las ideologías estudiantiles: la búsqueda siempre infructuosa de un sujeto histórico que realice los anhelos de transformación. Muchos autores han destacado el carácter espúreo de esta alianza, jamás verdaderamente realizada. Esta alianza, en verdad, tuvo dos direcciones diferentes: una, la corriente populista en el sentido ruso del término, movimientos de ida al pueblo donde los estudiantes se convertían en

los agentes de organización y adoctrinamiento. Los estudiantes no fueron exactamente **narodniks**: no estuvieron interesados en preservar modos de organización e identidad cultural, sino que ejercieron firmemente un liderazgo intelectual conforme a sus pretensiones (desde la alfabetización hasta la educación revolucionaria).

Cual más, cual menos, estos movimientos fracasaron: el pueblo permaneció sordo a las exhortaciones revolucionarias justamente porque no pertenecía al mismo universo cultural que los estudiantes. El fracaso del populismo estudiantil dio origen a la alianza obrero-estudiantil que también mostró sus límites con la institucionalización de los sindicatos obreros en un sentido corporativista o reformista, o en otros casos, en un formato populista (en el sentido latinoamericano del término). Las contradicciones entre estudiantes y regímenes populistas son célebres: tales modelos, en efecto, desvirtuaban y corrompían (en un sentido que los estudiantes aceptaban literalmente) la imagen romántica y ahistórica del pueblo que poseían. El pueblo que adoraban los estudiantes era, en verdad, el "buen salvaje" de Rousseau, aquel que por su condición de marginalidad y exclusión representa **ipso facto** los valores. Algo similar ocurre con la imagen del proletariado industrial -proveniente del marxismo revolucionario- representación igualmente metasocial, aunque se invocara una legitimidad científica,

del pueblo como "buen salvaje". La vocación revolucionaria de los estudiantes osciló siempre entre la acción directa (y por lo tanto, primacía de la educación y rechazo a la política: una línea que viene del anarquismo clásico hasta la influencia de la revolución cultural china y hoy del populismo católico) y la acción política (con primacía de las teorías de la vanguardia). En ambos el pueblo fue un sujeto puramente ilusorio, despojado de todo particularismo cultural, representante metafísico de una condición universal que era exclusivamente propio de las élites.

Elite, política, educación, revolución, pueblo, tales son los términos que forjaron la materia de las ideologías estudiantiles: búsqueda desesperada por realizar los valores iluministas, ausencia de una tradición burguesa firmemente constituida, ligazón con el pueblo definido como sujeto ilusorio, en definitiva, pura afirmación del universalismo abstracto de la razón. Esta tradición que se creía perdida en la primera década del siglo fue justamente la que reapareció en los años sesenta, con un vigor inusitado y -más allá de las apariencias- con contornos muy similares. El proceso de institucionalización de los movimientos estudiantiles de la postguerra se desplomó, abriéndose nuevamente el ciclo iniciado por la generación del 18: reforma universitaria y crítica de la reforma en cuanto movimiento de modernización, reconstrucción del

espíritu revolucionario, alianza con capas marginales, ruptura del consenso democrático. La protesta estudiantil fue la misma: la renegación de la tradición burguesa y la alianza ilusoria entre una élite y el pueblo marginado. El fracaso de la lucha estudiantil fue también similar: el mundo popular permaneció indiferente (y convirtió la protesta estudiantil -pese a sus convicciones- en un asunto generacional incluso en países como el nuestro, en que la acción de los estudiantes confluyó con la emergencia de una movilización nacional-popular), por otro lado, los estudiantes chocaron de frente con una clase media que, aunque culturalmente débil, era más sólida que lo presupuestado. La protesta estudiantil sucumbió, pues, como otrora en el sacrificio, la muerte y la disolución.

LA CRISIS DEL ILLUMINISMO ESTUDIANTIL

La desarticulación de la tradición iluminista del movimiento estudiantil ha sido subrayada por varios autores quienes enfatizan los cambios en la posición social de los estudiantes.¹ Tales cambios son la masificación y diferenciación de los sistemas de educación superior, la descomposición de la cultura universalista y su reemplazo creciente por una instrucción técnico-profesional, la complejización de los sistemas de administración universitarios y la importancia del mercado en la distribución de los roles sociales. Tal vez el efecto más decisivo sea la desaparición de los estudiantes como élite ilustrada, tanto por efecto de la expansión de la matrícula como del profesionalismo universitario. Basta mencionar el crecimiento cuantitativo para hacer insostenible la idea de élite: así, por ejemplo, en las últimas dos décadas el aumento de la población con escolaridad superior en Chile fue de 20 mil (1964) a 180 mil (1984). El peso social de los estudiantes ha cambiado de naturaleza: actualmente representan cerca de dos tercios del proletariado industrial (y en algunos países son más numerosos y constituyen una fuerza social cuya tasa de organización es varias veces superior a

la de los sindicatos obreros. La CONFECH chilena agrupa a 15 federaciones estudiantiles con una tasa de representación teórica de alrededor de 100 mil estudiantes que votan anualmente sus dirigentes: el número de electores estudiantiles supera al de cualquier sindicato o gremio. Tras el número se encuentra mayor diversidad y heterogeneidad interna (y por lo tanto, se rompe la identidad y comunidad estudiantil tradicional), se profesionalizan los mecanismos de administración (y pierde sustento la ideología del **demos** universitario y la demanda por cogobierno), se multiplican y estratifican las salidas ocupacionales (y aumenta con ello la competencia y las orientaciones hacia la movilidad individual).

Es la explosión de la autorepresentación de los estudiantes como élite, que tal vez tuvo su postrera formulación en los años sesenta (y con mayor fuerza en las universidades privadas que en las estatales, sumidas en una expansión acelerada). Los estudiantes se definen, en la actuales condiciones, como actores o movimiento social, lo que sugiere la conversión de una élite (**strictu sensu** de un movimiento de juventudes políticas) en un sindicato, donde comienza a predominar decisivamente las demandas sociales por encima de los proyectos, las reivindicaciones por sobre las ideologías.

La sindicalización del movimiento estudiantil es un fenómeno destacado por numerosos autores: el eje del conflicto estudiantil se traslada desde la cultura (la realización de los valores del racionalismo ilustrado) hacia la sociedad (principalmente el control sobre el proceso de distribución de los recursos técnicos-profesionales).

La reforma universitaria -en el sentido de la tradición cordobesa- deja de ser el horizonte de la acción estudiantil. La reforma fue, en efecto, el programa de una élite ilustrada: la defensa de una educación universalista (expresada en la crítica secular al profesionalismo), la búsqueda de autonomía y gestión democrática del poder universitario (signo de un **ethos** comunitario muy

fuerte) y la demanda por universalizar el saber (en sociedades donde prevalecían enormes diferencias educacionales) fueron sus componentes centrales. Esta tradición sufrió evidentemente cambios, pero aún en los años sesenta es plenamente reconocible. Fueron -como ha remarcado Portantiero- sus propios éxitos los que paradójicamente producen su declive: tras el impulso reformista se expandió la matrícula, se fortaleció la modernización de los estudios en el sentido politécnico del término y la propia conquista del cogobierno acaso demostró palmariamente su inaplicabilidad en los marcos de las nuevas corporaciones. El éxito de la reforma fue su propio fracaso, claramente intuido por los estudiantes iluministas de aquella época quienes la abandonaron y execraron, contemplando de alguna manera con horror su propia obra. En los años sesenta, en efecto, se da la paradoja de que todos los temas del reformismo universitario (modernización, democratización) son invertidos en la política (anti-desarrollismo, autoritarismo revolucionario).

El abandono de los grandes temas de la reforma universitaria -salvo los que apelan al restablecimiento de la autonomía y la libertad de cátedra- es claramente perceptible en nuestros días. El conflicto estudiantil -siempre pertinazmente político- se vuelca con mayor fuerza sobre las demandas específicas, a saber, el costo de las matrículas, el **status** de las carreras universitarias, la incertidumbre y degradación de las salidas profesionales, la disminución de los presupuestos, las políticas de bienestar estudiantil. La protesta estudiantil tiene una raíz reivindicativa e institucional mucho más fuerte que en el pasado ¿acaso circunstancialmente por la intensidad de la crisis que le da origen? o ¿tal vez sea un rasgo más perdurable que nace de los cambios ocurridos en la naturaleza del movimiento estudiantil según hemos subrayado?

(1) Véase Portantiero, J.C., *Estudiantes y política en América Latina*, Siglo XXI, México 1978.

Los cambios en la condición estudiantil repercuten también sobre la articulación entre estudiantes, sociedad y política. Los rasgos que predominan aquí son el deterioro de las ideologías populistas y el escepticismo en la política. Pueblo y política fueron siempre —como hemos dicho— categorías universalistas en el lenguaje estudiantil: espacios históricos en la búsqueda de la realización de los valores. La generación de los sesenta fue un ejemplo paradigmático con sus ataques a los modelos contractualistas (que descansan siempre en sujetos particulares) y la construcción de vanguardias políticas altamente disciplinadas e intolerantes, incapaces de operar en un sistema democrático. En esta tradición el acceso a la política se realizó rechazando la identidad estudiantil, cuyo origen y destino social es excesivamente particularista, al mismo tiempo que sus tareas históricas —la reforma universitaria— demasiado limitadas y prosaicas. La política es el paso a una condición universal que se hace despojándose de toda determinación específica (familia, corporación, clase). Muchos autores han advertido que la radicalización política de los estudiantes de otrora no estuvo asociada a la defensa de intereses particulares: no puede ser explicada por efectos de alguna crisis que devaluara sus credenciales educativas o bloqueara los canales de movilidad social. Al contrario, así en los años veinte como en los sesenta —donde estas tradiciones tuvieron su apogeo— se verificaron procesos de expansión de las clases medias. La política pues no se constituía en la defensa de intereses: era la afirmación del universalismo abstracto de la razón.

Aquella generación, sin embargo, como sucedió con la del veinte, se derrumbó volviéndose contra sus certezas iniciales. La década del setenta es la retirada de la razón iluminista: la crisis de los modelos de acción revolucionaria, la disolución de la protesta estudiantil europea contra la sociedad tecnocrática. El radicalismo estudiantil se disuelve en dos direcciones: una, se reencuentra con la

tradición y las raíces históricas displicentemente abandonadas en la primera época; otra, se reconcilia con las intuiciones modernas contra las cuales se había rebelado. En la generación anarquista del veinte chileno se produjo un movimiento similar: por una parte, la conversión de Pablo Neruda desde el romanticismo (en particular aquel de **Tentativa del Hombre Infinito** cuyo título encierra toda la pretensión de la tradición iluminista y su estadía en el Asia con **Primera Residencia**) reencuentro con las raíces (desde **Tercera Residencia** hasta el **Canto General**); por otra, O. Schnake y la generación socialista de los treinta, hondamente vinculados con la construcción del consenso democrático y las estrategias de la industrialización de post-guerra. Actualmente, la bifurcación se produce también en estas direcciones: las pretensiones de la razón universalista han desaparecido, quizás también como muda respuesta al sacrificio realizado por quienes la sustentaron.

El clima en que reaparecen los nuevos movimientos estudiantiles es pues completamente diferente. Es el fin del fetichismo revolucionario con su sacralización de la política y su apelación a un pueblo abstractamente constituido. En un caso, el escenario estudiantil está marcado por la reconciliación con los modelos contractualistas y la demanda democrática. Los bolsones de radicalismo estudiantil que existen son muy diferentes de los de antaño: en ningún caso se recupera la apelación revolucionaria, pues falta su elemento constitutivo, la confianza en la razón. Esta secularización de la política es también la desacralización del pueblo y su reemplazo por políticas de concertación social. En gran medida, el movimiento estudiantil se construye como un actor de clase media, con capacidades múltiples de alianza que incluyen a los sindicatos obreros. Se desvanece, sin embargo, todo mesianismo popular.

EL NEW WAVE

Pocas corrientes ilustran mejor la crisis

de la razón iluminista que el llamado **new-wave** que ha aparecido en los últimos años, como una de las creaciones más genuinas de la juventud de los ochenta. El **new-wave** —cuya divulgación en los medios estudiantiles no pretendemos exagerar— es el anverso de la tradición iluminista: es el escepticismo, e incluso, el nihilismo cultural de nuestros tiempos. El rasgo central del **new-wave** —como ocurre en parte con todo el rock moderno— es la crítica de la razón; es simultáneamente una revuelta contra el pasado y el futuro en el marco de una generación sin identidad.

Revuelta contra el pasado: el **new-wave** se caracteriza, en efecto, por su ruptura con el paradigma populista —básicamente la matriz nerudiana— en que estuvo basada toda una larga tradición cultural, desde el descubrimiento de la novela social de los años 30 hasta el realismo mágico del **boom** de la literatura hispanoamericana, toda la poesía popular y épica de Neruda cuyo punto de referencia obligatorio es el monumental **Canto General**, o también la tenaz resistencia cultural contra el rock de los sesenta, contestado por la tradición que inaugura Violeta Parra y el neofolklore. El pueblo fue siempre el fundamento de una identidad cultural. También —y particularmente en los años setenta— donde florece toda una corriente de defensa cultural, explícitamente denominada “retorno a las raíces” y cuyas expresiones más conocidas son el auge del folklore de la periferia (andino y chilote), la popularización de Violeta Parra, el culto a la artesanía (otrora reservada al mundo hippie) o la peregrinación ritual a Machu Pichu y Chiloé. Fue un movimiento de resistencia cultural, antimoderno, donde se cultivó la ortodoxia folklórica y se veneró lo propio. El sincretismo de Los Jaivas que le sigue es todavía parte de esta tradición, precisamente por su escatología andina. El **new-wave** disuelve todo esto: se desprecia y abandona toda referencia a una tradición cultural vernácula. En el **new-wave** se realiza la pretensión más característica de la moder-

nidad: la disolución de todo particularismo cultural. Tal vez el **new-wave** sea, en efecto, la expresión de una juventud ya demasiado moderna, educada en una sociedad urbana, de masas, donde se descompone aceleradamente las culturas tradicionales.

La crisis de identidad se superpone en el **new-wave** con la ausencia de futuro. Las representaciones del futuro oscilan entre el vacío y el misterio (que explican el renovado interés por la ciencia ficción e incluso herméticas) y las visiones apocalípticas, muerte y desolación a menudo representadas — como en estos versos — en la imagen convencional de la hecatombe nuclear: un tema típicamente **new-wave**.

*"En el silencio y en la oscuridad
surgen las sombras de la ciudad
buscando sangre para beber, marcando
gente sin entender
siglos de historia no sirven de nada,
para la especie sin mascarada.
Sólo quiere el hombre destruir, no existe
medios, sólo está el fin*

*En un espacio, hirviendo todo
las ratas huyen arrastrando lodo
Tu pecho siente las explosiones
allá en lo lejos, en las poblaciones
Un sol de nada, reventando el cielo
Los perros vagos respirando miedo
El viento barre hojas de diario
que los mendigos han desechado
Este es mi mundo, este es mi país
ésta es la mierda en que yo nací
Este es mi mundo, esta es mi ciudad,
todos han muerto pero ella está".*

(Aparato Raro, **Post Mortem**)

La imagen de la catástrofe nuclear (la ciudad vacía, las ratas, el viento arrastrando los diarios, vagabundos, etc.) ha sido trasladada sutilmente a la actualidad chilena.

Estas imágenes son manifestaciones del escepticismo en la razón y de la pérdida de legitimidad de las élites iluministas en nuestras sociedades. El tono del **new-wave** es, por ejemplo, agresivamente anti-intelectual y deliberadamente apolítico: acaso como nunca ha desaparecido la confianza en la educación y en la ciencia, la

credibilidad de los expertos y la legitimidad de las élites políticas. El **new-wave**, en efecto, proclama — como tantos movimientos nihilistas —, la muerte de la razón y, con ella, de los valores ilustrados, verdad, belleza, libertad. La crítica del racionalismo ilustrado tienen obviamente asideros: en términos generales, la razón se ha mostrado incapaz de realizar los valores por doquier, o dicho de otra manera, la razón produce fines irracionales, entre ellos el límite nuclear. El espectáculo dentro del cual se desenvuelve el **new-wave** en nuestros países no es más halagüeño: aquí es sobremanera la crisis de la razón utópica aplastada bajo dos signos de muerte: la violencia estatal y el sacrificio revolucionario. La eliminación de la utopía se convierte en enseñanza principal de la nueva generación, representada en el motivo del "paraíso perdido".

*Está cansado, cansado de luchar, por
la justicia, el hambre, la libertad
Siéntes de pronto que no hay nada en
qué creer y te cansaste de gritar y
nunca ver
Se acabó el tiempo de los lindos
ideales
no hay más que oír a esos tontos in-
telectuales
o te preparas a morir en las trincheras
o esperas en tu cuarto la tercera guerra
Se acabó el tiempo del paraíso soñado
no hay más que ver a esos locos al-
midonados
No trates ya de disfrazar tu temor,
haciendo yoga e invocando al Señor
Si eres sofista (comunista) irás derecho
al infierno
si eres ciclista (fascista) eres peor que
el cerdo"*

(Aparato Raro, **Calibraciones**)

Frente a este cuadro el **new-wave** no proclamará el retorno a la religión (es una generación demasiado secularizada) ni existe deo de angustia existencial como en la poesía de Zurita enfrentada al mismo problema. Tampoco se reivindica el principio del cuerpo y del placer como en la protesta anti-tecnocrática de los sesenta (la crítica de la libertad sexual es incluso un tema **new-wave**

así como el convencionalismo en la vestimenta, la ausencia de sentimientos solidarios y pacifistas, todos motivos antisententistas). El **new-wave** es una corriente que emerge en una sociedad en crisis.

Ni angustia ni placer: la actitud **new-wave** es la ironía y el escepticismo en sus versiones blandas (generalmente acompañada de apatía política aunque de sentimientos democráticos), pero también de cinismo y nihilismo activo en las versiones más duras (que eventualmente limitan con una suerte de fascismo cultural).

El **new-wave** es extrañamente lúcido. Proclama con justeza su rechazo al espectáculo de la muerte, una espiral que comenzó en los sesenta con el clásico motivo freudiano (la rebelión de los jóvenes como asesinato de sus padres) y culminó en una venganza anti-freudiana (el asesinato de los hijos) desde la guerra antisubversiva hasta la protestas nacionales donde las víctimas propiciatorias han sido singularmente los jóvenes. Sin embargo, en este acto el **new-wave** es incapaz de fundar el sentido de la vida: la crítica de la razón se resuelve simplemente en furia y desencanto.

EL RADICALISMO ESTUDIANTIL

Históricamente nuestro movimiento estudiantil ha sido altamente institucionalizado. Bonilla estudió hace algún tiempo esta tendencia²: el largo ciclo de radicalismo estudiantil que abarca el período 1918-1938 culminó finalmente con el Frente Popular y el establecimiento del consenso democrático de post-guerra. El movimiento estudiantil sufrió tres cambios principales: primero, se consolidó una relación orgánica entre las élites estudiantiles y el sistema político; segundo, se establecieron mecanismos claros de representación y acción institucional dentro de la universidad; por último, se diseñó una política de concertación social con fuerzas que ac-

(2) Bonilla, Frank, "University Student Organization in Chile" en *Student Politics in Chile*, Basic Books Inc. Publishers, 1970 Nueva York, Londres.

tuaban dentro del consenso democrático, principalmente los sindicatos obreros y gremios de empleados de la baja clase media. Bonilla alcanzó a detectar los procesos de franca burocratización de la FECH a mediados de los años 50. La revuelta de abril de 1957 marcó, sin embargo, el fin de este ciclo de estabilidad institucional: en adelante, los estudiantes recuperan la tradición iluminista de los primeros tiempos, retiran su lealtad al sistema político, deshacen su alianza con el movimiento obrero para actuar en el universo de las capas marginales, finalmente abandonan la reforma y las orientaciones específicamente universitarias dislocando el carácter institucional de la protesta.

Hoy renacen los factores que respaldaron la institucionalización del movimiento estudiantil en el 38. La reconversión de aquellos se produjo transformando la reforma universitaria en un objetivo de acción básicamente institucional (antes que cultural), e incluso específicamente universitario, y despojando a los estudiantes de una misión histórica de largo alcance. Es esta la época en que se consolida la tradición comunista en el movimiento estudiantil chileno, cuya característica central ha sido el énfasis en la representación de clase de los intereses estudiantiles y el abandono de toda pretensión revolucionaria autónoma. La evidencia indica que la comunista es una alianza mucho más social que ideológica. El P.C. ha representado — con singular éxito — a los estudiantes de clase media baja que acceden a las universidades públicas y se concentran preferentemente en los institutos pedagógicos y tecnológicos. Esta franja es muy sensible a las demandas sindicales (la defensa de su condición universitaria) y próxima a una identificación con la clase obrera industrial. La clásica alianza obrero-estudiantil, que tuvo su apogeo en los años 50 con la concertación CUT-FECH en torno de las movilizaciones contra el alza de la locomoción (desde la "revolución de la chaucha" de 1949 hasta la revuelta de abril de 1957) tuvo como motor estas

orientaciones que subrayaban el carácter sindical y de clase de la protesta estudiantil. La estabilidad de la votación comunista en las universidades estatales en los años 60 — pese al clima de enardecimiento ideológico — confirma también la naturaleza social de su influencia. En aquella década se desvaneció la concertación con el movimiento obrero y las energías se volcaron hacia la reforma universitaria, en cuyo terreno, la política comunista acentuó la expansión de los presupuestos y de las matrículas universitarias ("Universidad para todos"), tema que obviamente concentraba la preocupación y adhesión de la pequeña clase media estudiantil. La protesta comunista ha sido, pues, extraordinariamente sindicalista e institucional: es la defensa — y en ocasiones el acceso — de la condición universitaria para el mundo popular.

Este carácter defensivo de la política comunista reaparece hoy, aunque en un clima de exasperación y **enragé** estudiantil, explicado sobremano por los efectos de la crisis y de la represión. Según todos los indicadores las penurias de los estudiantes han aumentado enormemente: dificultades para pagar los aranceles de matrícula que abultan la demanda por crédito fiscal y los deudores morosos, sobre-ofertas de vacantes en los institutos y centros de formación técnica que no gozan de subsidios, insuficiencia de recursos destinados a becas de alimentación y estudio, deterioro de la infraestructura universitaria, sobre todo, en el área pública, etc. El cuadro es propicio: pauperización de la baja clase media, usualmente el sector más afectado en términos relativos por las crisis recesivas. Tras la crisis, sin embargo, se encuentra el proceso de elitización y oligarquización de la educación superior desatado por las reformas neoliberales: en la cúspide se construye una élite tecnocrática, altamente sofisticada y rentada (ingenieros comerciales y profesionales liberales destinados al área privada, generalmente formados en las universidades católicas); tras ellos, se desvalorizan y degradan las profesiones intermedias y

los títulos técnicos, quienes pierden prestigio social, rentabilidad económica y, sobre todo, seguridad en sus salidas ocupacionales. La crisis exacerba un proceso de elitización ya cuajado en los años anteriores, bloqueando las oportunidades de acceso y movilidad universitaria de la baja clase media.

Esta frustración educacional es uno de los componentes centrales del radicalismo estudiantil de la hora actual, sobre todo cuando es contestada con exclusión política y represión. Es también la base de la influencia comunista en las universidades, principalmente públicas y provincianas, en los liceos públicos y, asimismo, del origen del activismo urbano-poblacional. El radicalismo político en las poblaciones está en gran medida dirigido por desertores del sistema universitario y congrega a jóvenes de alta escolaridad relativa, que usualmente han fracasado en su empeño por ingresar a la universidad o se encuentran desempleados pese a los títulos escolares conseguidos. El lazo que une a estudiantes y juventud popular es la degradación o exclusión del sistema de educación superior: masas de jóvenes altamente escolarizados, y simultáneamente, desempleados o con escasas perspectivas ocupacionales. El radicalismo juvenil no tiene, pues, nada del vanguardismo revolucionario de otrora: es un movimiento estrictamente defensivo, es la lucha contra una sociedad que excluye y deteriora las posiciones educacionales de los jóvenes. Sin duda, los factores políticos contribuyen a esta **enragé** estudiantil: por una parte, la recomposición de un sistema político democrático a la vez distante y excluyente respecto de la representación de los intereses populares (contestados sistemáticamente por los jóvenes con listas unitarias y alianzas de centro-izquierda); por otra, la presencia de la represión estatal.

El radicalismo político tiene obviamente un origen similar al **new-wave**: es la crisis de los procesos de modernización que no han generado ni oportunidades sociales ni identidad cultural. ¿Cuál es la diferencia con el **new-wave**? Es el

retorno al origen, la recuperación de la raíz popular de una juventud que —en el marco del gigantesco proceso de expansión escolar— emprendió el frustrado camino de la movilidad social. El signo del radicalismo político es todavía el paradigma nerudiano, la vigencia de una cultura populista contra el mundo burgués (ya no identificado con la clase media tradicional ni la oligarquía sino con la tecnocracia moderna). Rechazo a la cultura moderna, retorno a las poblaciones para capitanear la revuelta popular, defensa de las viejas tradiciones obreras. Las juventudes comunistas — pese a sus apariencias— son particularmente esto: la afirmación de la vigencia de la cultura y la política frente-populista. Neruda y Allende son los dos grandes símbolos de esta tradición, absolutamente viva en la conciencia de la actual generación: ambos son la expresión de una tradición que se busca retener en medio de la desolación imperante. La radicalización política de los jóvenes no lleva así el signo de la vanguardia revolucionaria (paradójicamente confiando a un movimiento marginal: el profetismo revolucionario de la juventud católica). Es un movimiento de resistencia social (defensa del **status** educacional), política (recomposición de un sistema de alianzas antioligárquico) y cultural (vigencia de la cultura populista). Es casi una nostalgia por el 38.

ESTUDIANTES Y DEMOCRACIA

Los estudiantes se recomponen — según hemos visto— como un movimiento post-revolucionario. Las vanguardias iluministas sucumben, ora en el escepticismo, ora en la resistencia cultural y en la violencia defensiva. La tradición iluminista, sin embargo, no ha desaparecido del todo: la apelación a un universalismo abstracto prosigue con las demandas por modernización y democracia, firmemente presentes en el medio estudiantil.

Varios autores han examinado últimamente las tensiones entre sociedad

y política en los escenarios de redemocratización del continente. La reconstrucción del sistema político se produce dentro de una enorme indiferencia y distancia social. La política democrática aparece como una racionalidad puramente instrumental (institucional) carente de fuerza cultural, vale decir, incapaz de reconstruir una identidad y acción colectivas. Sobre esto se han dado diferentes explicaciones: la cuestión central, empero, es la desarticulación de los troncos populistas a los que ha estado secularmente atada la cultura política latinoamericana. La cultura popular nunca ha sido contractualista, sino comunitaria, patrimonialista o corporativista. Volvemos a nuestro punto de partida: los procesos de modernización y de constitución de una cultura liberal individualista —base indispensable para el funcionamiento de regímenes democráticos— han sido perfectamente insuficientes. En nuestros países, el mercado no opera como síntesis cultural. La respuesta frente al mercado —en los años del apogeo neoliberal— fue la Iglesia, el actor social que goza de mayor legitimidad según todas las evidencias. La reconstrucción de un sistema democrático guiado por criterios puramente contractualistas tiene el mismo **status** —y podríamos agregar la misma credibilidad— que las ideologías de mercado. Como se ha dicho varias veces, los modelos democráticos que operan son aquellos que están fundados en una identidad y acción nacional-popular: la vigencia de una cultura populista es un dato que a menudo se desprecia y olvida.

La crisis del populismo es claramente visible en la reaparición de la ideología democrática, principalmente en los medios estudiantiles y, en general, en la clase media ilustrada, técnico-profesional. Entre las élites liberales, en efecto, se aprecia el predominio de aquellas corrientes que conectan democracia con modernización, en desmedro de las viejas tradiciones populistas democráticas encarnadas en el freismo y el allendismo, basadas en la idea de democracia como par-

ticipación popular. Los temas nación, pueblo, progreso, vale decir, la invocación de un proceso de movilidad e integración colectiva, constitutiva de la ideología populista, no aparecen. Es también la ausencia de la noción de élite desarrollista —como autorepresentación estudiantil— que floreciera en décadas pasadas. En las universidades retrocede claramente la ideología neoliberal. El criterio de legitimidad de las élites tecnocráticas es visto como insuficiente: la eficacia técnica y la capacidad de generar excedentes cuantitativos se combina con imperativos extraeconómicos. Con todo, no se reproducen las ideologías industrialistas clásicas ni existe una fuerte vocación estatal, signo —sobre todo este último— de la desaparición del concepto de élite en la mentalidad estudiantil. Ha desaparecido la conciencia desarrollista de otrora. El neoliberalismo es contestado casi exclusivamente desde un punto de vista ético. Ocurre lo mismo con la ideología democrática imperante cargada de una fuerte apelación moral (singularmente la protesta en torno de los derechos humanos). El desarrollismo, que fue la conjunción entre populismo y modernización, no se vislumbra en la conciencia estudiantil. Ambos términos se separan, quizás, por efecto de la crisis que plantea la reconstrucción de la democracia en un escenario de contracción de las demandas y aspiraciones sociales.

Las ideas populistas retroceden o dejan relucir sus aspectos netamente defensivos como ocurre por doquier con la protesta comunista, y también con las corrientes católicas de estos últimos años afincadas en el amparo de la subsistencia (por encima de las pretensiones de movilidad social) y en la defensa de la dignidad humana. Por contrapartida, las ideologías democráticas se vacían de todo contenido social, se limitan a reponer y defender las reglas institucionales e invocan el universalismo abstracto de los derechos políticos y humanos como criterio de autolegitimación. Acción democrática sin conexión con la sociedad, acción popular sin conexión

KANT

OPINIÓN

con el sistema político: tal es la contradicción que se presenta en la actualidad chilena.

Las diferencias que atraviesan la acción estudiantil no pueden ocultar la existencia de una acción común. Esta confluencia no se produce puramente a nivel institucional, en la común aspiración por democratizar las universidades, demanda que no ha sido el centro de la efervescencia universitaria y donde los estudiantes han aceptado fácilmente el liderazgo de los profesores. El tema del poder universitario no ha sido principal. La cuestión central se encuentra en la conexión universidad-sociedad: para unos, la inconsistencia generalizada de **status** (movilidad educativa más exclusión y degradación ocupacional); para otros, los bloqueos que se presentan en la movilidad de las élites tras el fracaso neoliberal. Un sistema institucional cerrado y una economía en crisis son una base suficiente para la concurrencia estudiantil. Por ello, la protesta estudiantil tiene un perfil nítidamente político. Tras la demanda común por democracia, sin embargo, se oculta la diferencia: la contradicción entre **enragé** populista y el optimismo liberal que no acaban por unirse nunca. Dos lenguajes diferentes: en unos, una fuerte apelación a la cultura; en otros, al cálculo y al consenso; aquí, retorno al pueblo (físicamente incluso a las poblaciones), allá, integración a las élites políticas y técnicas; acá, recuperación de las raíces

y de la tradición, allá, el universalismo de la modernidad ilustrada. Entre ambos, se cierne el **new-wave**, el escepticismo y la indiferencia política.

CONCLUSIÓN

La relación entre estudiantes y democracia queda definida en los términos antedichos: entre la crisis de la razón iluminista y el escepticismo. Es difícil hacer conjeturas acerca del futuro. La desmovilización estudiantil en escenarios democráticos es una evidencia que se ha registrado por doquier. La descomposición de la acción colectiva no es un asunto propio de los autoritarismos políticos, sino también de los regímenes democráticos: el silencio y la muerte de los movimientos sociales es un fenómeno de nuestros tiempos (que acaso adquiere sus versiones más agudas en los países industrializados). Dicho en otros términos, los procesos de desintegración y atomización social son antes que nada resultados de una crisis cultural, que no están ligados mecánicamente a la naturaleza del sistema institucional. Es —como aquí se ha sugerido— el agotamiento de las promesas escatológicas del racionalismo ilustrado y de la identificación entre razón y valores. La reintegración del movimiento estudiantil en un sistema democrático se producirá en este contexto de malestar cultural. El carácter de esta reintegración —los modelos

específicos de reordenamiento democrático— no resulta así el problema principal: habrá corrientes que acentuarán el rol integrador del régimen democrático (vale decir, su capacidad de vencer la exclusión social y económica); otras privilegian la restitución del consenso y de los derechos políticos, o también la construcción de una sociedad civil abierta, tolerante y pluralista. Probablemente todos concurren a la restitución y defensa de un régimen democrático parlamentario (que siempre prima sobre las versiones corporativas o populistas de la democracia). La convergencia entre juventudes y élites políticas estará asegurada por algún tiempo y, quizás, abarque toda una generación. La estabilidad de estación dependerá, con todo, de la eficacia de los regímenes democráticos por asegurar la vigencia de los derechos políticos, y, sobre todo, por conseguir niveles crecientes de integración social.

La cuestión de fondo empero estará apenas resuelta. La juventud permanecerá en la sociedad civil, muy débilmente orientada hacia la política. ¿Acaso primarán aquí las estrategias de movilidad individual, el privatismo o el pasatismo propios de una sociedad de masas? ¿O quizás se constituyan y refuercen subculturas con una identidad autoexcluyente del tipo rock? Tales son posibilidades ciertas que, de alguna manera, preanuncian la muerte del movimiento estudiantil.

MAYO DEL 68: SISMIOLOGIA SOCIAL

El Mayo de 1968 se sintió como un estremecimiento sísmico en el seno del organismo social y de las conductas de relación. El rechazo inicial de los estudiantes de Nanterre y de la Sorbonne a obedecer las decisiones del Rector de París y del Ministro de Educación Nacional, después de la respuesta a las acciones represivas de la policía, hicieron temblar simbólica y prácticamente al Estado. No era una simple pugna de intereses: cada vez que la "fuerza pública" actuaba, su acción parecía oscilar en el vacío. No se obtuvo ningún resultado. Algunos de los ultimátums más extremos eran lanzados como desafíos y, sin embargo, obtenían satisfacción. Las zonas más amplias de la opinión tomaban partido por los estudiantes. Un movimiento de solidaridad y de identificación se propagó con una velocidad de reacción en cadena, quitando vertiginosamente todo apoyo y toda consistencia a los actos del poder. Todo endurecimiento, toda concesión de éste aparecían irrisorios.

En estas condiciones, una súbita descomposición del "vínculo social" se verificaba a través de la aceptación, acelerada e inevitable del gobierno, de las exigencias estudiantiles, concedidas paso a paso: liberación de los es-

tudiantes arrestados, abandono de las persecuciones, amnistía a los sentenciados, evacuación de la policía de las universidades y de las calles. Todo terminó con la sistemática ocupación de todos los locales universitarios, sobre todo de la Sorbonne, y completado paradójicamente por la apertura a los jóvenes trabajadores, pero también a los "curiosos", a los "burgueses" y a las "masas".

La onda de destrucción, de desalienación o de descolocación de la obediencia a las formas sociales se propagó, desde entonces sin obstáculos. El abandono de la "auto-represión" por los individuos y los grupos volvió impotentes los sistemas de defensa y represión organizados. Nuevas olas concéntricas ampliaban sin cesar la onda iniciada por el epicentro y conducida a través de los diversos canales de información (radios, por ejemplo) hacia las escuelas, las oficinas, las administraciones, las empresas y hasta los partidos políticos o los sindicatos.

Ocupaciones, contestaciones, liberaciones y deliberaciones separaban las estructuras tradicionales, en las cuales el burocratismo y la "super-represión" (en el sentido de Marcuse) eran denunciados...

Liberación y deliberación

Las fuerzas oscuras que no han podido o no han querido desenmascarar sus rostros, sin duda convergieron para obtener semejante estremecimiento en la conciencia nacional y estatal. Esta, en el comienzo del mes de mayo, parecía sólida e insensible, como si la apatía en la que estaban los franceses en materia política, por la reducción de todos los diálogos, pudiese permitir el augurar retornos agresivos como en toda situación autoritaria.

Pero el hecho ha sido tanto más exorbitante que imprevisto en su comienzo. En consecuencia se instituyó una dramatización de la situación, sin que ningún freno pudiera ser imaginado. El movimiento presentaba, desde entonces, un doble aspecto, estimulante e inquietante.

Por un lado, se daban pruebas de que el peso de la fuerza pública había súbitamente disminuido sobre sus hombros. Era posible experimentar un alivio, más alerta, disponiendo de un aumento de la energía tomada de las estructuras sociales. Los padres conversaban la verdad con sus hijos. Los docentes con los estudiantes y, al fin, con los alumnos rebeldes. Los responsables con sus colaboradores. Los ministros con los sindicatos. Los estudiantes con los obreros. Los franceses con los extranjeros. Las separaciones, las distinciones, las fronteras, los prejuicios, las diferencias parecían haber desaparecido: las prohibiciones del tipo "está prohibido prohibir" aparecían inscritas en las Sorbonne y pronto en otras partes.

Por otro lado, era difícil no estar ansioso. Toda convención social estaba cuestionada. El equilibrio descolocado. El "contrato social" de derecho y de hecho era denunciado, sin que se hiciera nada por reemplazarlo, más que un rechazo radical de la moderna civilización de la producción y del consumo y aún del derroche. La "represión" de la sociedad y su condicionamiento apremiante se volvía visible,

risible y condenable, su finalidad absurda o débil. Fenómenos de angustia y culpabilidad salían a la superficie. El futuro parecía peligroso. Su violencia parecía acrecentarse ineluctablemente, por escalada, hasta llegar a una guerra civil. Los mitos, ahora, servían de explicación: cada uno se identificaba con el estudiante arquetípico: el joven Zeus, alimentado secretamente por la miel del Olimpo, atacó por sorpresa a su padre Cronos, con la complicidad de su madre Rhea, diosa de la evolución, diosa del "movimiento" y de la "luz". Y Zeus obligó a su padre a restituirle los otros hijos que había devorado en su seno (por fascinación). Pero, ¿ello no terminaría en una guerra contra los Titanes?

Exaltación y depresión

En un tiempo récord, parecía posible precisar algunas comprobaciones surgidas del asombro y de la perplejidad. Si había asombrado la velocidad de las solidaridades, de la reunión de los individuos y de los grupos sociales, si la modificación socio-económica parecía fatal, se debía, en consecuencia, adoptar un juego de precauciones de parte de los protagonistas. En todas las manifestaciones, en las calles y en las fábricas, en las facultades y en el teatro Odeón de París, todos los protagonistas se habían abocado de alguna manera a "manifestar la fuerza para evitar su empleo". En términos psicoanalíticos, se trataba del "tránsito a la acción". En la práctica, se trataba de una lógica onírica, que rodeaba los obstáculos de la realidad, desbaratando el "principio de realidad", caro a Freud. Muchos se sintieron partícipes de una gigantesca "ensoñación", de un psicodrama, con fases de una exaltación jocosa y fases depresivas. Una oleada de imaginación ("la imaginación al poder") sacudió hasta el delirio a los individuos y a todo el cuerpo social. Una energía liberada se desencadenaba.

Todo se embriagaba de la facilidad y de la verdad de la violencia o de lo que estaba sucediendo. Un terrorismo verbal se explicitó especialmente sobre los muros de las facultades: "Es necesario el rojo para salir del negro" (Facultad de Censier); "En las cavernas del orden nuestras manos harán bombas" (Sorbonne); "No se hace política inocentemente. Saint-Just" (Science Po); "Abajo los burócratas. Basta de actos, de palabras" (Sorbonne); "La humanidad no será feliz hasta que el último capitalista sea colgado con las tripas del último izquierdista" (Condorcet), etc.

Se podían leer también sutiles exhortaciones a la desesperación: "La vida está fuera" (Sorbonne); "Yo decreto el estado de felicidad permanente" (Science Po); "No consumamos a Marx" (Censier); "Ustedes están vacíos" (Nanterre).

En fin, la presencia de una cierta ambigüedad: "La libertad es el crimen que contiene todos los crímenes; es nuestra arma absoluta" (Sorbonne); "Exagerar, esa es el arma" (Censier); "La vergüenza está en contra" (Sorbonne); "Mis deseos son la realidad" (Nanterre); "Sed realista, pedid lo imposible" (Censier)...

Flujo y reflujo

A través de la agitación de los espíritus y en la medida en que se extendían las grandes maniobras de la calle, el organismo estatal estaba herido de parálisis. La resonancia simultánea de las protestas individuales, en este país, tan profundamente contestatario y tan "radical" en sus basamentos, actuaba produciendo una onda de ruptura de los circuitos y de los soportes. Cada funcionario representante de la autoridad estaba reducido a su soledad. Se sentía impotente. El sistema económico estaba bloqueado. No más dinero. No más combustible. No más transportes. No más transferencias. No más correo. No más recolectores de basura. No más entierros. Cada uno se veía reducido a sí mismo o a su cercano entorno.

Por lo tanto, al extenderse el movimiento, tomando fuerza, adquiriría también inercia. Al maremoto de la revuelta contra toda forma estatal y contra toda prohibición social, familiar o personal, sucedió el maremoto de las reivindicaciones objetivas y limitativas, en intensidad. Ellas convergían hacia el poder y el empresariado, se sustentaban en cierto frente unido pero se reducían y se contradecían según las oposiciones latentes o expresas. La angustia y la culpabilidad subyacentes acentuaban esta limitación.

De tal forma, que bruscamente, cuando el movimiento alcanzó su apogeo, el súbito regreso del Jefe de Estado (figura paternal característica) de un viaje simbólico a Lorraine y más allá (el día de la santa Juana de Arco) invirtió objetivamente la situación. Una multitud manifestó en sentido contrario, expresando el reflujó de esta suerte de gran "saturnalia". La esencia estaba restituida (en sentido propio y en sentido figurado). La "esencia" vino de nuevo a socorrer y a encauzar la "existencia". El correo reabrió. Los piquetes de huelga perdieron su seguridad. Las negociaciones terminaron. La actividad se reanudó. El cuerpo social se despertaba miembro por miembro. El Estado parecía erguirse. La economía reparada luego de un mes de estupor y también de cuatro semanas de cambios, de diálogos, de tomas de conciencia y de proyectos auténticos de futuro.

Apareció cierta consistencia y con ella era necesario contar para liberarse de una angustia insoportable. Hasta los más audaces pudieron, inconcientemente, sentirse descargados. Su tono de voz cambió. Se matizó estilo de su acción. Las afirmaciones absolutas se callaron. Las protestas volvieron a su cauce. Las autocensuras se restablecieron. La amenaza encubrió la angustia.

El aventurerismo, de nuevo, fue proscripto. La policía era acogida por los mismos "habitantes" que la habían deshonrado. Volvieron los fines de semana. Y los jóvenes trabajadores de las fábricas, todavía en huelga, fijaban carteles: "Obreros y estudiantes, sí";

"Anarquistas y divisionistas, no". La bandera tricolor era nuevamente reivindicada. La bandera negra desapareció y la bandera roja se ocultó cada vez más. Todo el cuerpo social y los partidos políticos entraron en actividad. Los docentes, divididos volvieron a pensar en buenas tradiciones. Se desplegó una campaña electoral; pero los proyectos de reestructuración de la universidad se dejaron de lado.

Hipótesis de reflexión

Al arco irris de sentimientos vividos, en la tormenta revolucionaria de Mayo del 68, corresponden cuatro hipótesis como bases de reflexiones provisorias.

1. Este acontecimiento parece confirmar la hipótesis de que un sistema cultural es regulador del equilibrio de las relaciones sociales. La puesta en duda de los valores y de las estructuras de la educación y de la investigación provocan una remisión en lo que hace al vínculo social, una transformación general del campo de las tensiones colectivas y nacionales.

Ahora bien, el sistema cultural francés se había vuelto inadecuado para los modelos de relación adaptados en Francia, en el seno de la competencia mundial (económica y cultural). Su crisis era ineluctable. Tanto más, sus vibraciones estaban poderosamente sustentadas por ondas sísmicas mundiales. El ejemplo venía al mismo tiempo de China, con Mao, de Alemania, de Roma y también de América Latina, con la figura del Che. Una "internacional" de estudiantes se nutría de sí misma, a través de la cual cada uno se sentía involucrado.

2. Los móviles convergentes en la puesta en marcha colectiva, revolucionaria, de las energías de los estudiantes eran, naturalmente, muy variados. Estos móviles recapitulaban, en el seno del subgrupo social de las universidades, el conjunto de las contradicciones y de los conflictos vividos en la sociedad global.

3. Este suceso igualmente ha puesto en evidencia que las estructuras sociales son estables —según las normas explícitas o tácticas— por el almacenamiento en ellas de una parte de la fuerza de la que cada individuo dispone (según su aparato corporal y sus medios sociales). Si todos los individuos recuperasen al mismo tiempo la energía que han depositado en las estructuras sociales —por medio de un shock que provocara liberación o pánico—, éstas literalmente se fundirían.

4. La significación más profunda de este acontecimiento es sin duda la necesidad de una desburocratización de los sistemas sociales y culturales. Tal operación prolonga y generaliza el movimiento de descolonización. El origen de la estructura social está en la base, el abandono que cada uno hace de una parte de su propia fuerza debe ser compensado por un acceso más directo a la gestión de la energía almacenada. Esto, por otra parte, debe y puede ser más ligero, en razón del movimiento más rápido de los sistemas sociales en los que el carácter temporario o la movilidad son evidentes.

Traducción de Cristina Micieli

**SEAN
REALISTAS
EXIJAN
LO IMPOSIBLE**

Jaime Gazmuri

ALLENDE O LA LOGICA DE LA POLITICA



Mi primer encuentro personal con Allende, Jigaz, se produjo en el verano de 1963, cerca del muelle de un pequeño pueblo — Puyquehue — cabecera administrativa de Lemuy, una de las múltiples islas del archipiélago de Chiloé, en el extremo sur de Chile.

El senador Allende, candidato del Frente de Acción Popular, había iniciado temprano una larga campaña por la Presidencia de la República, que culminaría con su derrota en septiembre de 1964. En Puqueldón, prácticamente todo el pueblo, encabezado por las autoridades de la izquierda del lugar, esperaba a las dos lanchas del candidato y su comitiva. Sólo faltaban en su séquito, el Alcalde de Mar y los dirigentes conocidos de las candidaturas rivales.

Una vez en tierra, y luego de saludar a sus partidarios, el candidato se fijó en la presencia — a una cierta distancia — de tres muchachos que, obviamente, no eran del pueblo.

Se acercó a saludarnos: "¿y ustedes, que hacen por aquí?", preguntó.

Le explicamos que éramos estudiantes de tercer año de Agronomía y que realizábamos un estudio en la isla para ver las posibilidades de introducir el cultivo de la remolacha azucarera por cuenta de IANSA, la empresa estatal

del rubro. "Supongo que votarán por mí", agregó. Algo complicados, contamos que no; en primer lugar, porque dos de nosotros no alcanzaríamos la edad necesaria — se votaba a los veintiún años entonces en Chile —, y además porque éramos freistas. "No importa, concluyó el senador, de todas maneras cuando sea Presidente van a tener mucho trabajo colaborando en la Reforma Agraria de mi Gobierno. Necesitaremos muchos técnicos jóvenes".

El segundo encuentro ocurrió años después, a fines de 1970. La Unidad Popular no lograba ponerse de acuerdo respecto del candidato único para la elección de 1970. En el MAPU — partido cuya dirección yo integraba — Allende despertaba resistencias. Nos parecía una figura demasiado tradicional y sospechosa de reformismo. Invitó a almorzar a la directiva del MAPU a su casa de Guardia Vieja. La conversación fue amena, con recuerdos de viajes y personajes y comentarios políticos generales. Del almuerzo recuerdo un muy buen seviche. A la hora del café, en su pequeño escritorio repleto de fotografías dedicadas por ilustres personalidades revolucionarias del mundo (una, de don Pedro Aguirre Cerda, el precandidato del Partido Socialista) fue directo al

grano: "quiero que me expliquen por qué se oponen a mi candidatura y cómo no se dan cuenta de que el único candidato posible de la Unidad Popular soy yo". No sé con cuánta firmeza cumplimos el mandato de nuestra Comisión Política, pero en todo caso reiteramos el argumento de que la izquierda, después de la derrota de 1964, necesitaba una figura nueva y un perfil más revolucionario. A la salida, no se me había disipado la sospecha del reformismo de Allende. Intuí, sin embargo, que podía ser injusta la acusación de que era un político tradicional. Por lo menos cuando se trataba de pedir apoyo.

Vi por última vez al presidente Allende la noche del 10 de septiembre de 1973, en su despacho de La Moneda. El ambiente era tenso, todos sabíamos que un intento golpista era inminente y el margen de maniobra del gobierno, reducidísimo. La antesala fue larga; la agenda estaba recargada y esperaban ministros, sindicalistas y dirigentes políticos. Había también militares. Como pasaba el tiempo, pedí que me cambiaran la audiencia para el día siguiente. Con su solicitud habitual, el edecán militar de la Presidencia, comandante Badiola, me comunicó que el Presidente mandaba decir que lo esperase. No me quedó más remedio que llegar tarde a casa, una vez más. Finalmente, pasó un grupo al despacho —recuerdo a Tohá y Sule entre otros— que escuchó el informe de Clodomiro Almeyda, recién llegado de la Cumbre de los No Alineados, celebrada en Argel. "Clodomiro, vaya a descansar. Lo espero a primera hora mañana en Tomás Moro, tengo importantes cosas que conversar con usted", lo despidió el Presidente. Luego de otra espera, me recibió. Estaba tranquilo, ocupado, de buen humor. Su preocupación era encontrar una solución política a la crisis general que se vivía. Esperaba que el llamado a plebiscito que se proponía anunciar al día siguiente detendría el golpe militar en marcha. Sin duda, Allende se tenía confianza. No advertí en él, esa noche, el presentimiento de la

muerte que también lo había acompañado en las últimas semanas. No olvidé la intuición que tuve al bajar las escaleras que dan a la salida del Palacio por la calle Moneda, de que pasarían muchos años antes de volver allí.

Salvador Allende se ha convertido, sin duda, en la figura política más universal que ha producido Chile en su historia. Tierra pródiga en poetas de gran aliento, como Huidobro, Neruda o la Mistral, o en artistas de la sensibilidad de Violeta Parra, los políticos chilenos adquirieron —incluidos los más ilustres— una estatura honorable que no trascendió los límites de su país natal. Ni sus actos, ni sus dichos, ni sus eventuales escritos lograron despertar interés o suscitar emoción más allá de sus respectivas épocas o domicilios políticos y culturales. La temprana constitución del Estado Nacional, la ausencia de grandes convulsiones revolucionarias e incluso institucionales, la relativa solidez de las instituciones políticas hicieron que el arquetipo del gran caudillo estuviera prácticamente ausente de los diversos escenarios históricos de la vida republicana. Los caudillos, cuando los hubo, tendieron a ser menores y fugaces, y las personalidades de significación fueron más la expresión de las grandes corrientes políticas que sus constructores. El peso determinante de los partidos y la estabilidad de un Estado democrático que tuvo la capacidad de ir ampliando la variedad de los actores que participaban en el sistema, le dieron a la política chilena del siglo veinte un aire de circunspección poco común en estas latitudes. No es que la sociedad no estuviera atravesada por conflictos, enfrentamientos sociales y crisis. Ocurría que el sistema político era capaz de procesarlas y —hasta un punto— integrarlas, dada la aceptación general de las reglas del juego, pero la procesión iba por dentro. En cualquier caso, el destino de nuestras figuras políticas era morir de muerte natural, rodeadas del respeto que hubieran logrado granjearse en vida.

El mito de Allende se alimenta, en primer lugar, que duda cabe, de la epopeya de su muerte.

Poco se puede agregar a ella, como ejercicio de coraje y dignidad poco frecuentes. Subrayaría, sin embargo, el carácter premeditado, resuelto y anunciado con mucha antelación, de su gesto de morir en La Moneda. No es el caso del héroe que reacciona con la intuición de la grandeza ante una circunstancia imprevista y extrema, y que luego se constituye en símbolo. Ante la evidencia de la derrota, Allende eligió reflexiva y racionalmente la forma en que pasaría a la historia y el contenido de su último mensaje político: la intransigencia radical frente a lo que se inauguraba en Chile aquel 11 de septiembre. Todo ello sería de por sí suficiente para asegurarle un sitio de privilegio en la galería de los latinoamericanos ilustres de este siglo. La figura de Allende trasciende, además, por la importancia del proceso histórico que encabezó —el del Gobierno de la Unidad Popular— y por la conmoción que aún suscita su derrota y la naturaleza del régimen que lo reemplazó. Mal que nos pese, también Pinochet, su antítesis, ha logrado simbolizar universalmente todo aquello que la civilización repudia en política. Nos interesa una reflexión sobre Allende, en tanto dirigente y líder de la izquierda chilena de los años sesenta y de su intento de realizar un proceso original de transformación social. En particular, para preguntarnos si existe en esa experiencia alguna herencia intelectual y política útil, en función de los problemas y dilemas que enfrentan las izquierdas latinoamericanas de los años ochenta. Dicho de otro modo, se trata de indagar los elementos de vigencia de su pensamiento político, más allá del valor de su ejemplo moral.

Una primera dificultad consiste en si se puede hablar propiamente de un pensamiento político de Salvador Allende, dado que notoriamente no fue un intelectual en el sentido restringido del término. Su único libro es un trabajo de los años cuarenta sobre medicina so-

cial. No era tampoco, según su propia confesión, "un hombre de lecturas profundas". Su pensamiento se fue construyendo en el transcurso de una larga práctica política y expresando en sus innumerables discursos. Sin ser un intelectual, fue sin embargo un político de ideas, que participó en todos los debates de su partido y de la izquierda durante cuarenta años, y que manifestó un interés permanente por los acontecimientos internacionales, en particular, por los procesos revolucionarios. Si sus lecturas no fueron profundas, sus viajes fueron prolongados y frecuentes, y amplio su trato con personalidades de la cultura y la política de Chile y el mundo. No se trataba de un político provinciano. Es ilustrativa la anécdota de su primer contacto con la Revolución Cubana, a pocos días de la entrada del ejército rebelde en La Habana. Estando invitado a un congreso en Caracas, y como le "sobraban unos pocos dólares" compró un pasaje para ir "a ver que ocurría allí". Su formación intelectual y política se desarrolla en los años treinta y cuarenta. Participa como estudiante en la formación del Partido Socialista, es elegido diputado en 1937, designado ministro de Salud del primer gobierno del Frente Popular, ocupa la Secretaría General del Partido en 1945. No abandonará el Parlamento desde el año de su primera elección, salvo para asumir la Presidencia de la República en 1970. Marxista desde siempre, como también masón. Impulsor de la medicina social y de la industrialización como palanca del desarrollo. Ubicado moderadamente en las disputas internas del socialismo. Eterno candidato por las más diversas regiones del país. Sensible a las demandas populares. Ya antes de convertirse en el líder de la izquierda aparecía como el prototipo de lo que las nuevas generaciones de los años sesenta definíamos como un "político tradicional".

En 1952 realizó una opción arriesgada. Se opuso a la política de la mayoría del Partido Socialista de apoyo a la candidatura presidencial del general Carlos Ibáñez. Ibáñez representó una reacción a la

política de compromisos y transacciones, característica del decenio anterior, y supo expresar profundas aspiraciones de renovación de la práctica política e institucional del llamado Estado de compromiso, levantando, al mismo tiempo, muchas demandas y banderas populares. La tesis de la mayoría de los socialistas era la de que el partido debía convertirse en la columna vertebral del heterogéneo movimiento nucleado en torno del carisma del General, potenciando todas sus virtualidades transformadoras y "disciplinando" el movimiento. Allende dividió al Partido y con el apoyo de los comunistas —entonces ilegalizados— levantó su primera candidatura presidencial. Los resultados fueron pobres —poco más de un 5% de la votación— pero se proyectó un nuevo liderazgo nacional en la izquierda y se inauguró un largo período de colaboración entre el candidato y los comunistas. A poco andar, el gobierno de Ibáñez demostró sus limitaciones transformadoras y los socialistas lo abandonaron. Se crearon así las premisas para la unidad de la izquierda, plasmada en una alianza programática —el Frente de Acción Popular— y la posterior reunificación del Partido Socialista. La designación de Allende como candidato presidencial del FRAP, para la elección presidencial de 1958, y su sorprendente resultado ratificaron el liderazgo de Allende en la izquierda chilena.

Es en el período previo a la campaña electoral del 58, cuando se configura lo que en propiedad puede considerarse un pensamiento de Allende respecto de la "vía chilena al socialismo". Este pensamiento alcanzará madurez expositiva e incluso intentará adquirir un estatuto teórico en el período de su Gobierno, particularmente en el texto de su primer Mensaje al Congreso Pleno. No se trata, obviamente, de un pensamiento completamente original; es tributario, en muchos aspectos, de los debates y elaboraciones surgidos en el interior de los principales partidos de la izquierda y de la cultura del socialismo chileno. Sin

embargo, es posible discernir un núcleo significativo de proposiciones propias, planteadas persistentemente, en contraposición abierta o tácita con las de los partidos principales, incluido, ciertamente, el suyo. Ello hizo que las relaciones de Allende con el movimiento que expresaba como su dirigente principal fueran particularmente complejas. Su acuerdo con los comunistas, en muchas de las opciones políticas significativas que la izquierda de ese período debió enfrentar, se acompañaba de una distancia no pequeña en lo que concierne a sus respectivos proyectos de socialismo y de sus ópticas internacionales. Con su partido, sin perjuicio de su identidad cultural y de su liderazgo, estuvo en posiciones políticas normalmente distintas a las de la mayoría, por lo que los mutuos condicionamientos fueron una constante. Ni el líder era capaz de hegemonizar su partido, ni éste era capaz de prescindir de aquél. Su fuerza residía en su papel respecto de la unidad de la izquierda, en su indesmentible filiación socialista y en su indiscutido liderazgo entre las masas que se identificaban con el movimiento popular. Su debilidad residía en su incapacidad para lograr que la izquierda asumiera cabalmente un proyecto que contradecía muchos de los presupuestos teóricos profundamente arraigados en su cultura política. Cultura que, a su vez, reproducía los tópicos y el clima intelectual y político de las izquierdas latinoamericanas de la década del sesenta.

Un núcleo del pensamiento de Allende es el de que la revolución posible en Chile debía transitar un camino pacífico e institucional. Desde el punto de vista de la estrategia política, ello significaba conquistar la Presidencia de la República electoralmente, aprovechar el peso institucional del Ejecutivo en el ordenamiento estatal chileno para realizar un conjunto de transformaciones económico-sociales de carácter "antiimperialistas y antimonopólicas", modificar por esa vía la correlación social y política de fuerzas, y transformar la sociedad y el Estado

en un sentido socialista, sin quiebres institucionales. Los resultados de la elección de 1958, en las que el candidato de la izquierda logró el segundo lugar, apenas 30.000 votos respecto de la primera mayoría, demostraron que tal estrategia era viable. Hasta 1964, este elemento de la política de la izquierda no fue básicamente cuestionado: los comunistas asumían como suya la tesis de la "vía pacífica" y los socialistas aceptaban la utilidad de participar en los procesos electorales, aunque prevenían respecto de las "ilusiones pacifistas": una cosa era ganar una elección y otra hacerse del poder. Una parte de la izquierda consideró que la derrota electoral de 1964 significaba la cancelación de la perspectiva de la vía pacífica. La revolución como en toda América Latina, necesitaba salir de los parlamentos y de sus trampas, sacarse el saco y la corbata y comenzar a pensar en vestirse de verde olivo.

Entre 1965 y 1969, la discusión sobre la cuestión de las vías fue particularmente intensa en Chile. Son los años en que se creó el MIR, con su tesis foquista, moda en la época, y en que el Partido Socialista declaró la lucha armada como "vía estratégica" en un par de Congresos. Ello no impedía, se afirmaba, participar tácticamente en procesos electorales, ni "utilizar" las instituciones de la democracia burguesa.

Aunque la práctica de la izquierda no cambió fundamentalmente —impulsó a las luchas reivindicativas y de masas en ascenso en el período, la participación en los procesos electorales, una fuerte oposición parlamentaria al Gobierno demócrata-cristiano, la nueva retórica ayudó a desdibujar los elementos de originalidad de su proyecto. Paradojalmente, los años inmediatamente anteriores al triunfo de la estrategia que Allende había defendido tenazmente durante un largo período fueron los de su mayor aislamiento respecto de los partidos y de la cultura militante de la época.

La cuestión de la vía pacífica no era, sin embargo, lo medular del proyecto socialista de Allende, sino la afirmación de que la democracia política es la forma de organización estatal de la nueva sociedad. En su perspectiva, lo original de la vía chilena no es principalmente la forma del tránsito —pacífica e institucional— sino la naturaleza democrática y pluralista del socialismo que se postula. Supera, así, la aproximación puramente instrumental a la democracia, característica, incluso, de los sectores dispuestos a jugar dentro de las reglas de la democracia burguesa, como los comunistas chilenos, por ejemplo. La democracia se convierte al mismo tiempo en instrumento y fin del movimiento popular y de las fuerzas revolucionarias. No escapa a Allende la novedad mayor de su proyecto y sus elementos de ruptura con la experiencia socialista contemporánea. Es explícita la idea de que en Chile se intenta llevar a cabo una experiencia revolucionaria históricamente inédita: *"no existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura del subdesarrollo como para la creación socialista"*.¹

Esta idea se reitera una y otra vez en el texto del primer mensaje de Allende, como Presidente de la República, al Congreso Pleno:

"Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada".

Y nuevamente:

"Chile es la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista".

En el mismo texto se señala que el primer modelo es el de la Revolución Rusa del 17, donde "se edificó una de las formas de la sociedad socialista,

que es la dictadura del proletariado".

Esta estrecha vinculación entre democracia política y socialismo unida a la idea de que se intenta una experiencia de transformación anticapitalista que no se reconoce ni se inspira en modelos anteriores, va a contrapelo de la cultura leninista dominante en la izquierda chilena de los sesenta y de los paradigmas revolucionarios que encendían la imaginación de los viejos y nuevos militantes: la Revolución Rusa del 17 y la Revolución Cubana.

La práctica de Allende fue coherente con estas concepciones. Primó en ella —como también en la del movimiento popular de la época— la lógica de la política. Rechazó con más fuerza que la mayoría de sus contemporáneos la lógica de la guerra y de la militarización de la política. Incluso en circunstancias en que era posible pensar —y muchos lo sugerimos— una estrategia de defensa militar del Gobierno, para la que se contaba en ese momento con el mando institucionalista del Ejército, el Presidente rechazó la hipótesis. La última salida que imaginó para salvar una crisis irremediable tuvo su sello inconfundible: llamar a un plebiscito que resolviera la pugna institucional.

Excede los límites de estas reflexiones una crítica del proceso chileno de esos años y del rol de Allende como su principal conductor. En cualquier caso, dejó una herencia aún vigente en estos años difíciles de crisis y de reconstitución de las izquierdas en la América Latina de fines de siglo. La plena identificación de los movimientos populares con la reconstitución, la defensa y la profundización de la democracia; la mantención de un horizonte utópico que apunte a la superación de la sociedad burguesa por otra justa y libre, y una voluntad de transformación social que expanda los límites de lo posible, nos parecen ingredientes imprescindibles en cualquier proyecto de izquierda con sentido histórico.

¹Primer mensaje al Congreso Pleno, Santiago, 21 de mayo de 1971.

CIENCIA SOCIAL Y LITERATURA: DISCURSO NARRATIVO Y ESPACIO POLITICO

Ana Pizarro

Los investigadores de literatura preocupados por el devenir histórico y social de nuestros pueblos nos apoyamos a menudo en el estudio, en las aproximaciones a la realidad, en los elementos conceptuales que nos entregan las ciencias sociales. Es necesario decir que en América Latina —que constituye mi área de estudio— ellas han tenido un desarrollo excepcional desde la década del sesenta con los normales problemas de las dictaduras y el exilio de la década siguiente. Lo que no es común entre nosotros, es que sean las ciencias sociales las que se aproximen a la literatura para abrir una ventana inédita en la investigación de los problemas que les preocupan, como si percibiésemos de pronto algo que nuestras culturas aborígenes nunca dejaron de repetirnos: que la realidad es de múltiples dimensiones, más de las que nuestra racionalidad ha categorizado, y que se hace necesario buscar nuevos modos de abordarla. Esta reflexión se debe a que justamente ahora observo un interés en lo literario desde la ciencia social. En Europa ha habido una discusión de este tipo —en la década del sesenta, sobre todo— pero en América Latina se ha seguido ese desarrollo y no ha habido una colaboración real y sistemática entre ambas aproximaciones a la realidad. Me produce enorme satisfacción el hecho de que no sólo los críticos literarios nos apoyemos en los científicos sociales, sino que también los científicos sociales se apoyen en nosotros, lo cual abre reales posibilidades de conocimiento. Debo confesar que también ello me produce

preocupación. Preocupación en el sentido de no querer transitar, por inesperienza, caminos fáciles, de buscar la simplicidad, de escuchar despreocupadamente lo que la literatura parece decirnos de la sociedad y caer muchas veces en un engaño. Creo que por tratarse de una relación tan delicada como la de la complejidad social y la de la complejidad estética, justamente debemos vigilar eso: la complejidad. Me parece que necesitamos escuchar de la literatura más que lo que ella preconiza a voces, sus silencios, interpretar su gestualidad, atender a sus relaciones íntimas, a los nexos plurales que conforman su espesor de totalidad, apuntar más que a la engañosa evidencia, al oculto vínculo entre la forma estética y el proceso social, ocultamiento que no es el producto de una coquetería simplista, ni de una voluntad barroca, sino el resultado de una evidencia: que en la literatura lo social, lo histórico, el espacio de lo político configuran su estructura. Que en la relación sociedad y literatura, la dicotomía entre lo externo y lo interno es falsa porque lo social es interno, constitutivo, modelador de las tensiones que adopta el discurso literario.

La forma novelesca en América Latina, como es normal, pasa por etapas en su formación. Mucho se ha discutido sobre la existencia o inexistencia del género en el período colonial, entre los siglos XVI y XIX, y la crítica en general acepta su nacimiento a comienzos del siglo XIX, en 1816 cuando se publica *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, en México. Otros críticos, en cambio, hablan de una novela colonial

(*) Texto leído en el Coloquio "Figures du pouvoir dans le roman africain et latinoaméricain", Universidad de Lausanne, Suiza, 10 al 13 de marzo de 1986.

—“proto-novela”, se la ha llamado— con narraciones de diferente textura, que van desde la aventura caballeresca a la pastoril, del barroco a la ficción histórica. A lo largo de su desarrollo, la novela se va definiendo a través de una multiplicidad de recursos, y en los diferentes escenarios por donde transitan los espacios del poder y las figuras del poder: el poder toma diferentes rostros, asumiéndose la mayor parte de las veces como personaje, otras como estructura ideológica dominante, o como poder económico y social de explotación. Las estructuras coloniales, primero, y el sistema de relaciones centro-periferia, después, comienzan a quedar plasmados a través de este discurso, a formar parte de la construcción simbólica, quedando así en evidencia. La escritura, el discurso literario que fue en sí mismo una figura del poder colonial, que fue un mecanismo de implantación, cambia de función. El discurso, que desempeñó en América Latina la función de instrumento de dominación al servicio de las coronas española y portuguesa, impuesto frente a la oralidad de la cultura indígena, comienza a establecer el distanciamiento necesario para la construcción del universo escindido de héroe y totalidad, que caracteriza a la novela moderna. La corona portuguesa exigía la creación de textos literarios, poemas, literatura de homenaje para celebrar los fastos del Imperio. No estamos en capacidad de decir hoy en América Latina que la novela constituye un contra-poder —la realidad es múltiple y las generalizaciones peligrosas— pero sí que el discurso ha establecido un distanciamiento del poder y que es posible observar sus mecanismos. Los rostros del poder son claros, en una primera lectura, y es posible enumerarlos a través de los textos. Es la metrópoli y sus aliados internos: el latifundista, el cura, el capataz en la novela indigenista de los países andinos a comienzos de siglo. Una trilogía que responde al sistema de tenencia de la tierra en una región de relaciones semif feudales e incluso

comunitarias insertas en una estructura global de dirección capitalista. Una de las formas que toma nuestro capitalismo dependiente. Es el amo brutal de la plantación, en las novelas de reivindicación antiesclavista y el sistema de opresión que este impone. (**Cecilia Valdés**, de C. Villaverder, por ejemplo). Es la empresa de enclave, la transnacional que domina las economías latinoamericanas y que extrae bajo la fuerza de la explotación los minerales: el salitre, el estaño, el cobre, el tungsteno que da nombre a la novela única de César Vallejo. La que se lleva las bananas y el caucho en las de Carlos Luis Fallas, **Mamita Yunai, La Vorágine**, de J. Eustasio Rivera, o en las de Jorge Amado. El poder también toma el rostro del militar, del dictador en el ciclo famoso que se extiende desde el comienzo de siglo hasta nuestros días y en donde los matices son muchos, desde la figura imperturbable y lejana en su omnipotencia de Asturias, en **El señor Presidente**, a ese personaje arbitrario y patriarcal de García Márquez o Carpentier. Pero la virtualidad estética del texto literario es su pluralidad, la multiplicidad de las lecturas, sus evidencias y al mismo tiempo sus silencios, los dispositivos múltiples de la enunciación, los juegos del narrador, la conformación del narratario, las renovadas estrategias del discurso. El discurso literario del continente, al desarrollar en su interior los mecanismos de la subversión, vuelve plural la enunciación, contradictoria. El discurso descubrió las virtualidades de la estética en una proposición “ladina”, en un mecanismo de cimarronaje, como ha llamado a procesos de este tipo René Depestre, en una relación de lucha enmascarada contra el poder. Antonio Cándido ha analizado¹ los largos poemas del siglo XVIII, **Uruguay y Caramurú**, observando cómo se va gestando allí, en la apología de la colonización portuguesa, la afirmación del indígena. La literatura enfrenta, así, a la Corona y crea su espacio político para desarrollar el contra-poder.

¿No es acaso un mecanismo similar el que nos propone frente al poder el iniciador de la novela moderna en el siglo XIX, Machado de Assis? Como el mismo Antonio Cándido ha observado, en otro de sus trabajos², Machado, el académico que ocupaba altos cargos en las letras del Brasil finisecular, al mismo tiempo hombre de color de origen humilde cuya vida transcurrió en la facilidad del éxito, expuso con toda corrección la normalidad social de su momento, las vidas de hombres de corte burgués impecable, perfectamente entroncados en los hábitos de su clase. Los intersticios de la enunciación construyen, sin embargo, el discurso paralelo de la anormalidad esencial de la sociedad, de la relatividad de los actos, de la transformación del hombre en objeto del hombre, del desgarramiento, del sinsentido, en una línea del absurdo que nos remite a textos de plena contemporaneidad. La enunciación genera así mecanismos contradictorios, se apoya en lapsos y matices, articulando en sí misma el contradiscurso que cuestiona al poder. Sin lugar a dudas, este discurso no le es privativo, pero es un mecanismo que la literatura latinoamericana ha generado como defensa de la escritura frente al poder, por una necesidad de descolonización, creando sus escenarios políticos de enfrentamiento.

En este mismo sentido la enunciación, situada en ámbitos inhóspitos, despliega otros recursos. Es el caso de la autorización, por ejemplo, artilugio que es una manera de disponer de estos escenarios a que nos referimos. El mismo Colón necesitaba legitimar su discurso frente a la Corona en sus **Cartas** confirmando la interpretación que había dado sustento a su viaje, con elementos que en Europa se pudieran reconocer como exóticos o propios de los viajes de Marco Polo. Insistía además en la posibilidad —que nunca era más

¹Cándido, Antonio, “Literatura e historia na América Latina”, en A. Pizarro (Comp.), **Hacia una historia de la literatura latinoamericana**, en proceso de edición.

²Cándido, A., **Varios escritos**, San Pablo,

que una posibilidad, ya que en realidad había encontrado bien poco— siempre repetida, de las riquezas que se podrían obtener:

“y dijo que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especierías en ellas que duran mucho al sur y se ensanchan a toda parte”.

En *La Araucana*, por otra parte, el largo poema épico renacentista de la conquista de Chile, el escritor Alonso de Ercilla, que acompaña al ejército en la conquista, se propone cantar las glorias del invasor, y lo señala, para que no quepa duda. Va a cantar, según sus palabras:

“el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados, que a la cerviz de Arauco no domada pusieron duro yugo por la espada” Pero cantará también, agrega, el valor de esta gente “que a ningún rey obedecen”, ya que siendo más grande el vencido, arguye, mayor será la gloria del vencedor. A medida que el poema se construye —y por intermedio de la pluralidad de discursos— vemos aparecer una imagen cuestionada del vencedor, criticada ridiculizada, incluso. En una perspectiva crítica del hablante básico, la instancia que construye el discurso incluyendo al mismo narrador, la atracción del español disminuye, mientras se acrecienta la del pueblo indígena. Nos damos cuenta, entonces, que Ercilla necesitó del proemio legitimador para poder dar curso libre a su admiración por el vencido, de cuyo orden de guerra y disciplina se anima a decir, sin embargo, “podemos tomar dellos doctrina”.

Los juegos de la enunciación frente al poder necesitan, sin duda, ser estudiados en detalle. Pero es importante observar cómo la novela desarrolla los procesos de autorización, cómo, por ejemplo, el sistema literario indígena, o más ampliamente el sistema cultural es apropiado por el discurso narrativo de este siglo, el sistema “erudito” en español de América. Existen distintas modalidades —

pienso en este caso tanto en Icaza como en Arguedas—, ellas entregan espacios de autorización a las culturas discriminadas atribuyéndoles la dignidad que inicialmente se les negaba y que las había relegado a los estudios especializados de los antropólogos. El discurso narrativo del español de América juega, así, una mala pasada al poder. El poder de clase, el espíritu colonizador, los sectores que discriminan, los que no han dado el **status** de literatura ni de cultura al imaginario indígena no tienen, entonces, más que aceptar los juegos del lenguaje subvertido, las estructuras míticas que trastocan la composición, las otras dimensiones de la escritura de un Asturias, un Arguedas, un Rulfo, un Roa Bastos. Son los recursos de autorización, la silenciosa subversión que desarrolla la narrativa latinoamericana frente al poder: la creación de su espacio político.

Pero ¿quién es el poder? ¿Qué cara tiene el poder? Hemos hablado del poder que es evidente. Pero acerquémonos al poder oculto. Ya no se trata del poder-personaje: dictador, militar, gobierno o “gringo”. Observamos la existencia de un poder silencioso pero presente que se sitúa del lado opuesto al narrador. Su rostro terrible se construye ahora a través de los resquicios del discurso. Es el poder que pone en evidencia el narratorio, o el lector implícito, aquél a quien el discurso va dirigido y cuyo perfil como el de un retrato hablado se erige a partir de las inferencias del texto. En el texto que hemos elegido, la apelación es explícita:

“Señores nuestros, muy estimados señores —dicen los sabios aztecas en un texto antiguo— Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra Aquí ante vosotros, os contemplamos, nosotros gente ignorante...

¿qué es lo que debemos dirigir a vuestros oídos?

¿Somos acaso algo?

Somos tan sólo gente vulgar”.

Esta apelación del discurso comienza a dibujar las figuras del poder a quien el

discurso está dirigido. Estos “Señores nuestros” —lo podemos investigar más tarde— son los franciscanos que llegados a la Nueva España en 1524 condenan las antiguas creencias religiosas. Pero a través del texto los rostros del poder se configuran: son la fuerza de soberbia imperturbable frente a la cual la honestidad de los sabios aztecas queda al desnudo. Se abre en el texto una secuencia que contiene el racconto de lo que en ellos produce esta “palabra nueva”, que no tiene relación con el respeto que conciben ni con las enseñanzas de los progenitores, “los que han vivido sobre la tierra”. Sigue entonces el relato de la cosmogonía del mundo indígena — con interferencias sobre la ofensa que temen producir en el interlocutor con éste—. ¿De qué les sirve vivir si se les está arrancando el sistema de creencias, la cultura, el alma misma? Desde allí se está planteando ya el problema de nuestra identidad. Los sabios aztecas piden entonces: “déjennos, pues ya morir, déjennos ya perecer, puesto que ya nuestros dioses han muerto”³

Paralelamente a la palabra de los sabios, se va trasluciendo en el texto el interlocutor frente al cual este discurso funciona. El discurso mide las distancias, teme la ofensa, se evidencia él mismo ofendido, ya que la trasgresión del poder eclesiástico es brutal. Se trata de un interlocutor que ignora todo de esta cultura y para lograr que escuche es necesaria la humildad, la humildad extrema que llega a la dignidad de la muerte cuando ha sido aplastado el espíritu. Es el rechazo que los sabios aztecas hacen de la “zombificación” del ser humano, propia de la colonización, de la que habla Depestre, zombificación porque se nos ha anulado el espíritu, que es la cultura, la identidad, para quedar convertidos sólo en fuerza de trabajo. Este es el intento que está llevando a cabo el interlocutor silente y

³“Coloquios y doctrina...”, en M. León Portilla, *El reverso de la conquista*, 3a. edic. México, 1974, págs. 23-28.

así se va definiendo el rostro del poder a través del proceso de enunciación en el texto.

De una hermosa novela de Venezuela, **Abrapalabra**, de L. Britto García, tomo un ejemplo contemporáneo, en el intento de observar posibilidades.

Abrapalabra es una especie de gran pintura mural, fresco de Venezuela a través de relatos cortos. Son los cuadros con los que se configura un todo, en donde la complejidad de la historia contemporánea se inserta en percepciones de la historia pasada que dan el condicionamiento necesario a su comprensión. Todo de este conjunto un cuadro llamado "Cartel". Se trata efectivamente del texto de la leyenda propia de los carteles que se afichaban para dar los datos y cazar a los esclavos fugitivos, los "cimarrones". El relato se abre, pues, con un tono serio y dramático por lo que él significa: "A principios de mayo de este año se ha fugado de la hacienda del Marqués..."

Y sigue la descripción de su edad, color, pelo, nariz, orejas, dientes, al modo terrible de este tipo de afiches, en una secuencia que sitúa al lector implícito del texto —en esta instancia del relato de la que hablamos— instalándolo bien en la sociedad del poder colonial. El la representa, no está asustado por la descripción, ni tiene ningún sentido de los derechos humanos, seguramente está parado en la calle leyendo el afiche. Incluso, tal vez, toma nota de las señas, ya que siempre hay una recompensa. Luego algunos elementos de la descripción llaman al desconcierto. El lector implícito cambia de rostro y vemos al poder transformarse porque el texto que sigue describiendo a este "negro Pedro Miguel", ahora habla de su capacidad de hacer niños, con una simpatía y un sentido del humor que toma de a poco el ritmo siguiente:

"Nada como un peje. Ve en la oscuridad. Ronca como un tigre. Habla con las plantas. Llama a los relám-

pagos. Doma a los temblores. A macana pelea. Bien maneja el machete. El primero con maza. Nada para su ariete. Se lo mata y revive. Dondequiera hace niños. Tiene pardos, mestizos. Y mulatos. Y zambos. Tercerones, zainos. Cuarterones, mandingas. Quinterones, bachacos. Chicharrones, trompúos (...)"⁴.

El rostro del poder colonial, brutal y esclavista, se ha transformado, en la mirada criolla contemporánea, en un proceso de estética empatía en donde el lector implícito, superior y lejano, se vuelve próximo y participa de esta cultura que es centro del relato. Se produce un trastocamiento de este lector y, por lo tanto, de la imagen del poder. Con él se transforma el esquema de poder de la sociedad colonial, pasando a expresar las relaciones de la sociedad "criolla" post-esclavista, así como el mestizaje afroamericano generalizado de la sociedad venezolana de hoy. El texto juega, incluso, con ese tránsito y por momentos intenta volver al tono de seriedad del comienzo, pero el relato escapa al narrador que no logra retrotraerlo, para rendirse finalmente ante la evidencia histórica de las nuevas relaciones, y terminar:

"pero óyeme que óyeme que óyeme". Desde luego, hay otros planos de comprensión del texto situados en el nivel de las connotaciones, en donde "el negro Miguel" es una figura histórica de la Independencia de Venezuela y el prominente Marqués del Toro se vuelve en el texto Marqués de la Vaca. Pero observamos este ejemplo simplemente como una manera de apuntar a las virtualidades del discurso narrativo en la construcción de las galerías que forman los edificios del poder, así como las posibilidades estéticas de construcción del contra-poder.

La novela genera, de este modo, sus espacios políticos. Poné, de esta manera, en evidencia los juegos del poder, en una plural estrategia del lenguaje simbólico, que en nuestras

literaturas sitúa sus antecedentes en el momento mismo de la conquista. Allí aprendimos a desarrollar inusitados espacios políticos de acción, porque la dominación era brutal y era necesario crear una resistencia apropiada: con argucias militares, como en los araucanos que así pudieron no ser aplastados; con argucias de la cultura y el rito, como cuando el esclavo aceptaba honrar la imagen de Nuestra Señora de la Concepción o Nuestra Señora de la Caridad sabiendo que en realidad para él era Ochún, una de las divinidades africanas. Así se fue creando la contracultura. La actitud "ladina", esa que tanto se critica a las culturas populares es una forma de resistencia que fuimos desarrollando, porque era el engaño, la viveza, la única forma de sobrevivir. Así también desarrollamos estrategias múltiples de escritura, porque había que transformar la escritura de poder en contra-poder. Asumíamos las culturas de imposición, pero desarrollábamos frente a ellas respuestas creativas. De esta dialéctica nació nuestra cultura, nuestro discurso. Nuestra ventaja frente al colonizador es que los colonizados hemos tenido que manejar a la par dos culturas mientras él asumió solo la suya y el resto es exotismo y barbarie. En este movimiento se encuentran los orígenes de nuestra literatura, en este proceso de apropiación y de respuesta creativa y es por eso que para nosotros —como seguramente también para nuestros amigos africanos en donde los procesos tienen elementos similares— la literatura y la novela, en especial, no constituyen sólo productos simbólicos de nuestra historia y nuestra realidad sino que también se asumen con la dignidad de instancias constructoras del continente. Hombres y mujeres de lo imaginario y de lo real en eso estamos, y esa es, por lo tanto, la función que adoptamos en nuestros países los intelectuales frente al poder.

⁴García Britto, L., **Abrapalabra**, La Habana, 1979.

Transcribimos a continuación el discurso pronunciado por William Faulkner al recibir el Premio Nobel de Literatura el 10 de diciembre de 1950.

LA CREACION INTELECTUAL DE NUESTRA EPOCA

Considero que este premio no ha sido otorgado a mi persona, sino a mi obra, a una vida de trabajo transcurrida entre la agonía y el sudor del espíritu humano, una vida no deseosa de gloria y mucho menos de provecho, sino consagrada a extraer de los materiales del espíritu humano algo que no existía antes. Así, pues, yo soy únicamente el depositario de este premio. No será difícil hallar una dedicación al dinero del premio que responda al propósito y significación de su origen. Pero me gustaría también poder hacer lo mismo con la aclamación, utilizarla como una plataforma desde donde yo pudiese ser escuchado por los hombres y mujeres jóvenes que se han entregado ya a las mismas angustias y afanes y entre los cuales se encuentra aquél que un día ocupará el lugar que yo ocupó ahora aquí.

La tragedia de nuestro tiempo consiste en un general y universal miedo físico durante tan largo tiempo sufrido que ya no podemos soportarlo. Ya no existen problemas del espíritu. La pregunta es ésta: "¿Cuándo volaré hecho pedazos?" Debido a ello, el hombre o mujer jóvenes que se dedican a escribir han olvidado los problemas del corazón humano en conflicto abierto con él mismo, que es lo único que puede enseñar a escribir bien, porque sienten que sólo vale la pena escribir sobre la agonía y el sudor.

El escritor joven debe aprenderlos de nuevo. Debe aprender que la más vil de todas las cosas consiste en tener miedo, una vez sabido esto, olvidarlo para siempre, dejando únicamente sitio para las eternas verdades del corazón, las antiguas verdades universales sin las cuales cualquier historia es efímera, está sentenciada a morir: amor y honor, piedad y orgullo, compasión y sacrificio. Mientras hace esto trabaja abrumado por el peso de una maldición. No escribe sobre el amor, sino sobre el deseo, sobre derrotas en las que nadie pierde nada de valor, sobre victorias sin esperanza y, lo que es peor, sin piedad o compasión. Sus pesares no trascienden humanidad, no dejan cicatrices. No escribe acerca del corazón, sino acerca de las glándulas.

Mientras vuelve a aprender estas cosas, escribirá como si fuese un testigo del fin del hombre. Pero yo me niego a aceptar el fin del hombre. Es fácil decir que el hombre es inmortal simplemente porque resistirá; que cuando la campanada postrera haya sonado, y su eco se haya perdido, en la última roca inútil y enhiesta junto a un mar inmóvil, en la roja agonía del último atardecer, aún entonces se escuchará otro sonido: el de su débil e inagotable voz hablando todavía. Me niego a aceptar esto. Creo que el hombre no se limitará a resistir, sino que prevalecerá. El hombre es inmortal, no porque entre todas las criaturas sea la única que tiene una voz inagotable, sino porque posee un alma y un espíritu capaces de compasión y sacrificio y agüante. El deber del poeta y del escritor estriba en escribir acerca de estas cosas. Goza del privilegio de ayudar al hombre, levantándole su corazón, recordándole que el valor y el honor, la esperanza y el orgullo, la compasión y la piedad y el sacrificio han sido la gloria de su pasado. La voz del poeta no necesita ser meramente una crónica del hombre; puede ser uno de sus puntales, una de las columnas que lo ayuden a resistir y a prevalecer.

Martín Hopenhayn

MICHEL FOUCAULT: PODER, CONDICIONAMIENTO

No hay relaciones de poder sin resistencia

En un debate con historiadores realizado en mayo de 1978, Michel Foucault resume en una frase lo que fue su preocupación principal desde fines de los sesenta, a saber, "cómo ligar entre sí el modo de escindir lo verdadero y lo falso con la manera de gobernarse a sí mismo". Las múltiples conexiones entre verdad y política, o entre formas de producción del saber y de ejercicio del poder, constituyen, sin duda, la columna vertebral de la obra de Foucault. Tales conexiones ya se insinúan en su temprana *Historia de la locura*, y se explicitan y enfatizan desde 1969-70, años en que aparecen textos tales como *La arqueología del saber* y *El orden del discurso*. Esta explicación de las conexiones entre saber y poder se consolida, en 1971, con su artículo titulado *Nietzsche, la genealogía, la historia*, encuentra su expresión cumbre en el célebre libro *Vigilar y castigar* (1975), y vuelve a retomarse en una cantidad generosa de entrevistas y polémicas en las que Foucault participa a lo largo de la década del 70.

La preocupación por las relaciones entre saber y poder no es nueva. Rousseau hacía alusión, desde sus primeros *Discursos*, al peligro de la ciencia manipulada

por los poderosos; en Marx el concepto de ideología, vinculado, aunque negativamente, con la producción de verdad, expresa una relación de dominación; y filósofos como Marcuse y Fromm, junto con un caudal generoso de sociología crítica de décadas pasadas, vieron en la tecnocracia un modo de manipulación del conocimiento en función de la preservación del *statu quo*.

¿Qué hay, pues, de nuevo en las relaciones que establece o detecta Foucault? El podría responder que todo lo suyo está dado ya, embrionariamente, en el pensamiento de Nietzsche. La idea de que los límites de un discurso (de qué se habla) convierten a éste en un *discurso sobre límites* (cómo debe hablarse y hasta dónde): la idea de que el poder del discurso es su virtual conversión en *discurso de poder*; la idea de que todo saber es el efecto de una lucha, de una confrontación donde siempre hay dominadores y dominados, y nunca el mero efecto de felices adecuaciones, hallazgos y corolarios. Pero sería pedirle demasiado a Nietzsche que se hiciera acreedor de las relaciones que Foucault devela entre producción de verdad y ejercicio del poder. El titánico esfuerzo de este último por rescatar de la historia



**Investigador del Centro de Alternativas de Desarrollo (CEPAUR), Santiago, Chile.*

cotidiana el lento pero incesante desarrollo de las técnicas de la coerción responde a una genealogía mucho menos nietzscheana que foucaultea. Difícilmente Nietzsche hubiera podido escribir que "mientras los juristas y los filósofos buscaban en el pacto un modelo primitivo para la construcción o la reconstrucción del cuerpo social, los militares y, con ellos, los técnicos de la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos".¹

La intersección entre saber y poder no se juega, según Foucault, en una ideología que contenga y enmascare los intereses de una clase homogénea; tampoco radica en una razón instrumental omnicomprensiva, ni en una ciencia total manipulada por malignos artifices del poder total. Al contrario, para Foucault esa intersección se fabrica y reproduce en los espacios pequeños y cerrados, en la "unidad mínima" que puede ser la prisión, la escuela, la fábrica, el manicomio, el hospital, el taller o el cuartel. Es allí donde "se tallan minuciosamente los gestos, posturas y conductas del cuerpo del escolar, el soldado, el trabajador, el enfermo, el reo, de acuerdo en cada caso con el objeto que debe producir, con la orden que cumplir, con el problema que resolver".² La distinción entre lo normal y lo anormal, entre lo correcto y lo erróneo, entre lo verdadero y lo falso, entre lo tolerable y lo desplazado es una distinción que no nace de sujetos preexistentes sino de los espacios mismos de ejercicio de poderes. Pero lo principal es que esta regimentación, esta producción de saber, se ejerce sobre cuerpos que son moldeados y disciplinados en una dirección específica. El condicionamiento radica en que tal disciplinamiento crea cuerpos autovigilados, fabrica autorregulaciones o, lo que es igual, asegura el tránsito de la disciplina a la autodisciplina. Foucault quiere hacer una microfísica del poder "detectar el poder no en la burguesía en general, sino en sus agentes reales: la familia, los pedagogos, los médicos, etc."³ En estos espacios el poder es con-

dicionamiento: conciencias cuadrículadas por un saber, cuerpos verificados por un poder donde poco importa el sujeto del poder, y donde lo decisivo es ese **lugar preciso** donde se cruza la producción de una verdad (es decir, la opción por una verdad y ninguna otra) y su ejercicio bajo la forma de "producción de sujetos". La articulación entre saber y poder se da allí donde florecen estrategias de control y tácticas de disciplinamiento, es decir, donde el poder graba y registra sistemáticamente los cuerpos de cierta forma y **no de cualquier forma**: "Al convertirse en blanco de nuevos mecanismos de dominación, el cuerpo genera nuevos espacios de saber, razón de más para no instalar el análisis en el nivel de lo ideológico y sí en el de prácticas portadoras de ciertas tácticas y estrategias de poder. Concretamente, la moderna tecnología disciplinaria ha creado al **hombre**".⁴ El problema no se plantea, para Foucault, en torno de un sujeto a partir del cual las prácticas de poder acontecen; más bien, ese sujeto queda disuelto en la prácticas mismas, y no entra en el análisis: "Actualmente éste es el gran desconocido: ¿quién ejerce el poder? ¿dónde lo ejerce?... Sabemos perfectamente que no son los gobernantes quienes detentan el poder... no sabemos quién lo tiene exactamente pero sabemos quién no lo tiene..."⁵ El **saber/poder produce** hombres, y no sólo los inhibe o reprime. Producir significa aquí: construir mentalidades, "cuerpos psíquicos" que se rigen por una cierta forma de entender lo verdadero, lo sano, lo normal, lo lícito. Es en esta función productiva, y no en la mera prohibición, donde el poder es condicionamiento. Es preciso, pues, tomar distancia frente al concepto difundido del poder entendido como mera negación, represión o neutralización: el proyecto de Foucault ha sido el de efectuar una crítica del poder en sentido casi kantiano, donde lo que más resalta es el carácter productivo del mismo: su eficacia para condicionar, moldear, reticular y fabricar espacios, individuos, discursos: "Del edificio construido por los juristas

clásicos hasta las actuales concepciones, me parece que el problema se ha planteado siempre en los mismos términos: un poder esencialmente negativo que supone, por un lado, un soberano cuyo papel es prohibir y, por el otro, un sujeto que debe en algún modo decir sí a esta prohibición. El análisis contemporáneo del poder en términos de libido continúa estando articulado por esta vieja concepción jurídica".⁶

Esta crítica necesariamente debe situar el problema del poder allí donde es concretamente constructivo: en espacios específicos que tienen a su vez saberes específicos. De esta crítica habrán de desprenderse, también, una serie de premisas en torno del poder.⁷

¹Foucault, Michel, *Surveiller et punir, naissance de la prison*, Gallimard, París, 1975, pág. 171.

²Jara, José, "Las máscaras del poder saber", en *Escritos de teoría* núm. 5, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, pág. 130, octubre de 1982.

³Terán, Oscar, "Presentación de Foucault", en *El discurso del poder*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983, pág. 43.

⁴Idem, pág. 46

⁵Foucault, Michel, "Un diálogo sobre el poder: Gilles Deleuze/Michel Foucault", en *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, trad. de Miguel Morey, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pág. 15.

⁶Foucault, Michel, "Poderes y estrategias", en *Un diálogo... ob. cit.*, pág. 80.

⁷Según Deleuze, el concepto de poder en Foucault se define por los siguientes rasgos: 1) No se sitúa en un espacio central (Estado o gobierno); 2) No importa tanto quién detenta el poder, sino cómo se ejerce; 3) No se posee como un bien, sino que se trata de una relación desigual que se ejerce; 4) El poder global no es más que el efecto terminal de todos los enfrentamientos minúsculos continuamente mantenidos; 5) En torno de esos poderes no se forman ideologías sino saberes; 6) Las relaciones de poder no son una "superestructura" sino una materialidad productora: no son externas a los procesos económicos ni a las relaciones de conocimiento; 7) Las relaciones de poder son a la vez intencionales y no subjetivas (tienen una dirección determinada, pero no un sujeto desde el cual esa dirección se decide cada vez que ese poder se ejerce); 8) En tanto no hay sujeto, importa menos el Estado o la ideología que los operadores materiales de la dominación y las formas locales de sometimiento cuando se trata de

y se deducen al menos dos exigencias metodológicas para el análisis del poder, a saber: "1. Suspender el juicio y el trabajo acerca de aquella interpretación que sitúa al poder en el centro y en lo alto de las relaciones y prácticas sociales, y que paralelamente llevan a entender el fenómeno de la dominación como algo que se implanta masiva y homogéneamente desde un individuo, grupo o clase hacia otros individuos, grupos o clases y 2.

Privilegiar... aquellas prácticas y formas locales, regionales, capilares en que se ejercen poderes diversos que atraviesan y circulan por los cuerpos de los individuos y las distintas prácticas sociales, rearticulándose en organizaciones reticulares, en las que pueden persistir o transformarse al ser anexadas, confiscadas, por estrategias globales de dominación... y que, por consiguiente, pueden ascender hacia y generalizarse a través de su uso por el poder central o los poderes dominantes."⁸

En lugar de un poder deductivo que opera por negación, poderes que se agregan inductivamente y que operan por producción: constricción, pero también construcción. ¿De qué? De discursos y de **sujetos que sólo lo son en tanto predicados de esos discursos, y no como productores de los mismos.**

La crítica de Foucault al concepto de poder conduce aquí a una homologación de poder y condicionamiento. Porque el condicionamiento es precisamente la disolución programada del sujeto en el producto de un discurso que él, en tanto sujeto, no construye, sino inversamente, es construido por el discurso. Condicionar es ejercer poder a fin de que de ello resulte la delineación de un alguien y no la disolución de algo. Condicionar no es eliminar al sujeto sino reconstruirlo del lado del objeto: como **sujeto** al poder, al discurso del poder y a su ejercicio.

Pero el condicionamiento, si bien productivo en cuanto construye sujetos (sujetos que son **predicados** de un discurso, **objetos** de una estrategia de dominación), es también negativo. Por-

que ese sujeto sólo puede construirse a partir de un discurso de límites: límites que crea el discurso y que imponen las prácticas. Toda verdad política, todo discurso consagrado en disciplina o en condicionamiento, acota la acción, marca los grados de tolerancia, elimina del campo de lo aceptado todo lo extradiscursivo, traza el comienzo de un "más allá" que por medio del poder es mantenido, precisamente, más allá de lo existente.

Condicionar y disciplinar no es sólo **producir** un sujeto, sino también excluir la posibilidad de que se produzcan otros sujetos. Marcar cuerpos es producir, pero también es restringir su contenido a cierta producción y **no** otra: es ese **no** (el "otro-imposible") lo que hace imposible concebir el poder-condicionamiento sólo en su carácter productor, pues lo represor va necesariamente en juego desde el momento que se trata de una producción que se articula a partir de una explicitación de límites: límite de lo verdadero, de lo cuerdo, de lo normal y de lo tolerado o, lo que es lo mismo, **proscripción** de lo falso, lo loco, lo anormal y lo delictual. En cualquier caso, no hay impedimentos epistemológicos para una crítica del concepto de poder donde puedan combinarse la idea del poder que excluye con la idea del poder que produce.

Situados en el terreno de Foucault, donde discursos específicos engarzan con estrategias disciplinarias en espacios delimitados, lo productivo del poder alude tanto a la construcción de discursos como de sujetos que son objeto de esos discursos (verdadero es esto, sano es aquello, normal es eso); por el contrario, lo constrictivo o negativo de ese poder reside en que esta construcción es a la vez la reducción a un predicado, exclusión del sujeto autónomo. El condicionamiento apunta justamente a inventar un sujeto y a abolir la instancia de autodeterminación que es propia del "sujeto".

Este poder es inexorablemente producción y disolución, construcción y exclusión, saber y represión: "Entre la verdad y el castigo no podrá haber sino una relación de legítima consecuencia."⁹

Los discursos son específicos, pero no necesariamente diversos: "Se podría por ejemplo presentar un reglamento de una institución cualquiera del siglo XIX y preguntar qué es. ¿Es un reglamento de una prisión en 1840, de un colegio en la misma época, de una fábrica, de un orfanato o de un asilo? Es difícil adivinarlo. Así, si usted quiere, el funcionamiento es el mismo... Creo que es en el fondo la estructura de poder propia de estas instituciones la que es exactamente la misma. Y verdaderamente, no se puede decir que haya analogía, hay identidad. Es el mismo tipo de poder, se ejerce el mismo poder."¹⁰ Una sociedad entera puede así aparecer "inductivamente disciplinada" a partir del discurso de verdad y la estrategia de control de un regimiento o de una prisión: poder específico, pero de alcance general. Tal es, por ejemplo, el caso de la "sociedad panóptica": "El sueño arquitectónico de Bentham, señala Foucault, se convirtió en una realidad jurídica e institucional en el Estado napoleónico, que sirvió por otra parte de modelo a todos los Estados del siglo XIX... vivimos en una sociedad panóptica... en este panoptismo generalizado de la sociedad es donde debe situarse el nacimiento de la prisión."¹¹ Pero no se trata de una secuencia causal o cronológica que se remonta de la prisión a la sociedad, sino de una concomitancia recíproca entre la prisión misma y la sociedad impregnada por la "cosmovisión-prisión". Si Foucault atribuye tanta relevancia al nacimiento de la prisión no es por curiosidad de historiador, sino porque la figura del delincuente, como constructor de un discurso penal y de

detectar el poder real, y 9) Donde hay poder hay resistencia.

⁸Jara, José, *ob. cit.*, pág. 131.

⁹Foucault, Michel, *Surveiller et punir...*, *ob. cit.*, pág. 60.

¹⁰Foucault, Michel, "A propósito del encierro penitenciario", en *Un diálogo...*, *ob. cit.*, pág. 65

¹¹*Idem.*, pág. 63.

una práctica disciplinaria, es un mecanismo decisivo de regulación y condicionamiento que permea los múltiples centros neurálgicos de la sociedad del siglo XIX.

Tanto más eficaz es el condicionamiento cuanto mayor es la identidad entre las múltiples estructuras de poder que ocupan los espacios neurálgicos de la sociedad: la fábrica-prisión, el orfanato-prisión, el colegio-prisión. El condicionamiento trabaja en base a esta **continuidad entre espacios de poder**, este refuerzo entre **zonas de verdad**. La clave está en lo incesante de una cierta intención disciplinaria, en la sincronía entre instituciones que, aunque heterogéneas en funciones y contenidos, tienen idéntica forma de diferenciar lo verdadero de lo falso, lo sano de lo enfermo, lo normal de lo anómalo. Hay, sin duda, un elemento totalitario en este condicionamiento sin tregua, ininterrumpido, que se reitera aquí y allá, que proyecta el fantasma del delincuente en el huérfano, del preso en el hijo, del loco en el militar, del hijo en el obrero, del militar en el estudiante secundario.¹² Situar el problema del poder fuera del círculo estatal o central, y remitirlo a los ámbitos micro, **no significa en absoluto minimizar su alcance, sino detallarlo**. Y es en el entramado de estos detalles donde el condicionamiento acontece, donde el cuerpo se talla con las figuras de la verdad y la falsedad, con los límites de lo normal y lo anómalo. Poder constrictivo y constructivo; tejido de espacios donde ese poder se ejerce, crea discursos y obedece a discursos; condicionamiento que disuelve toda "libertad del alma" en la heteronomía del predicado. Tal es la mágica combinación que Foucault pone al descubierto: "La historia de esta 'microfísica' del poder... será entonces una genealogía o una pieza para una genealogía del 'alma' moderna. En lugar de ver en esta alma los restos, reactivados de una ideología, reconocer allí, más bien, el correlato actual de una cierta tecnología del poder sobre el cuerpo. No cabría afirmar que el alma es una ilusión o un efecto ideológico, sino que existe, que es una

realidad, que tal alma se produce de manera permanente, alrededor, en la superficie, dentro del cuerpo, mediante el funcionamiento de un poder que se ejerce sobre quienes son castigados, y en un sentido más general, sobre quienes son vigilados, quienes son moldeados y corregidos, sobre los locos, los niños, los escolares, los colonizados, sobre quienes son 'fijados' a un aparato de producción y a quienes se controla a lo largo de toda su existencia"¹³

Remontar estos condicionamientos nos fuerza a "saber bajo qué formas, a través de qué canales, deslizándose a través de qué discursos, el poder alcanza las conductas más arraigadas y más individuales... cómo penetra y controla el placer cotidiano."¹⁴ Importan los minúsculos procedimientos; es allí donde la fuerza del discurso regimenta y dosifica hasta el placer, donde el cuerpo opera como pantalla y como registro, remata en la comunión abrasadora en que la historia devora al cuerpo y deglute al sujeto. Foucault recupera de Nietzsche esta genealogía, esta forma de rastrear la historia en virtud de la cual el cuerpo se muestra como "superficie de inscripciones de los sucesos... lugar de disociación del Yo... volúmen en perpetuo derrumbamiento" y en virtud de la cual lo que se describe es "la articulación del cuerpo y de la historia... el cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructora del cuerpo."¹⁵

¿Pensamiento sin salida, tajante imposibilidad de revertir el poder, excepcionalidad total ante la lucha por la "autonomía del alma" y el descondicionamiento de los cuerpos? Foucault se resistió a pensar su propio pensamiento en estos términos: "no hay relaciones de poder sin resistencias, afirmó, y éstas son tanto más reales y eficaces en cuanto se forman en el lugar exacto en que se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no debe venir de afuera para ser real... existe tanto más allí donde está el poder; es, pues, como él, múltiple e integrable en otras estrategias globales."¹⁶ ¿Se trata, entonces, de contrahegemonías inductivas? La idea de

una resistencia inseparable del poder, y que se desenvuelve desde el interior del espacio en que un discurso ejerce su dominación: ¿no tiene un resabio dialéctico? ¿Cómo llegan estos cuerpos, domesticados y moldeados por múltiples discursos disciplinarios (cuerpos de prisioneros, de hijos, de estudiantes, de orates), a desarrollar la potencia para revertir y revertirse? ¿Cómo sortean el círculo de fuego que imponen los discursos de control, desde dónde quiebran la maldición del predicado y conquistan ese paraje indómito de la autodeterminación? Y si todas esas resistencias fueren sólo reactivas: ¿cómo podría validarlas un heredero del pensamiento nietzscheano?

He ahí el desafío candente, contemporáneo, ineludible. Desafío que Foucault contorneó con un pulso implaceable, pero que dejó irresuelto.

¹²Un buen ejemplo del desplazamiento de la "estructura-regimiento" al espacio escolar, para el caso de la dictadura militar en Chile, lo brinda el artículo "Adiestramiento militar a escolares en Cerro Navia" (Revista *Análisis*, Año IX, núm. 152, Santiago. La crónica periodística es ilustrativa, y valgan los siguientes fragmentos a modo de ilustración: "Lo primero que observamos... fueron los miles de escolares de las escuelas municipalizadas formados en grupos que se aprestaban a desfilar... frente a una formación de niñas un joven de no más de veinte años gritaba y ordenaba: 'Atención, firme... cuando pasen frente a las autoridades miren a la derecha... un, dos, tres, cuatro, izquier... un, dos, tres, cuatro, izquier... ocúpenme toda la calle... y prosiguió acelerando su marcha, dando uno que otro empujoncito a los que se desordenaban en las filas mientras revisaba las tropas".

¹³Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, ob. cit., pág. 34.

¹⁴Foucault, Michel, *La volonté de savoir*, Gallimard, Paris, 1976, pág. 20.

¹⁵Foucault, Michel, "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *El discurso del poder*, ob. cit., pág. 142.

¹⁶Foucault, Michel, *Poderes y estrategias*, ob. cit., págs. 82-83.



Benjamín Arditi

Investigador del Centro de Documentación y Estudios (CDE), Asunción, Paraguay.

EL DESEO DE LA LIBERTAD

(LA DIALECTICA Y LA CUESTION DEL OTRO)

1. Problemas

Un anhelo libertario recorre nuestros cuerpos y anida en nuestros sueños desde tiempos inmemoriales. Impregna el pensamiento de De la Boétie y Rousseau, y surge como utopía o mito movilizador de los grandes movimientos de masas de los últimos siglos. Pero este anhelo tiene dos caras problemáticas. Una de ellas, es la persistencia de la creencia en la posibilidad de gestar una revolución capaz de poner fin a toda forma de sometimiento, capaz de emancipar a la humanidad de una vez por todas; la otra, es el temor a desafiar al poderoso, el sacrificio de la dignidad a cambio de no arriesgarse a perder lo poco que se tiene en caso de una derrota.

Estos son los problemas que se encaran en el presente artículo. Se plantea la cuestión de la libertad en el plano de la experiencia vivida por hombres y mujeres que cotidianamente agachan la cabeza ante un empleador que no cumple con las disposiciones laborales, ante leyes que discriminan contra las mujeres o las étnias indígenas, ante el burócrata que pospone indolentemente la decisión

de instalar un surtidor de agua en una barriada popular, ante el terrateniente que reprime a familias campesinas que para alimentarse ocupan y cultivan tierras ociosas en sus propiedades, o ante una situación que impone la censura o la auto-censura de los escritos de periodistas e intelectuales.

Se intenta establecer los modos de estructuración de identidades sociales y demostrar que existe un potencial emancipatorio incluso en relaciones de dominación aparentemente cerradas y sin vías de escape. El secreto de la libertad radica en descubrir que el poderoso no es tan omnipotente se piensa, y que los débiles no son tan impotentes como la experiencia del sometimiento les induce a creer. Cuando el ser humano "ya sólo quiere la pequeña felicidad, la comodidad y la satisfacción, cuando se ha vuelto manso y débil", dice una voz nietzscheana, "débese ello a que la vastedad del mundo no vibra ya a través de su vida, a que no hay un anhelo que lo arrebatase y lo lleve a lo inmenso".¹ El secreto de la libertad busca recuperar ese anhelo arrebatador, esa vastedad del mundo para que vuelva a vibrar entre los que se han tornado débiles. Al mismo tiempo, se intenta explorar las posibilidades que ofrece la dialéctica para configurar identidades relacionales, y también sus límites para pensar oposiciones políticas en el

sentido de que la fórmula de la dialéctica conduciría a una totalización del campo del conflicto.

2. Premisas

El punto de partida de toda dialéctica es la determinación de lo "mismo" a través de lo "otro", o lo que es igual, una relación dialéctica presupone que la identidad de lo "uno", lejos de poder ser considerada en forma aislada, como algo dotado de un sentido intrínseco, inmanente, natural, ya dado, es siempre una construcción que se establece como relación con algo que es externo y diferente, vale decir, como relación con un "otro". De allí que la dialéctica, en tanto relación, supone la necesidad de una estructura diádica para toda construcción discursiva: "dos" es el número mínimo para dar comienzo al discurso, o alternativamente, sólo la diferencia que surge de la diada puede conducir hacia la fijación de la identidad de lo "uno" y de lo "otro".

Pero además, la dialéctica incorpora una tensión permanente e irreductible en el corazón mismo de esa relación, pues si bien es cierto que lo "uno" o lo

¹ Fink, Eugen, *La filosofía de Nietzsche*, Alianza Editorial, Madrid, 1966, pág. 88.

"mismo" siente la necesidad de la existencia del "otro" para conformar la diáda que le puede dar el sentido de su ser (y el del otro), ese "uno" anhela también la supresión de aquello que siendo su espejo puede ser también su límite, a la vez su similar y lo diferente, un amigo o tal vez su adversario potencial. El esclavo del ejemplo hegeliano solo es tal por cuanto tiene a un amo a quien servir, y éste a su vez existe como amo al tener quien le sirva. El esclavo desea la vida del amo por cuanto ello le permite su propia existencia como esclavo, pero también aborrece al amo por todo lo que, como esclavo, nunca podrá llegar a ser por el límite que se le dibuja en la forma de su otro, su amo. La relación proletario-capitalista se sostiene porque el proletario, para ser tal, necesita del capitalista que le insufla una vida de proletario a través de la relación contractual, y porque el capitalista dejaría de existir como tal en el acto si la forma de apropiación privada del excedente generado en el proceso productivo se suprimiese. Pero el proletario también se desgarrar por su deseo de suprimir al capitalista en tanto manifestación palpable del despojo del cual es objeto. Se descubre entonces que "El otro es mi hermano. El otro resulta ser mi hermano y el hermano resulta ser mi enemigo. Adán y Eva tuvieron dos hijos: Caín y Abel. Así comienza la historia de la humanidad. Tal es también la tensión dialéctica que mantiene a la historia del mundo en movimiento, y esa historia aún no llega a su fin".² La escisión o desgarramiento fatal provocado por un deseo contrapuesto que se sitúa sobre el eje de las simultaneidades condena al individuo a una ansiedad que lo acompañará a lo largo de su relación con el otro, que no podrá ser exorcisada mientras dure esa relación. La ansiedad se recubre de incertidumbre al descubrirse que no pueden determinarse de antemano los resultados del juego que se desarrolla entre el uno y su otro. No se puede determinar a ciencia cierta los movimientos o "jugadas" del otro, ni las respuestas (también como jugadas

o contrajugadas) del uno ¿qué quiere de mí, qué se propone, por qué hace o deja de hacer tal o cual cosa? ¿Cómo responder a su jugada, qué consecuencia traería tal o cual movimiento de mi parte? En este universo, donde la incertidumbre conlleva la incorporación del riesgo a la relación, la infalibilidad de los cálculos de los "jugadores" ha sido expulsada como ilusión sin porvenir. El cálculo y lo provisorio pasan a ocupar el lugar ocupado antes por la duda metódica y por la recompensa de una certeza absoluta prometida en el universo del **cogito** cartesiano.

"La efectividad del deseo presupone el fracaso del dominio o señorío absoluto (mastery). ¿Existe acaso, puede haber alguna seducción, estado amoroso, pasión (y por ende transferencia) que no esté inmersa en la incertidumbre acerca de la naturaleza y de los efectos de la relación con el otro? ¿Es una cadena o un pasaporte, grillete o libertad? ¿Puede el amor hacer surgir algo de vida o se convertirá en odio mortal? Sin este tipo de incertidumbre nada puede verdaderamente suceder, pues sin ella no habría riesgo, y sin riesgo nunca podría haber la posibilidad de lo novedoso y de la invención; no habría deseo, pues este estaría ya apostado y perdido de antemano... La seducción, y por ende el amor, y por ende la transferencia, no funcionan en base a una ausencia que el silencio y el distanciamiento supuestamente representarían, sino más bien en base a algo no decidible: ¿me iré a convertir en el juguete, en la marioneta del otro, o será que él se convertirá en uno, él será uno para mí? Por el contrario, ¿estaré yo, estarán él o ella un poco más vivos, podremos ser yo o ellos un poco más distintos, diferentes, libres en la relación?

Las ansiedad creada por el **unheimlich**, lo extrañamente familiar, está en el corazón mismo de la existencia del individuo humano. Aquello que está más cerca de él es también lo que más lo elude e inspira el mayor miedo. No puede evitar remitirse a ello continuamente en un intento por es-

capar de él una vez más... ¿Cómo puede uno crear distancia de esta peligrosa proximidad? ¿Por qué es que las largas incursiones en la exogamia nos devuelven inexorablemente a la más rigurosa endogamia? Si el individuo estuviese ya creado de una vez por todas, si la separación estuviese ya establecida definitivamente, si las diferencias nunca amenazaran con desmoronarlo todo de nuevo, si supiésemos quien es el otro y quien es uno mismo, no habría humanidad y por lo mismo, tampoco habría el agri dulce sabor del deseo.

Es gracias a la imbricación de lo excesivo con lo insuficiente, gracias a la ansiedad creada por lo más íntimo y lo distanciado que el individuo puede crearse a sí mismo, pero a través de un juego interminable que debe ser reaprendido y recommenzado continuamente".³

La historia humana es interminable porque la incertidumbre impide el cierre final, absoluto del saber: acerca del mundo como universo múltiple de relaciones, acerca del otro que puede ser mi hermano o mi adversario, acerca de mí mismo que me hago y rehago continuamente en el plural de relaciones de necesidad y rechazo por el otro. La incertidumbre pone al deseo en movimiento, dando pie para el surgimiento de la "tensión dialéctica" que mantiene a la existencia en un devenir interminable que se desenvuelve entre los lugares escindidos de lo "uno" y del "otro". El desenlace final de este devenir es radicalmente indeterminable, y por lo mismo, la teleología de la existencia queda confinada al extremo de un arco iris que ningún peregrinaje permitirá jamás alcanzar y asir. La incertidumbre, la ausencia de garantías infalibles acerca del desenlace de las relaciones, abre las posibilidades para la sorpresa,

² Schmitt, Carl, *Ex-Captivitate Salus*, citado por Julien Freund en su "Vue D'Ensemble sur L'Oeuvre de Carl Schmitt", en *Revue Européenne des Sciences Sociales*, Vol. XVI, núm. 44, 1978, pág. 38.

³ Roustang, François, "Uncertainty", *October*, núm. 28, 1984, págs. 100-101.

para lo inesperado, y para la innovación-invencción.

Pero la incertidumbre que agobia al esclavo, su incapacidad para determinar de una vez por todas en qué queda la relación con su otro, el riesgo de un amor o un odio, etc., todo ello también desgarran al amo: el fracaso de un dominio, del **mastery** o señorío absoluto lo vive también con relación a su esclavo a pesar de su aparente omnipotencia. Esta es la premisa tácita, el riesgo de toda relación, la incertidumbre fatal que proyecta sobre el horizonte de lo actual o de lo potencialmente posible una grieta cual punto de fuga a través del cual puede deslizarse y escabullirse el esclavo en busca de una recomposición alternativa de su identidad como sujeto humano. De allí el planteamiento de Foucault sobre las fisuras o posibilidades de escape brindados por la imposibilidad de señorío total al pensar las relaciones de poder: "No hay relación de poder sin los medios de escape, de posible abandono. Toda relación de poder implica, al menos in **potentia**, una estrategia de lucha en la cual las dos fuerzas no se superponen, no pierden su naturaleza específica, y por último, tampoco terminan por confundirse entre sí. Cada una constituye para la otra una suerte de límite permanente, un punto de posible reversión".⁴

3. Corolarios

De aquí se desprenden varias cosas de importancia para la relación entre lo "uno" y su "otro". Primero, si toda identidad procede de un esquema relacional que liga a lo "uno" con un "otro", no se puede hablar de un "ser verdadero" cuyo estar en el mundo se verifique como realización o alienación. Este tipo de argumento, con ribetes propios de una metafísica del sujeto, disuelve la incertidumbre de la identidad prescindiendo del otro: si la identidad adopta las formas de la realización plena (ser verdadero) o del bloqueo enajenante (mistificación

alienante), entonces el momento puramente relacional entre el uno y su otro es, en el mejor de los casos, un mero agregado de valor secundario que opera como catalizador o como freno para la elucidación de una identidad inmanente cuyas coordenadas ya están dadas de antemano. De allí que no puede haber una identidad sin el otro, no puede haber una identidad previa a la inserción del individuo en el cúmulo de relaciones que le permitirán acceder a su humanidad, y más aún, que le condenarán a recomenzar continuamente su humanización⁵. Se trata de un destino inevitable por el cual todos deberán "recorrer la larga marcha forzada que convierte a larvas de mamíferos en niños humanos, en **sujetos**"⁶. De allí que, estrictamente hablando, no hay un "ser degradado" en el sentido de esencias empobrecidas, sino más bien modalidades de subjetivación, diversos caminos que llevan a las "larvas de mamíferos" a acceder a su humanidad —por ejemplo, como sujetos amantes o tolerantes del poder que los somete ("buenos sujetos") y sujetos que se rebelan contra el discurso del poder y contra los poderosos ("malos sujetos").

Segundo, hay un riesgo que enfrenta el amo que desea mantener la relación en existencia, y un riesgo que se plantea el servidor ante la incertidumbre provocada por el anhelo por la libertad y el temor a perder su lugar como servidor. Se puede decir, entonces que la diada puede seguir siendo - (mantenerse/reproducirse) o puede dejar de ser - (transformarse/interrumpirse). El énfasis en la dimensión del deseo o la necesidad por la vida del otro es lo que en definitiva posibilita la **reproducción** de las relaciones esclavo-amo y proletario-capitalista, mientras que por el contrario, el desarrollo del deseo por la muerte del otro en tanto amo es lo que puede conducir eventualmente a una **interrupción** del circuito reproductivo de la dialéctica. Tercero, desde el momento en que estas dos opciones independientemente de si la interrupción (o transformación)

se presenta como situación actual o potencial, se puede decir que la dialéctica exhibe los trazos de una agonística (del griego **agon** o lucha). La incertidumbre acerca de la relación con el otro, las "jugadas" entre el uno y su otro, la "tensión dialéctica" de la vida humana, la puesta en marcha del deseo, el riesgo, etc., todo ello es susceptible de ser abordado desde la óptica del **agon**, de la lucha en el sentido de poder y resistencia (o poder y contra-poder). Algo así propone Lyotard haciendo una analogía con los juegos del lenguaje. Lyotard sostiene como primer principio de método que "hablar es combatir, en el sentido de jugar, y que los actos del lenguaje se derivan de una agonística general. Eso no significa necesariamente que se juegue para ganar. Se puede hacer una jugada por el placer de inventarla: ¿qué otra cosa existe en el trabajo de hostigamiento de la lengua que llevan a cabo el habla popular o la literatura?" Esto se complementa con un segundo principio, a saber, que "el lazo social está hecho de 'jugadas' de lenguaje", que "esas 'jugadas' no pueden dejar de suscitar 'contra-jugadas'" que suponen la presencia de oposiciones, resistencias, desplazamientos y estrategias no

4 Foucault Michel, "The Subject and Power", en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics, The Harvester Press, Brighton, Inglaterra, 1982, pág. 225.

5 "El otro no existe: esto es fe racional, la creencia incurable de la razón humana. Identidad = realidad, como si al final todo debiera ser absoluta y necesariamente uno y lo mismo. Pero el otro se rehusa a desaparecer; subsiste, persiste: es el duro hueso sobre el cual la razón rompe sus dientes. Abel Martín, con una fe poética tan hermosa como la fe racional, creyó en el otro, en la 'heterogeneidad esencial del ser', en aquello que podría ser denominado la incurable alteridad por el cual lo uno debe siempre sufrir". Antonio Machado, citado por Octavio Paz en El laberinto de la soledad, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

6 Althusser, Louis, Freud y Lacan, Cuadernos de Anagrama, Barcelona, 1970.

siempre susceptibles de ser calculadas de antemano, o lo que es lo mismo, imposible de prever sus efectos y resultados de antemano.⁷ Se puede decir, entonces, que cada uno de los polos que intervienen en una relación de poder, relación de fuerza, constituye el blanco, el objetivo y el límite de las jugadas iniciadas por el otro. Con la fórmula poder-contrapoder, la "tensión dialéctica" entre lo mismo y su otro abandona definitivamente el terreno racionalista del circuito heredado de Hegel, **tesis-antítesis-síntesis**, que supone un desarrollo evolutivo ascendente, una lógica del "progreso humano" tan característica de la Ilustración europea y del positivismo que cautivó al siglo XIX. Se trata ahora de una dialéctica no racionalista, puramente humana, cuyo circuito, **poder-contrapoder-nuevo poder**, no ofrece garantías acerca de la dirección que adoptará el proceso de cambio: al no poder expulsarse los elementos de incertidumbre y riesgo, se abre la posibilidad para que aquello que parecía firmemente asentado —un poder, una identidad, una conquista laboral, etc.— pueda ser eventualmente revertido. Cuarto, y esto ya está prefigurado en cierto modo cuando se afirmó que el mundo es una suerte de universo múltiple de relaciones, la existencia societal no puede concebirse como una unidad primaria, armónica y homeostática, donde el conflicto aparece sólo como disrupción de origen externo. Tampoco cabría considerar a la sociedad desde la óptica de la teoría de sistemas derivada de la cibernética, puesto que ésta supone la operación de mecanismos autoregulatorios que mantienen la identidad del conjunto a pesar de los cambios aparentes —lo que se suele denominar "autopolesis"⁸. Por el contrario, si el **agon** está presente a través de las jugadas y contrajugadas (como resistencias o contrapoderes) que se desarrollan en múltiples puntos diferenciados, si la incertidumbre presente en el juego dialéctico entre el uno y su otro impide lograr la certeza total —y por consiguiente, el momento

de cierre del sistema, el momento del señorío absoluto de una de las partes—, y si la sociedad es un universo múltiple de relaciones de este tipo, entonces la unidad/identidad del sistema societal no sería ya un **punto de partida presupuesto**, sino más bien una **meta siempre pospuesta** que debe ser perseguida y recomenzada continuamente. La propuesta de Touraine, que trata a **la sociedad como campo político**, se ajusta bien a esta visión. "De aquí en adelante la sociedad no será más un principio de unidad; es el resultado de sus conflictos sociales y de las grandes orientaciones culturales que son su entorno (**enjeu**). No es más una esencia sino un acontecimiento. Así como una organización no es sino el estado inestable y provisional de las relaciones entre los grupos sociales que poseen o no poseen la autoridad en el interior de determinados límites, una sociedad asimismo no es sino una mezcla cambiante de conflictos latentes o abiertos, de negociaciones, de dominación impuesta, de violencia y de desorden. No se puede comprender el acto a través de la sociedad a la cual pertenece; hay que partir de los actores y de los conflictos que los oponen y a través de los cuales la sociedad se produce a sí misma".⁹ Y más recientemente: "Hay que representar a la sociedad como un campo de relaciones sociales conflictuales —que pueden conducir a las rupturas políticas o, por el contrario, pueden ser negociadas y dar pie a compromisos relativamente estables— y hacer aparecer asimismo las nuevas características de una sociedad que no tiene una naturaleza, puesto que ella es por completo el producto del trabajo que ella ejerce sobre sí misma".¹⁰

4. Consecuencias

En el discurso político del liberalismo revolucionario francés se puede encontrar un reconocimiento explícito del carácter diferencial/relacional del lazo

social, como asimismo de la dimensión agonística de ese lazo, especialmente con respecto al ordenamiento jurídico. François George considera

7 Lyotard, Jean François, **La condición postmoderna**, Ediciones Cátedra, Madrid, 1984, págs. 27-28 y 39. Lyotard agrega que extrae el concepto de agonística de la ontología de Heráclito y de la dialéctica de los sofistas. Está claro que Nietzsche retoma esta línea de pensamiento y la desarrolla con su noción de la voluntad de poder; la cita de Foucault acerca de las relaciones de poder que suponen la resistencia también se ubica en la misma línea. Sobre Heráclito, se puede consultar el libro, **Escoholado, Antonio, De Physis a Polis. La evolución del pensamiento filosófico griego desde Tales a Sócrates**, Editorial Anagrama, Barcelona, 1975, págs. 58-88.

8 Algo así plantea Brian Eno acerca de la música en una entrevista en la revista **Keyboard**, julio de 1981, págs. 42-66. Eno se refiere a composiciones musicales vanguardistas, y compara su estructura con la de los sistemas biológicos, denominados "autopolesicos" por su tendencia a mantener su propia identidad. Al hacer luego una analogía entre éstos y los sistemas políticos y el mercado, Eno presupone en cierta medida la teoría clásica del equilibrio, la operación de una "mano invisible" regula al mercado y al sistema político. Así, como señalan Crozier y Friedberg, el modelo de inspiración cibernética que alimenta al análisis sistémico permite evitar el verdadero debate, el del carácter "irreductiblemente indeterminado, es decir, político, de los sistemas sociales": Citado por Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero en "Crisis social y pacto democrático", **Punto de vista**, Año VII, núm. 21, Buenos Aires, agosto de 1984, pág. 15.

9 Touraine, Alain, "La voz y la mirada", en **Revista Mexicana de Sociología**, núm. 4, 1979, pág. 1034. Regis de Castro Andrade retoma la última frase de esta cita proponiendo algo similar en su "Libertad intelectual y democracia", en **David y Goliath**, año XV, núm. 48 (número especial), noviembre de 1985, págs. 52-59. De Castro dice que "sin duda, las relaciones sociales tienen raíces en una objetividad social históricamente determinada e inscrita en el orden global vigente. Pero, bajo el sentido de acción colectiva, incorpora también un **proyecto**: innovación, elección, negación de ese orden. **Los sujetos sociales por consiguiente, se constituyen solamente en el acto mismo de su interacción; y, si eso es verdad, la pretensión de conocerlos a través del conocimiento del sistema en el que se constituyen no se justifica**" (el subrayado es mío).

10 Touraine, Alain, **Le Retour de L'Acteur**, Fayard, París, 1984, pág. 248.

que la Revolución Francesa trató de defender, entre otras cosas, tres cuestiones de importancia para lo que se está tratando aquí: el derecho a existir como individuo autónomo, el derecho a vivir en sociedad sin que el individuo sea devorado por una sociedad total, y el hecho que la ley debe aceptar la externalidad de las relaciones y **arbitrar** en las confrontaciones entre individuos antes que tratar de unirlos¹¹. En otras palabras, se trata de un discurso cuya práctica acepta la autonomía del "uno" incluso dentro de la relación con el "otro", que protege al "uno" de los intentos de señorío absoluto —verdaderas pretensiones omnívoras— del gran "otro" colectivo de la época, el Estado, y finalmente, es un discurso que acepta el carácter agonístico de la vida societal al reconocer, bajo la forma de la ley, la externalidad irreductible (diferencia y tensión potencial) presente en toda relación entre individuos.

Creo que en los escritos de John Stuart Mill se puede encontrar un discurso político en el cual se trata de conjugar la libertad individual, la alteridad y el conflicto en el terreno societal. Mill se plantea el problema de cómo facilitar la máxima libertad posible para cada individuo sin descuidar la libertad de los demás a través del principio rector del "**others regarding actions**", vale decir, planteando que las acciones de uno deben tener en cuenta los efectos de éstas sobre los demás¹². La sociedad que estimula el máximo desarrollo de las potencialidades del conjunto de los individuos es aquella en la cual el límite de la libertad individual aparece donde comienza la libertad del otro. Esto es recogido en América Latina por el mexicano Benito Juárez cuando proclama —literalmente, creo— que el derecho propio termina donde comienza el derecho ajeno.

Las preguntas que se desprenden de este planteamiento son ¿dónde comienza la libertad del otro? ¿dónde comienza el derecho ajeno? ¿cómo saber cuál es el límite de mi libertad antes que sus efectos aplasten al

otro? Es evidente que Mill tiende a plantear la cuestión desde la perspectiva de un normativismo jurídico (su forma de constitución y vigencia), que da por sentado el carácter liberal del conjunto societal, y que su argumentación se articula con un discurso eminentemente moral acerca del individuo y de la sociedad. Pero una lectura política del texto de Mill permitiría desarrollar una tesis o propuesta metodológica capaz de extender su argumentación a otros niveles. A grandes trazos, se puede enunciar esta tesis de la siguiente manera: **la libertad del otro sólo puede comenzar allí donde mi propia libertad se encuentra con el discurso de la libertad enunciado y defendido por el otro, donde mi libertad se enfrente con la resistencia erigida por el otro.**

De esta manera, se pone de manifiesto que sólo si se opone una resistencia se puede hacer surgir en la superficie de lo visible un ejercicio del poder como opresivo y a un sujeto que resiste como oprimido: ante la ausencia de una resistencia no es legítimo hablar de un poder opresor o de un sujeto oprimido.

Una mujer que no cuestiona el monopolio de la autoridad y de la decisión de su cónyuge en el seno de la relación de pareja, que no opone resistencia ante una situación de subordinación real dada por una codificación masculina del mundo, y que considera la demarcación de un paradigma de lo femenino en clave patriarcal como algo perfectamente natural y por ende no transformable, no puede considerarse a sí misma como "oprimida" en el sentido estricto de la expresión. Si esa mujer percibe que su subordinación en un mundo masculinizado la coloca en el lugar del oprimido —vale decir, si se reconoce como insertada en relaciones de fuerza asimétricas características del poder—, pero a la vez tolera el poder que la somete, se puede verificar que entre "reconocimiento" y "resistencia" hay una distancia cuyo salto requiere una mediación que no se puede deducir de la "conciencia" pura y

simple. En otras palabras, la "libertad del otro" (mujer) presupone una opresión (poder visto como abuso) que sólo puede ir delineándose con el surgimiento de una resistencia.

5. Liberación

Pero la libertad, entendida como proceso de liberación, como lucha permanente puesto que no se logra de una vez por todas, que puede ser revertida, involucra un elemento de riesgo potencial, la posibilidad de la derrota. Asumir el riesgo de la liberación es romper con el obstáculo de la complacencia del esclavo a la sumisión ante su otro, ante el poderoso; asumir ese riesgo es lo que en definitiva permite un hacer-transformar el mundo.

"Las gramáticas de la vida se refieren a los modos de estructuración del riesgo con plena lucidez, en cada situación de la vida. La actitud de no arriesgarse implica la obediencia al imperativo ajeno sólo para la seguridad suicida de la propia conveniencia personal. El riesgo consiste en asumir la responsabilidad cuando no quedan alternativas".¹³

Tanto en el caso de la mujer como en el de otros oprimidos, el secreto de la libertad surge en el momento de lucidez embriagadora que permite al sometido descubrir un punto de fuga siempre presente en toda relación de poder: la imposibilidad del señorío absoluto u omnipotencia del amo (poder) sobre ellos, la imposibilidad de una mirada panóptica del poderoso que quiere pero no puede controlar todos los intersticios de su espacio, la imposibilidad de todo sistema de dominación de lograr el cierre del

¹¹ George, François, "On Contradiction", *Telos*, núm. 36, 1978, págs. 55-80

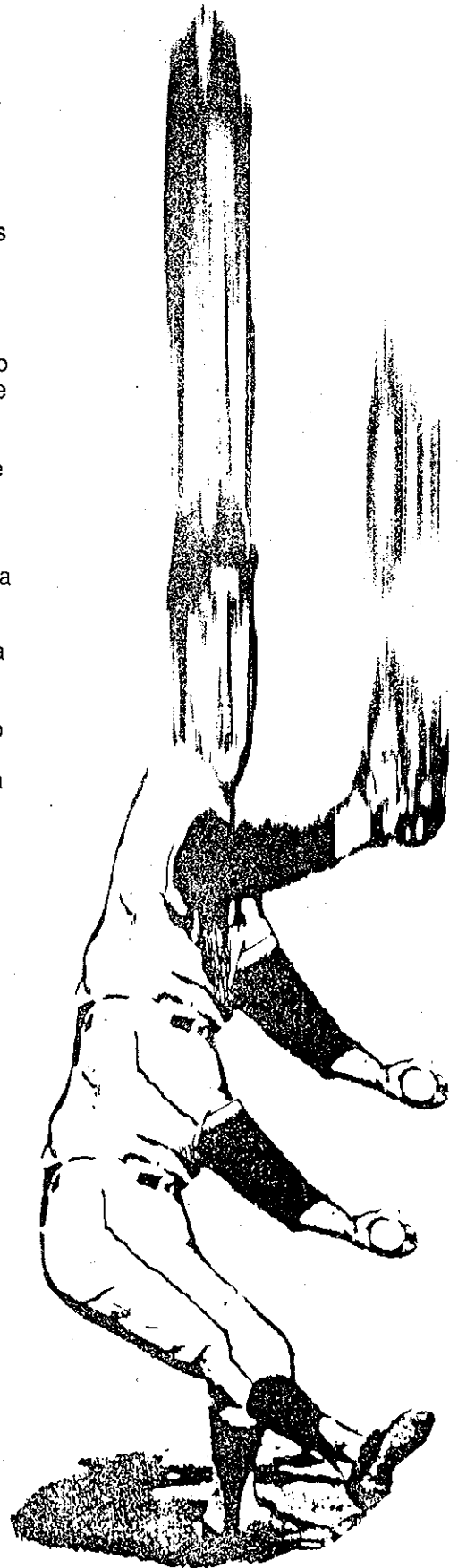
¹² Stuart Mill, John, *On Liberty*, The Liberal Arts Press, New York, 1956.

¹³ Cooper, David, *La gramática de la vida*, Ariel, Barcelona, 1978, pág. 8.

círculo que todo lo engloba y que nada deja sin abarcar. El acto de rebelión le enseña al sometido que su opresión, perfectamente real y palpable, está basada en gran medida en su propio consentimiento, en su temor a arriesgarse, en su creencia en la omnipotencia de su otro, en su no-resistencia. La rebelión le enseña, con una sencillez magistral, que su ser no se agota en una identidad de esclavo, que su amo debe hacer un esfuerzo para mantenerlo sometido: la resistencia le permite vislumbrar la recomposición de su ser fuera de la relación que lo oprime, le permite descubrir las múltiples posibilidades de lo humano a partir del carácter irreductible de la alteridad que impide pensar la identidad como algo natural, dado, fijo en la imposible soledad de lo "uno" o lo "mismo".

Se puede apreciar de inmediato que la resistencia, como proceso de liberación de una opresión, pasa a ser responsabilidad exclusiva de aquellos que están sujetos a una relación de poder: la representación o la delegación no exime al oprimido de su propia responsabilidad, el representante o el delegado no puede erigirse como único custodio de esa liberación. Al mismo tiempo, resulta evidente que la reproducción del lugar del oprimido es algo que no puede atribuirse tan sólo al poderoso: el poderoso sólo se detiene cuando su accionar encuentra un límite o una barrera, por lo cual el oprimido que no resiste es partícipe del mantenimiento de su situación como tal. Finalmente, esta tesis obliga a pensar el momento de la resistencia en una relación de interioridad con el poder, pero reconoce la posibilidad de una fuga, de un escape de esa relación. La dimensión política de esta tesis surge con la tarea de forjar tanto el vínculo-opresión como el nexo poder-resistencia, o lo que es igual, lo político surge con la construcción de un sujeto contestatario que, reconociendo su opresión o descubriendo que la situación se ha vuelto intolerable, erige una resistencia y se enfrenta con el poder en tanto contrapoder.

Esto es algo que Marx y Engels comprendieron perfectamente bien, pues de otra manera las frases del **Manifiesto** tales como "¡Proletarios, Uníos!" o "la tarea inmediata de los partidos comunistas es constituir a los proletarios en una clase" serían perfectamente redundantes. Si éstas fueron invocadas como preocupaciones centrales, es porque la "unidad" no es un atributo intrínseco de aquellos que ocupan la posición de "trabajadores asalariados" en la estructura de relaciones de producción, y porque hay una distancia entre proletariado como **conjunto de asalariados** y proletariado como **clase social**. Es cierto que tanto la "unidad como la "clase" se constituyen a partir de la noción de explotación desarrollada por el materialismo histórico, el saber acerca de lo social esbozado por Marx y Engels, pero también es cierto que ni la enemistad de clase ni un antagonismo de clase pueden ser derivados de la noción económica de explotación pura y simple. Se requiere una mediación, que transforme una relación económica en una oposición amigo-adversario, vale decir, en una relación **política** en la cual los explotados devienen sujetos de una resistencia y los explotadores pasan a ser considerados como opresores, como blanco de una estrategia seguida por la resistencia o contrapoder. Y esa resistencia que surge como deseo de libertad desde el interior mismo de un espacio ya ordenado y normado por un poder, que lucha, en tanto contrapoder, por colonizar un fragmento del espacio de su anfitrión para así crear un orden alternativo en el cual instituir nuevas relaciones que le permitan reconstruirse a sí misma como identidad liberada, esa resistencia trae a la superficie de lo visible la obviedad del poder, a saber: que todo poder, en tanto **relación de fuerza**, supone la interacción de por lo menos dos elementos, de los unos que lo ejercen y de los otros sobre los cuales el poder es ejercido. Esto significa, en primer lugar, que la activación de una resistencia desplaza el deseo por el



otro hacia la dimensión del rechazo, en segundo lugar, que el campo de relaciones empieza a dividirse en bandos contrapuestos y, finalmente, que el modo de relacionamiento entre el uno y su otro adopta decididamente la forma de la confrontación.

Esto, en definitiva, es lo que Schmitt designa como terreno de lo político, el campo en el cual se forman identidades sociales sobre la base de divisiones, oposiciones y confrontaciones: lo "político" emerge dondequiera que haya la posibilidad y la voluntad para distinguir entre amigos (los unos, nosotros, los aliados) y adversarios (los otros, el enemigo, el blanco de una estrategia), para decidir quien ha de ser considerado y tratado como enemigo, y para enfrentar a ese adversario en una lucha si ello es necesario ¹⁴. Esto a su vez permite pensar en un universo múltiple de relaciones de poder y resistencia que no se remiten necesariamente a una relación central que contiene a todas las demás: lo "político" no se refiere tan sólo a la resistencia contra el Estado, "la clase dominante", etc., puesto que el poder no es tan sólo estatal o clasista. Donde haya poder y resistencia, se podrá verificar la presencia de una contraposición del tipo amigo-enemigo, lo propio de lo "político". Pero esa presencia no significa que el que no es mi amigo es *ipso facto* mi enemigo, puesto que las contraposiciones que caracterizan al dominio de lo "político" no pueden agotar el vasto y diferenciado campo del conflicto, a pesar de que toda contraposición política anhela la globalización, el alcance o sentido universal de su particularidad.

6. Crítica

Es aquí donde se descubre el punto de quiebre del pensamiento dialéctico. Su extraordinaria potencia analítica y explanatoria para pensar **identidades**

¹⁴ Schmitt, Carl, *El concepto de lo "político"*, Folios Editores, México, 1984.

relacionales, en función a una alteridad irreductible, identidades puramente extrínsecas configuradas en el juego sin fin entre el uno y su otro/sus otros, se suspende en el momento en que se pasa al campo de las **oposiciones**, al terreno de las confrontaciones entre ese uno y su otro/sus otros en términos de poder y resistencia, de poder y contrapoder. Porque es precisamente en el campo crítico de las tensiones y contraposiciones entre colectivos sociales, que la dialéctica aún exhibe todo el peso de un pasado racionalista que la impulsa a concebir el conflicto en términos de contradicciones lógicas, vale decir, en los términos dados por la fórmula "A" - no "A".

Toda vez que se piensen los antagonismos a partir de una contradicción lógica, surge la tentación de proyectar su alcance a la totalidad del complejo de múltiples universos conflictuales: surge la posibilidad real de subsumir esos universos múltiples bajo la égida de una contradicción omnicomprendiva, determinante del sentido de las demás oposiciones en primera, segunda o en última instancia.

a) La fórmula "A" - no "A" es, por definición, equivalente a la unidad, a1: no se puede ser "A" y "no A" al mismo tiempo, y todo lo que no sea "A" es *ipso facto* "no A". Vale decir, el otro ("no A") se convierte en el complemento del uno ("A"), con lo cual se constituye una totalidad cerrada ¿Qué puede quedar fuera del "1" de la contradicción lógica?

b) Si el nexo entre el uno ("A") y su otro ("no A") efectivamente engloba a la totalidad de relaciones posibles, no en el sentido de desconocer la existencia de otras relaciones, sino de concebirlas como epifenómenos o como derivados de un nexo básico, fundamental, que las contiene bajo su forma y que las determina con la dinámica de su propio movimiento, entonces se daría por sentado que toda identidad es básicamente monológica: se concluiría que hay un sólo polo constitutivo del ser, de la identidad, del sujeto como tal, siendo los

demás simples accesorios de carácter secundario. De este modo, la identidad relacional del uno se conformaría en función al nexo entre este y El Otro, no Los Otros, o lo que es igual, se trataría de sujetos constituidos en un sistema de relaciones fijas y no en una red de articulaciones sujetas a desplazamientos y, por ende, a variaciones. De ahí que, con la fórmula "A - no A", el desarrollo de una estrategia que conduzca al momento de la **interrupción** del circuito reproductivo de una relación dialéctica designada como opresiva, también se configuraría a partir de un eje monológico: la identidad del sujeto de esa resistencia no se construiría sobre la base de una articulación compleja de relaciones antagónicas mantenidas con múltiples y diversos otros, con el plural de otros que inciden sobre la identidad de todo sujeto.

c) Desde el momento en que se entra en una lógica de confrontación, el otro se piensa como un complemento puramente negativo ("no A") del uno ("A") con lo cual ya no hay el juego de desplazamientos del deseo que oscila entre la necesidad y el rechazo del otro, sino más bien un deseo que es ese rechazo puro y simple. Al olvidarse que el otro es a la vez lo diferente y lo similar, reduciéndolo a un simple "no A", la confrontación asume una gramática de la guerra más que de la política. Asume, en definitiva, la fórmula de las guerras religiosas, la lógica de la ciudadela sitiada o acechada desde el exterior y amenazada desde el interior: desde la óptica del conflicto con un otro, el que no está conmigo está *ipso facto* en contra mía, y desde la perspectiva interna del uno/nosotros que combate, toda disidencia es considerada y tratada como traición. El conflicto no sólo se torna total, sin delimitaciones posibles, sino también establece una ontología del ser, una identidad medular pensada en términos de la figura del combatiente.

La traducción de este tipo de razonamiento al terreno de la acción política, el salto de la lógica analítica a la lógica del poder, del Estado, del

agon entre agrupaciones humanas contrapuestas, es ya conocida. Un caso límite, aberrante, es el destino funesto del pueblo camboyano luego del triunfo de Pol Pot y el Kmer Rouge. Imbuído del espíritu mesiánico de un hiper-racionalismo tan implacable como bárbaro, y autoproclamándose encarnación prístina del "A" revolucionario, este movimiento de liberación nacional adoptó plenamente la lógica de la contradicción dialéctica en el plano de lo real. Premunido de una ética de los fines últimos y supremos ("por el bien de la causa"), se atribuyó el monopolio para imponer la verdad a los demás "A" y para juzgar y condenar a los "no A", con un costo de cientos de miles de camboyanos muertos.

El marxismo latinoamericano y europeo de décadas pasadas también exhibe algunos trazos de este pensamiento, aunque sin los horrores del ejemplo citado. Al hablar del poder de una clase dominante (la burguesía) y de una resistencia o contrapoder que lucha por su autoemancipación (la clase obrera o proletariado), plantea la relación entre ellos en términos de una contradicción dialéctica: la oposición entre el proletariado (el uno/nosotros, "A") y la burguesía (el otro, "no A") deviene el eje que configura la dimensión real de la dominación y de la lucha por eliminarla, puesto que se establece una equivalencia entre la liberación de la dominación de clase (explotación y opresión) y la liberación de la humanidad entera de sus cadenas. Aquí, el proletariado constituye el "A" que engloba a las demás resistencias, mientras que la burguesía y sus apoyos devienen el "no A", el poder cuya eliminación es correlativa a la emancipación de todos los que resisten alguna opresión. Pero así se termina negando la especificidad de todo antagonismo que no sea el antagonismo de clase, obligando al análisis a remitirse invariablemente al antagonismo "fundamental" para reconstruir la totalidad posible y tornar inteligibles a las oposiciones restantes. De ahí que los **universos múltiples** de relaciones

dialécticas se vuelvan, al pensar la lucha, un **universo** centrado en lo económico y cerrado por una contradicción de clase globalizadora. De ahí también que en años recientes se haya dicho que la dialéctica es un modo de pensamiento "incapaz de representarse al otro a sí mismo sin reducirlo a lo **igual (same)** y, por consiguiente, subordina la diferencia a la identidad"¹⁵

Surgen así, dos cuestiones de importancia en relación con lo "político" es decir, en lo que respecta al momento de un accionar transformador o perpetuador de un cierto estado de cosas. Primero, en torno de la dialéctica, se abandona: la pretensión omnicompreensiva, el carácter universal, el pálido racionalismo que establece las oposiciones en la placidez del enfrentamiento entre una tesis y una antítesis, y la fórmula "A - no A" para pensar las oposiciones. Se rescata: la conceptualización de toda identidad como relación diferencial entre un uno y un otro, el doble sello del deseo por el otro (necesidad y rechazo), el carácter agonístico de la relación entre el uno y su/sus otros, el potencial de conflicto que puede surgir de la díada a partir de la constitución del uno como resistencia o contrapoder que quiere crear/transformar al mundo sin que hayan leyes de la Historia, la Razón Universal, Dios o la Economía que puedan anteponer un final pre-establecido, un sentido transparente o una supuesta irreversibilidad a lo acaecido.

Segundo, ante la "pequeña felicidad" mencionada al comienzo del artículo, se debe recordar que la libertad, como proceso de liberación, es un objetivo permanente y una actividad interminable. La liberación, como "gramática de la vida" lúcidamente planteada por Cooper, supone la decisión de desafiar el miedo propio y la obediencia al imperativo ajeno, y por lo mismo, supone asumir el riesgo de la derrota. Pues si no se transpone el umbral de esa incertidumbre, no hay innovación posible, no hay el movimiento de la vida misma. Los combates desiguales entre daves y

goliaths, que se han puesto y que cotidianamente se siguen poniendo en escena en épocas y geografías diversas, constituyen la tensión esencial de la vida que desea la libertad para desafiar a la muerte del sometimiento.

15 Descombes, Vincent, *Modern French Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1980.



LA SITUACION DE CRISIS Y EL PAPEL DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL DESARROLLO DE AMERICA LATINA

Daniel A. Morales Gómez

Introducción

La trayectoria de los procesos de desarrollo en América Latina en los últimos cuarenta años y el estado actual de limitadas opciones para llevar adelante un proceso de desarrollo autosostenido en las próximas dos décadas parecen indicar que se ha entrado en un período que exige llevar a cabo, en el corto plazo, una profunda reflexión sobre las opciones futuras de transformación económico-social que tienen los países de la región. Los efectos de un largo proceso de búsqueda y experimentación con diferentes estrategias de desarrollo puestos en

práctica dentro de un sistema construido sobre la base de condiciones desiguales de distribución del poder y de la riqueza, y separadas de la experiencia de la práctica social, han llegado a demostrar la vulnerabilidad de las estructuras económicas, políticas e institucionales aun en países que habían mantenido tradicionalmente una relativa estabilidad en sus sistemas sociales. Por primera vez en la historia de la región, desde la recesión mundial de la década del 30, el conjunto heterogéneo de sociedades que forman América Latina se encuentra enfrentado a una situación común de crisis generalizada. En el pasado, diferentes grupos de sociedades han

sufrido situaciones de crisis de diverso orden. En muchos casos, éstas se debieron a la confluencia de una multiplicidad de factores locales comunes.

Así, por ejemplo, características político-económicas internas, factores de carácter subregional que determinaron el papel de algunos países en el contexto internacional, problemas surgidos en directa relación con características sociodemográficas comunes a las poblaciones locales o cambios radicales sufridos por el Estado, que llevaron a la desintegración de modelos locales de desarrollo, han sido algunos de los factores que han marcado períodos específicos de cambio. Hoy, sin embargo, el fenómeno que caracteriza el desarrollo de la región va más allá de problemas específicos comunes a diferentes grupos de países.

El argumento presentado en este trabajo sostiene que América Latina como región está en una situación de crisis que afecta a la sociedad global y que envuelve a todos los países sin distinción de niveles de madurez política, modernización o crecimiento económico. En gran medida, y a pesar de las manifestaciones concretas que tiene la crisis en lo económico, en lo político y en lo social, esta situación envuelve también una dimensión que toca a la capacidad de estas sociedades para entender lo que significa e implica el desarrollo de la región, en lo que resta de este siglo. En este sentido, la región también enfrenta una crisis de ideas. Los efectos actuales y potenciales de esta crisis generalizada van más allá de un eventual colapso o sobrevivencia de las estructuras políticas y económicas vigentes en este momento. La crisis en la que se encuentra la región, amenaza tanto la estabilidad de las estructuras sociales básicas tradicionales, como las posibilidades futuras de desarrollo político y económico. Dentro de estos parámetros, este trabajo intentará responder a los interrogantes acerca del papel futuro que les correspondería jugar a las ciencias sociales y a la investigación social, a fin de que

puedan tener algún efecto sobre el proceso de desarrollo que tendrá lugar en la región en lo que queda de este siglo.

Naturaleza de la crisis

Si bien la crisis se ha manifestado globalmente y en forma más directa en relación con la capacidad de respuesta y sobrevivencia de las economías nacionales dentro del sistema capitalista mundial, sus efectos concretos e inmediatos son primariamente internos en cada una de estas sociedades, y trascienden lo estrictamente económico. De hecho, los efectos económicos de la crisis, asociados a una deuda externa de aproximadamente 380 mil millones de dólares, constituyen sólo uno de los múltiples aspectos del impacto producido por las transformaciones que están afectando al sistema capitalista de producción, como resultado de su creciente tecnologización y de la evolución de los modelos liberales de acumulación a escala mundial que han dado lugar a una serie de estados de recesión económica en los países desarrollados.

La crisis actual por la que atraviesan los países de América Latina afecta, en lo sustantivo, las capacidades presentes y las opciones futuras de que disponen estas sociedades para reactivar un proceso sostenido de recomposición social, de desmarinación, de modernización tecnológica y autónoma, y de desarrollo político democrático y participativo. La crisis no es, por tanto, un fenómeno transitorio en el corto plazo, como sostienen quienes la asocian con un estado pasajero de recesión del sistema capitalista mundial, o localizada exclusivamente en la periferia como sostienen quienes la asocian exclusivamente con la evolución del subdesarrollo.

Sin negar la necesidad de explicar las manifestaciones económicas de la crisis, particularmente en lo que se refiere a los efectos actuales y futuros

de la deuda externa, es necesario llevar la reflexión más allá de éstos. Las sociedades de América Latina están enredadas a un profundo quiebre de su desarrollo social interno, a un atrofiamiento de sus capacidades de gestión política y de adaptación económica con las que puedan generar políticas de cambio social a corto plazo, y a un agotamiento de los paradigmas teórico-ideológicos tradicionales de interpretación y comprensión del fenómeno global del desarrollo. La explicación de la crisis actual debe buscarse, por tanto, en el análisis más profundo y comprensivo de las relaciones históricas entre centro y periferia y en la evolución de una compleja tradición desarrollista y modernizante que ha fluctuado entre modelos políticos democráticos, populistas, caudillistas y autoritarios.

El estado de crisis que afecta a América Latina no sólo va más allá de lo económico, sino que no es un fenómeno nuevo de la década del ochenta. La situación actual de la región tiene sus raíces en los diferentes paradigmas de desarrollo dependiente en lo económico, marginal en lo tecnológico y desigual en el intercambio, importados e implementados especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Otros factores tales como los desequilibrios producidos por las fluctuaciones en el precio del petróleo; el incremento de medidas proteccionistas en los países industrializados y sus efectos en el comercio y en las exportaciones; la incapacidad de las economías nacionales en mantener un poder de compra, particularmente en lo que se refiere a tecnología industrial avanzada, frente a las fluctuaciones en el mercado de divisas y el continuo aumento de la dependencia del capital extranjero, contribuyeron a transformar de una crisis latente en una situación de hecho, más que originarla.

Algunos indicadores globales permiten apreciar la magnitud y evolución del fenómeno hasta este momento. Si se mira sólo el crecimiento de la deuda externa y a los factores que afecta más directamente, se observa que el

tamaño de la deuda aumentó de 15 mil millones de dólares en 1967, a 113 mil millones en 1982, a aproximadamente 380 mil millones en 1985, representando más de la mitad de la deuda externa de todos los países del Tercer Mundo. Esto significó un aumento de la deuda de casi veinte veces en un período de dos décadas, y un estancamiento casi total del crecimiento real por habitante. En 1983, por ejemplo, Venezuela, México, Chile y Argentina concentraban un 56,2% de la deuda externa de la región, y compartían una deuda promedio de aproximadamente 1.586 dólares por habitante, hasta cuatro veces lo que puede ser el ingreso anual por habitante en más del 70% de la población de estos países. Desde el punto de vista del producto interno bruto, la deuda creció de un 12% en 1970 a un 30% en 1982. En relación con el valor de las exportaciones, la deuda creció de un 7 a un 40% en el mismo período. Al mismo tiempo, sólo entre 1981 y 1983 el flujo de capitales en la región se redujo de 38 a 4,5 mil millones de dólares. Juntamente con esto, una serie de otros fenómenos confluyeron durante las últimas tres décadas creando, de hecho, las condiciones de quiebre socio-político que anteceden y acompañan a la crisis económica de los últimos años. Entre estos se cuentan, primero, el fracaso de los modelos populistas y modernizantes que abren nuevas vías de movilidad social para amplios sectores de la población, particularmente rural y urbano marginal, sin condiciones infraestructurales que permitan al Estado responder a las demandas por mejoramientos cuantitativo y cualitativo de servicios básicos, tales como educación, vivienda, salud y empleo. Segundo, el surgimiento de gobiernos reformistas altamente dependientes del crédito externo para asegurar la implementación de cambios en los modelos de industrialización, cuyos intentos se ven paralizados al cambiar las políticas de préstamo de los países centrales. Tercero, el quiebre de los modelos políticos tradicionales que trae consigo una radicalización progresiva de

amplios sectores de la sociedad, lo que amenaza con romper el balance de fuerzas que sustenta el papel de estos países en la esfera internacional y regional. Cuarto, la emergencia de gobiernos autoritarios que provocan el quiebre de los sistemas democráticos de participación social y política e instauran modelos económicos sustentados en la inversión externa de capitales. Quinto, una crisis global del sistema capitalista occidental que produce un profundo desequilibrio en las economías monoproducidas y dependientes de las fluctuaciones del mercado internacional. Finalmente, un agotamiento progresivo de los paradigmas teórico-ideológicos que permitirían a estas sociedades generar nuevos proyectos políticos democráticos de desarrollo y definir un espacio y un papel para estos países en el contexto internacional.

Frente a este panorama, las condiciones que caracterizan el desarrollo actual de la región tienden a indicar que el fenómeno que se observa en América Latina no es ni un producto de la década del 80, aun cuando el impacto de su dinámica se manifiesta hoy en su mayor magnitud, ni se explica a través de relaciones lineales de causalidad con la recesión de las economías desarrolladas occidentales. El fenómeno es, por tanto, mucho más complejo. A menos que se generen nuevas alternativas de análisis y se implementen nuevas estrategias políticas y económicas, las opciones reales de desarrollo para América Latina en los próximos años continuarán siendo mínimas y determinadas por presiones resultantes de la evolución del sistema económico internacional, sin realmente tocar las raíces sociales de la crisis. El impacto, tanto político como social de la crisis, tiende a indicar que fenómenos tales como la marginación de la sociedad civil de los procesos de decisión política tenderá a profundizarse en el futuro, y que la proletarianización de amplios sectores de la clase media tenderá a agudizarse creando condiciones cada vez más volátiles de presión al Estado.

El fracaso de un proceso de desa-

rollo, construido sobre una base de capital externo, ha producido un quiebre mucho más profundo y el debilitamiento de las economías nacionales en su esfuerzo por sobrevivir a las fluctuaciones del proceso de acumulación de plusvalía que dinamiza el capitalismo occidental. Internamente, la crisis actual se traduce en un retroceso real de los niveles de vida de amplios sectores de la sociedad a lo que éstos eran hace quince años atrás. En este sentido el proceso de modernización relativa por la que han atravesado la mayoría de los países en la región no ha permitido desarrollar e incorporar nuevos mecanismos políticos y sociales que originen y absorban procesos de cambio sin perder ciertos niveles mínimos de integración como nación-estados. El estancamiento en los procesos de modernización e industrialización, por una parte, y el atrofiamiento de la capacidad relativa de desarrollo autosostenido, por otra, han generado condiciones de pobreza eliminando oportunidades de movilidad creadas como resultado de los modelos desarrollistas. Esto muestra un panorama más bien pesimista. Aún cuando en el mediano plazo los países de la región pudieran gozar de condiciones óptimas de crecimiento acelerado, a lo máximo que podrían aspirar sería a recuperar los niveles de desarrollo que existían a fines de la década del 60. La crisis que afecta a la región, por tanto, no es una situación de recesión transitoria en el corto plazo, ni está exclusivamente asociada a factores tales como las fluctuaciones en las tasas de interés, el incremento de medidas proteccionistas, o los cambios en las condiciones y flujos de préstamos. La crisis es un **estado** en el proceso de desarrollo de América Latina más que una situación pasajera. En este sentido, lo que se observa es el resultado del fracaso de una serie de proyectos político-económicos de desarrollo marginal implementados bajo diferentes formas de estructuración del Estado, en un contexto de interdependencia tecnológico-económica mantenido entre el centro y la periferia.

Este fenómeno que culmina con el fortalecimiento del papel hegemónico de países desarrollados orientados por modelos políticos altamente conservadores, con el quiebre de modelos políticos autoritarios, y con el surgimiento de conflictos internos cada vez más polarizados en sociedades políticamente inestables y subdesarrolladas, tiene características totalmente nuevas a las observadas en el pasado. Esto exige que se desarrollen no sólo nuevas categorías de interpretación para identificar opciones de desarrollo económico y para definir el lugar que pueden ocupar estas sociedades en el contexto político y económico internacional, sino que se generen nuevos proyectos de desarrollo político, económico e institucional que permitan redefinir el papel que le cabe jugar al Estado y la forma que deben tomar las relaciones sociales de producción.

Los paradigmas teóricos generados en la últimas tres décadas han demostrado ser insuficientes para explicar las relaciones hegemónicas que han caracterizado las relaciones entre la sociedad civil y el Estado y son incapaces de generar alternativas políticas comprensivas que permitan manejar las relaciones de contradicción surgidas como resultado del proceso de modernización. El desarrollo de nuevos paradigmas teóricos debe contribuir también a la redefinición de las estructuras tradicionales de organización política y social. En este contexto es necesario preguntarse por el papel que le corresponde jugar a las ciencias sociales tanto en la búsqueda de nuevos paradigmas teóricos de interpretación y comprensión del fenómeno de crisis, como en la formulación de un nuevo proyecto de desarrollo político y económico.

Las ciencias sociales y el desarrollo

A diferencia de otras regiones del mundo subdesarrollado, América Latina tomó en el pasado el liderazgo en la generación de un pensamiento

original respecto del problema del desarrollo y de la relación de estas sociedades con los centros de poder político y económico en la esfera mundial. Hoy, sin embargo, pareciera ser que las ciencias sociales han llegado a un punto de estancamiento en su capacidad de guiar el pensamiento político en la región, a pesar del nivel de madurez y vitalidad de sus disciplinas.

Paralelamente a las etapas por las que ha atravesado el pensamiento sobre el desarrollo en la región desde mediados de la década del 40, las ciencias sociales han servido históricamente como instrumento para la comprensión de la evolución interna de estas sociedades, para la interpretación de las relaciones de correspondencia y contradicción que han caracterizado los modelos de desarrollo político y crecimiento económico y en ellos la relación entre centro y periferia, y para la generación de alternativas que permitieron orientar la implementación de diversas formas de participación política. En un sentido amplio, las ciencias sociales en las últimas cuatro décadas se constituyeron no sólo en una plataforma crítica de análisis de las fuerzas político-sociales en juego, sino en un espacio de reflexión sobre las proyecciones de acciones y opciones específicas surgidas en el interior de grupos nacionales heterogéneos que buscaban una nueva forma de praxis social.

Este proceso de evolución de las ciencias sociales se caracterizó por una compleja variedad de factores. Primero, las ciencias sociales fueron un punto de confluencia del pensamiento regional original y del pensamiento europeo tradicional y contemporáneo, lo cual sirvió para regular la influencia empírico-eficientista transmitida a través de los modelos de modernización tecnológica importados a la región. Segundo, las ciencias sociales lograron un alto grado de legitimidad en el quehacer intelectual regional como vehículo de cuestionamiento de las relaciones de poder dominantes, tanto a nivel del Estado como de las clases, y como ins-

trumento que permitió avalar formas de organización política de amplios sectores de la sociedad. Tercero, las ciencias sociales sufrieron un paulatino proceso de institucionalización, tanto a nivel del aparato educativo, de los medios de comunicación y de la opinión pública, como a nivel del Estado, transformándose de este modo en una actividad profesional legitimada en la sociedad. Cuarto, dada la heterogeneidad de los ambientes político-sociales en que evolucionan las ciencias sociales en la región, se desarrollaron diferentes modalidades metodológicas para estudiar los fenómenos sociales, que permitieron conectar en forma más estrecha el quehacer intelectual con la práctica política. Por último, frente a la crisis de los modelos políticos democráticos y al surgimiento de regímenes de carácter autoritario, el desarrollo de las ciencias sociales y su estabilidad institucional se vio amenazada, transformándose en una actividad paralela al pensamiento oficial dominante.

No obstante lo complejo de este proceso evolutivo, es posible afirmar que la mayor contribución de las ciencias sociales a la conceptualización, comprensión y crítica del problema del desarrollo en la región ha sido el delimitar marcos teóricos de referencia y el entregar herramientas de análisis que obligaban a mirar el desarrollo como un proceso histórico. En este contexto, el quehacer de las ciencias sociales ha sido profundamente influido por las relaciones de poder entre el Estado y la sociedad civil, y dentro de ello, por la evolución de las relaciones de contradicción y correspondencia que han caracterizado la crisis de hegemonía que ha venido ocurriendo entre las fuerzas políticas, económicas y sociales, y que se pueden asociar al colapso de los modelos de crecimiento aplicados en la región.

La agudización de las contradicciones político-económicas que han tomado lugar en los últimos años, por una parte, y la rapidez y radicalidad con que han cambiado los parámetros de poder que servían de base a los

modelos de desarrollo tradicionales, por otra, han producido un agotamiento progresivo de los paradigmas teóricos en cuanto a sus capacidades de explicar el fenómeno político-social actual. En este sentido, la práctica y la dinámica de los movimientos sociales en la región han evolucionado mucho más rápidamente y han cambiado mucho más profundamente que el pensamiento sobre lo social que se ha requerido para comprender y explicar tales cambios. Es en relación a esto que hoy parece existir una **crisis de ideas** que dificulta usar las categorías de análisis sociológico, político y económico tradicionales para explicar lo que sucede actualmente en estas sociedades y que, al mismo tiempo, dificulta la posibilidad de generar alternativas de acción que puedan resultar en cambio social.

La capacidad que mostraron las ciencias sociales en el pasado y la necesidad actual por encontrar modelos optativos de interpretación, que permitan comprender lo que significan las transformaciones por las que está pasando el sistema capitalista, en el que se inserta la crisis de la región, es lo que hace que las ciencias sociales sean un componente necesario en la reflexión sobre el futuro de estas sociedades. En este contexto, el papel que puedan jugar las ciencias sociales es fundamental no sólo para llegar a una comprensión más profunda de la situación actual, sino también para identificar mecanismos que permitan satisfacer las necesidades y demandas colectivas por participación política y democracia, y por redistribución de la riqueza y el poder político.

Preguntar por el papel que le cabe jugar a las ciencias sociales en el contexto actual de América Latina, y dentro de ellas el que le corresponde a la investigación social, implica considerar una amplia y compleja variedad de aspectos y reconocer que "la crisis" que afecta a América Latina, es también una crisis de las teorías sobre el desarrollo tanto en el centro como en la periferia. El hecho de que

la crisis afecte la estructura orgánica de las sociedades en la región, tiene como una de sus múltiples consecuencias el que también afecta la capacidad de las ciencias sociales para explicar la **dinámica de conflicto** que surge como resultado de ella. En este sentido, es posible argumentar que la capacidad política de las ciencias sociales, esto es **su capacidad de generar pensamiento original que oriente los procesos de toma de decisiones sobre desarrollo**, que norman las relaciones de contradicción y correspondencia, se ve limitada a mantener estados básicos de equilibrio, más que a orientar el cambio.

A pesar de la gran variedad de explicaciones puntuales generadas por las ciencias sociales en el pasado, no existe en este momento una base teórica sólida de conocimientos actualizados y políticamente articulados que permitan comprender en profundidad cómo están ocurriendo y cuáles son los efectos de los procesos de desarticulación de la sociedad civil en los diferentes núcleos nacionales. Lo que existe en el contexto del pensamiento y de la investigación social del momento es una verificación, tanto cualitativa como empírica, de hechos específicos. Falta, sin embargo, una interpretación comprensiva y dialéctica que integre los componentes económicos, políticos y culturales que están determinando y generando cambios en la recomposición de las fuerzas sociales en juego, en el papel futuro que le corresponde al Estado, y en la estructura y funcionamiento del sistema productivo, tanto en el sector urbano como rural. En este sentido, el subdesarrollo latinoamericano no está enfrentado sólo a una situación de crisis del sistema capitalista, acompañada por una re-emergencia de tendencias políticas neoconservadoras, sino a una situación de quiebre en la generación de ideas que orienten una acción social de cambio sostenido.

A pesar de la variedad de intentos por describir, entender y documentar el papel del Estado frente a condiciones de poder político ya sea autoritario,

democrático o revolucionario, la práctica de las ciencias sociales indica que aún no se cuenta con una teoría integradora que permita proyectar los efectos de los cambios y transformaciones de las últimas dos décadas, en lo que se espera sea el papel del Estado en términos de desarrollo futuro en la región. Así, preguntas tales como: ¿Cómo enfrentar el problema de la modernización del Estado?, ¿cuál es el carácter del Estado con relación a los cambios ocurridos en la configuración política de las sociedades de la región, como resultado de movimientos sociales que buscan nuevas formas de participación y democracia?, ¿qué forma de organización y qué funciones debe adoptar el Estado frente a un aumento de las condiciones de interdependencia económica en las relaciones entre centro y periferia?, ¿cuáles son las opciones que tiene el Estado, que le permitirían mantener condiciones básicas de equilibrio en circunstancias de crisis prolongada?, ¿cómo se traducen las presiones por democracia y participación en el funcionamiento del Estado?, y ¿qué cambios se deberían producir en el interior del Estado para responder a los conflictos políticos, económicos y sociales que afectan a las sociedades de la región?, son algunas de las interrogantes a los que deben responder las ciencias sociales.

La contribución potencial de las ciencias sociales no se limita sólo a su capacidad para responder a interrogantes globales sobre la dinámica de las decisiones políticas, económicas y sociales que toma lugar en el interior de conformaciones nacionales subdesarrolladas, sino que comprende, también, su capacidad de análisis proyectivo. En este sentido, las ciencias sociales pueden servir como un instrumento efectivo en la conceptualización del tipo de Estado que requieren las sociedades de la región en las próximas dos décadas, para manejar fenómenos tales como la creciente marginación política de amplios sectores de la sociedad, la progresiva proletarianización de los sectores medios y bajos de la fuerza de

trabajo, la pérdida de legitimidad de los esquemas de poder político tradicionalmente dominantes, la falta de proyectos políticos nacionales sustentados sobre valores democrático-participativos, y el agotamiento de la capacidad de respuesta y maniobra de las estructuras institucionales tradicionales que dan base a lo legal, político, económico y educativo. Al respecto, a la investigación social a desarrollarse en los próximos años le correspondería jugar un papel determinante no sólo en el diagnóstico y verificación de los cambios que están ocurriendo en el interior de la sociedad civil, el sistema productivo y el Estado, sino también en la búsqueda e identificación de alternativas de solución a los problemas que afectan a la sociedad.

La capacidad de ingerencia que tengan las ciencias sociales en los próximos años, tanto en el manejo de la crisis como en la forma en que se oriente el proceso de desarrollo, dependerá no sólo de su capacidad para vincular el quehacer teórico con la práctica social, sino también de su capacidad para vincular el proceso y el producto de la investigación social con el proceso y el producto de políticas de desarrollo. En este sentido, las ciencias sociales podrían hacer una efectiva contribución en aspectos tales como son la generación de modelos económicos de crecimiento interdependientes capaces de asimilar los cambios que toman lugar en las estructuras sociales, en la interpretación de las ideas políticas-fuerza que guían la acción del Estado, y en la generación de una percepción de desarrollo que no se enfoque exclusivamente en aspectos de crecimiento económico sectorial.

Los efectos de la crisis en las ciencias sociales se manifiestan también en la incapacidad de las esferas de análisis de lo social para comprender, en su real magnitud, el impacto que, en términos de desarrollo, tiene el avance tecnológico y su efecto en los sistemas productivos, tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados. Al respecto, las ciencias sociales necesitan desarrollar

mecanismos teóricos y analíticos que permitan interpretar desde la práctica, tanto las transformaciones científico-tecnológicas que afectan el sistema productivo mundial como las repercusiones directas que éstas tienen en la capacidad de desarrollo y adaptación de las estructuras productivas nacionales en la región.

La urgencia por comprender las raíces históricas del subdesarrollo en la región, las presiones por mantener un profundo nivel de comprensión de las dinámicas de transformación que tomaron lugar en los sistemas políticos y económicos, y las relaciones entre centro y periferia a partir de la década del 50, han llevado a las ciencias sociales a ir perdiendo su capacidad predictiva con respecto a los efectos de la revolución tecnológica por la que atraviesa el sistema productivo en el capitalismo desarrollado. En este sentido, los esfuerzos por entender y medir el impacto del desarrollo acelerado de tecnologías avanzadas sobre la polarización de los sectores formales e informales de la economía, sobre la estructura y composición del empleo, y sobre los patrones de distribución del ingreso, entre otros, han tendido a identificar puntos de conflicto sin llevar necesariamente a la generación de estrategias de acción que se concreten en políticas de cambio.

Uno de los fenómenos centrales que, en términos de desarrollo y del manejo de la crisis actual, deberían enfrentar las ciencias sociales desde una perspectiva multidisciplinaria es el de la naturaleza y los efectos de las innovaciones tecnológicas y sus contradicciones y las formas en que éstos se reflejan en la vida cotidiana. Respecto del papel que podrían jugar las ciencias sociales en este sentido es esencial la idea de **multidisciplinariedad**, por cuanto permitiría ir más allá del análisis de la relación tecnología-sistema productivo-economía, y enfocar el problema desde una perspectiva más amplia. La explosión de las tecnologías avanzadas que afecta al sistema capitalista mundial, afecta no sólo la estructura del sistema productivo, la composición

y el papel de la fuerza de trabajo y el rol de las economías nacionales en el contexto de la transferencia de capital y trabajo a nivel internacional, sino también los procesos internos de modernización del Estado, la naturaleza de los patrones de consumo, el tipo y el papel de la educación, el acceso y las formas de operación de los servicios y los modelos de recomposición urbano y rural.

La forma en que las innovaciones tecnológicas afectan a América Latina es, en gran medida, distinta de la forma en que éstas afectan a otras regiones del Tercer Mundo con diferentes niveles de desarrollo relativo. Como uno de los resultados del aumento progresivo de la influencia de las industrias de tecnología avanzada en la relación entre países desarrollados y subdesarrollados, la producción industrial en los primeros depende cada vez menos de procesos y productos primarios. Esta situación tiene como una consecuencia a mediano plazo el que las materias primas, una de las fuentes básicas de exportación de los países de la región, puedan llegar en los próximos veinte años a tener importancia marginal para las economías desarrolladas. De la misma manera, la tecnología avanzada tiene también como resultado el que los bajos costos comparativos de la mano de obra en la producción industrial pueda dejar de ser un factor de competencia en el mercado internacional para los países en desarrollo. Si esto es efectivo, las teorías y políticas de desarrollo en las que se habían basado algunas de las estrategias de desarrollo de la región perderán parte de sus fundamentos. Por lo descrito anteriormente, uno de los aspectos que deben ser objeto de análisis de las ciencias sociales es el efecto de tales cambios en los supuestos básicos de las teorías de desarrollo que sostenían que la modernización de la región descansaba en gran medida en la capacidad de las economías nacionales de exportar materias primas, y que el consumo de éstas por los países industrializados aumentaría proporcionalmente al fortalecimiento del sis-

tema capitalista y al aumento de la producción industrial. ¿Cuál deberá ser, por ejemplo, el énfasis que deberán poner en los factores de producción y empleo las futuras estrategias de desarrollo en términos de políticas de crecimiento industrial? ¿Qué alternativas tiene el Estado para financiar el desarrollo de estos países, si la exportación de materias primas deja de tener un peso preponderante en la mantención de las economías? ¿Cuáles son las opciones de crecimiento si las capacidades de exportación de productos manufacturados decrece juntamente con la reducción en el valor comparativo de la mano de obra para los países industrializados? ¿Cómo se debe reajustar el sistema educativo en los países de la región para responder a las nuevas condiciones de desarrollo? ¿Cómo afecta el desarrollo tecnológico, tanto interno como a nivel global, la composición y el rol del creciente sector informal de la economía?, son algunos de los interrogantes que debe asumir la investigación social en el futuro. Los parámetros de análisis aplicados por las ciencias sociales, hasta este momento, requieren ser sometidos a una revisión sistemática a fin de poder manejar los nuevos factores que caracterizan el proceso de "desarrollo regresivo" que deberá enfrentar la región en los próximos años. El examen del fenómeno del desarrollo dentro de un contexto de crisis tiende a indicar que aún cuando las sociedades del hemisferio sean capaces de implementar condiciones óptimas de progreso interno, el desarrollo en la región no pasará de ser un proceso de recuperación de los niveles de crecimiento que se tenía hace dos décadas atrás. En este sentido, la capacidad política de estas sociedades para implementar nuevos modelos de desarrollo, y de situarse en una posición relativamente competitiva en el escenario internacional, dependerá en gran medida de la capacidad para proyectar alternativas de modernización y crecimiento autosostenido en un contexto de interdependencia económica y política.

Para ello, no obstante, es necesario no sólo comprender las fuerzas en juego a nivel de la economía y el Estado, sino también las formas como éstas se manifiestan a través, por ejemplo, de los procesos de integración y desintegración entre sectores urbanos y rurales, y sus efectos en los procesos productivos; los cambios en la oferta y demanda de servicios que fluctúa juntamente con los cambios en los niveles de pobreza y proletarianización; los cambios en las tendencias y aspiraciones por movilidad social tanto a nivel de la sociedad global como en el interior de conformaciones específicas de clase; las relaciones de contradicción y correspondencia entre los sistemas educativos y el sistema productivo y los cambios en las estructuras políticas de base que buscan implementar mecanismos alternativos de participación popular en diversos niveles de la sociedad.

Los cambios de carácter sociocultural que están ocurriendo en las sociedades de la región representan otra área prioritaria en la cual el papel futuro de la investigación social es determinante. Los procesos de modernización vividos por estas sociedades en el período de postguerra han modificado no sólo las aspiraciones colectivas de amplios sectores sociales, sino que han generado serios conflictos en la búsqueda de parámetros de autoidentidad sociocultural. Si bien por una parte, tradiciones culturales heterogéneas a través de la región han dado lugar a formas específicas de acción y reacción en los procesos de desarrollo y modernización, la condición periférica de estas sociedades las ha hecho altamente vulnerables a valores que son intrínsecos a los procesos de tecnologización en sociedades avanzadas. Por ello, la investigación social debería jugar un papel fundamental en la identificación de los efectos de la tecnologización de la vida cotidiana sobre grupos específicos de la población, como pueden ser la juventud, la mujer, los sectores indígenas y campesinos y los núcleos marginales urbanos, tanto en

lo que respecta a opciones de participación productiva como política en la sociedad. En este sentido, el desarrollo futuro de la región no puede ser pensado sin considerar a estos sectores de la sociedad como actores con un papel protagónico.

Juntamente con esto, y dadas las consecuencias de los profundos procesos de recomposición social que como resultado de la crisis actual tomarán lugar en las sociedades de la región en los próximos años, las ciencias sociales necesitan enfrentar críticamente su propia capacidad de crecimiento e impacto sobre los centros de decisiones políticas. Con relación a esto, es fundamental que las ciencias sociales replanteen su propio quehacer analizando aspectos tales como las condiciones materiales que están favoreciendo u obstaculizando su reproducción institucional, la lógica en el desarrollo de su capacidad investigativa y la formación de las nuevas generaciones de científicos sociales, como asimismo las consecuencias de estos aspectos en su papel futuro. De la misma manera, las ciencias sociales necesitan enfrentar, sobre la base de parámetros objetivos, el grado de impacto y efectividad que han logrado tener en el pasado; el alcance de sus disciplinas como conjunto organizado de conocimientos y métodos para interpretar las relaciones de poder en el interior de formaciones sociales determinadas y el papel que le corresponde al científico social en cuanto miembro de una élite que representa un conjunto de valores de clase.

Conclusión

El futuro de América Latina en términos de desarrollo parece ser bastante incierto. A pesar de que las predicciones respecto de las opciones futuras que tienen las sociedades de la región son tan diversas como pueden ser las diferentes perspectivas con que se mira el fenómeno del desarrollo, las tendencias parecen indicar que se ha entrado en una nueva fase en la evolución económico-social

de la región, que no puede ser orientada a partir de los paradigmas teóricos y políticos tradicionales de desarrollo y modernización. Esta nueva fase cualquiera sean sus características específicas en el largo plazo, pareciera exigir, en este momento, que se piense en nuevas formas de reestructuración de los sistemas productivos nacionales en el contexto de condiciones no tradicionales del sistema económico internacional; en alternativas políticas que integren a sectores tradicionalmente marginados que hoy tienen un papel como agentes y beneficiarios del cambio mucho más efectivo que en el pasado; en nuevas formas de organización institucional que permitan reintegrar a la sociedad civil, y en nuevos mecanismos de participación democrática y distribución del poder.

En la superación del estado de crisis, en lo que respecta a la generación de un pensamiento original que tenga ingerencia en el proceso del desarrollo, tanto político como económico, las ciencias sociales y la investigación social pueden jugar un papel determinante. Esto no sólo como vehículo de testimonio y comprensión de las dimensiones del fenómeno de crisis, sino como fuente de ideas que permitan generar nuevos paradigmas teóricos sobre lo que es el desarrollo de la región que pueda resultar de la crisis actual. Juntamente con servir de nexo y componente en actividades específicas de desarrollo que se estimulen en la región en lo que se refiere a la transformación de los sistemas productivos, la recomposición de los sectores urbanos y rurales, la generación, distribución y acceso a servicios que busquen la satisfacción de necesidades básicas de la población, y la conformación de nuevas formas de distribución del poder político y la riqueza, las ciencias sociales pueden jugar un papel determinante en la generación, implementación y examen de las nuevas políticas de desarrollo que deberán ser puestas en práctica por el Estado en lo que resta de este siglo, a fin de producir un cambio social efectivo y duradero en la región.



El Grupo de Trabajo Condición Femenina de CLACSO, en colaboración con el Programa de Comisiones y Grupos de Trabajo y el Programa de Formación y Asistencia Académica inicia un programa trianual dirigido a la promoción de la investigación sobre la mujer en América Latina, destinado a profesionales en etapa de formación, en el área correspondiente a América del Sur de habla hispana, denominado Programa Latinoamericano de Investigación y Formación sobre la Mujer. Dicho Programa se realiza con el apoyo de la Fundación Ford.

El Programa consta de dos fases, y en cada una de ellas se convoca a un concurso de proyectos de investigación sobre el tema de la mujer; definido en sentido amplio. Los autores de los diez proyectos seleccionados en cada fase del programa deberán concurrir a un seminario intensivo de tres semanas de duración, que tendrá lugar en un país de América Latina, en el que se actualizarán conocimientos sobre la temática de la mujer y ajustes del proyecto de investigación que faciliten su realización durante el año en que se extiende la beca. El dictado del seminario de formación estará a cargo de docentes de reconocido nivel.

Producida la investigación, el becario tiene la obligación de presentar un informe final con forma de artículo para ser publicado en las ediciones de CLACSO. Las dos fases del proyecto alcanzan, en total, a veinte becarios.

Respecto de los candidatos, es necesario señalar algunas de las particularidades de este programa, que lo diferencian de los concursos que CLACSO convoca habitualmente. Primero, las características que ha tenido la

investigación sobre la mujer en América Latina y su bajo grado de institucionalización respecto del área académica de las ciencias sociales, este llamado se encuentra abierto a todos los investigadores de la región, aún cuando no pertenezcan a centros miembros del Consejo. En segundo lugar, se ha definido la situación de formación como la situación de la persona que tiene sus estudios de grado debidamente completados pero no se encuentra involucrada en cursos de doctorado. En relación con este punto, dadas las características que ha tenido el desarrollo de las ciencias sociales en la región combinadas con los procesos políticos, se considera que la situación de formación es independiente de la edad del postulante, no existiendo, por lo tanto, límites de edad para la presentación. El concurso se encuentra también dirigido a hombres que quieran presentar proyectos de investigación sobre esta problemática. Por último, es necesario señalar que se convocará a un jurado integrado por académicos/as especializados en la problemática de la mujer.

Próximamente, se brindará más información sobre las características y los plazos de la convocatoria. Dicha información estará disponible en la Secretaría Ejecutiva del Consejo, Callao 875, 3er. piso - 1023 Buenos Aires y en los Centros Miembros de cada país así como en otras instituciones que trabajen sobre la situación de la mujer. También podrá requerirse para mayor información a la Coordinadora del Grupo de Trabajo sobre "Condición Femenina", María del Carmen Feijóo, CEDES, Avda. Pueyrredón 510, 7º piso, 1032, Buenos Aires, Argentina.

SEMINARIO SOBRE EMPRESARIOS A MEXICO

El 8 y 9 de mayo se realizó en la ciudad de Xalapa, Veracruz, el I Seminario "Empresarios y empresarios", organizado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, los Departamentos de Economía y Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana —Unidad Azcapotzalco— y el Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Veracruzana. El objetivo del evento fue crear un grupo de trabajo a nivel nacional que permitiera a los investigadores del tema establecer una red permanente de comunicación para confrontar enfoques teóricos, intercambiar información y experiencias y difundir los avances y resultados de las investigaciones.

Se presentaron treinta y tres ponencias (pertenecientes a 17 centros de investigación de diferentes entidades del país), agrupadas en dos grandes temáticas: por una parte, la formación y el desarrollo histórico de empresas, grupos empresariales, industrias y capitales regionales. Por la otra, la evolución económica de diversas fracciones empresariales y la participación de los empresarios en la política nacional dentro de la coyuntura actual de México.

Las primeras analizaron casos de gran significación en el desarrollo económico de México, como los de las actividades cafetalera, textil, automotriz y de maquila, así como la implantación de nuevos polos de desarrollo industrial. Tanto en el aspecto espacial como en el temporal hubo gran diversidad de aportes, ya que en el primer sentido los estudios presentados se refirieron a zonas del sureste, el centro, el oeste y el norte del país, mientras que en el segundo se analizan casos desde el fin de la época colonial hasta nuestros días, sin olvidar lo ocurrido en las importantes décadas del siglo pasado y las primeras del actual.

En la segunda temática sobresalieron las ponencias dedicadas a examinar la autonomía de los empresarios con

relación a las directrices de los grupos gobernantes, respecto de la definición del ideario empresarial en la coyuntura contemporánea y la evaluación de las acciones y estrategias del empresariado políticamente activo en los sucesos electorales de la presente década. Aquí también se dieron a conocer análisis de casos específicos y regionales junto con la perspectiva de alcance nacional, particularmente en el marco de lo que se ha denominado el avance del neoconservadorismo ideológico y político como un fenómeno estrechamente ligado a la crisis y transformación que experimenta la economía mexicana. En este punto algunos investigadores ofrecieron hipótesis y datos que hacen referencia al ascenso de nuevos grupos empresariales hegemónicos vinculados con la reestructuración del patrón nacional de acumulación, el papel de los circuitos monetario-financieros en el usufructo de la deuda pública externa e interna y el significado de la presencia creciente del capital extranjero.

Hubo consenso entre los participantes respecto del nivel incipiente en que se encuentran los estudios sobre la clase empresarial, el sustrato material e ideológico de su comportamiento y el papel que tienen en los cambios que registran, en este momento, la economía y la sociedad nacionales. Incluso, algunas ponencias dejaron ver que un análisis más profundo de estas cuestiones podría conducir a replantear la idea tradicional que se tiene acerca de las características del desarrollo económico y las bases de la estabilidad política de México. Asimismo, se evidenció la pertinencia de vincular estudios sobre el tema de empresarios en un marco interdisciplinario, en el que interactúen la dimensión regional con la dimensión nacional, de modo de tener un cuadro más integrado para el análisis del comportamiento de este actor en la coyuntura actual del país y sus perspectivas.

Para darle continuidad a esta línea de investigación se decidió constituir un Grupo

de Trabajo de COMECESO abocado al tema de Empresarios y Estado en México, en el que participan investigadores de más de diez y siete centros de investigación de distintos estados del país. La coordinación del grupo quedó a cargo de Matilde Luna (IISUNAM), Ricardo Tirado (IISUNAM), Leticia Juárez (UAM-A), y Celso Garrido (UAM-A).

Asimismo, se acordó editar en el curso del presente año un libro con las ponencias presentadas al Seminario y convocar a un nuevo encuentro del grupo el año próximo en UAM-Azcapotzalco.

Para cualquier información sobre el tema puede escribirse al Instituto de Investigaciones Sociales en UNAM: Matilde Luna - Ricardo Tirado. Torre II de Humanidades - piso 7º. Cd. Universitaria - México D.F. ó Universidad Autónoma Metropolitana - Azc. Leticia Juárez - Celso Garrido. División de CSH - Oficinas Generales - Av. San Pablo N° 180, Col. Reynosa Azc. México D.F.

Cabe añadir que esta iniciativa está vinculada con la preocupación por construir un grupo de trabajo sobre el tema "Empresarios y Estado en la Coyuntura Actual en América Latina", impulsada por la UAM-Azcapotzalco, que es el centro miembro de CLACSO.

En relación con ello, está previsto realizar en Buenos Aires, durante el 21 al 23 de julio de 1987 por CISEA-UAM, un seminario sobre el tema "Empresarios y Estado en la coyuntura actual de Argentina, Brasil y México". En el mismo, se presentarán trabajos con los avances logrados con relación al tema, por investigadores pertenecientes a Centros de CLACSO de los tres países. Asimismo, se evaluará la posibilidad de constituir un grupo de trabajo de CLACSO sobre el tema, así como los ejes temáticos de trabajo que lo organizarán.



PROVINCIAS DEL CONO SUR

Entre agosto y octubre de 1986 se constituyeron los jurados para adjudicar las becas del X Concurso de Formación. Tanto en el Area Andina como en el Cono Sur y Brasil se consideraron cupos especiales de becas para investigadores residentes en áreas no metropolitanas. Siendo las siguientes

ciudades las beneficiadas en esta ocasión: Cuenca (Ecuador), Cuzco (Perú), Sucre (Bolivia) e Iquique (Chile).

Los jurados estuvieron formados de la siguiente manera: Area Andina: Carlos Zubillaga, Clóvis Cavalcanti, María Herminia Tavares, Nicolás Flaño, Mariano Valderrama, Henry Pease y Lucas Pacheco; Provincias Area Andina: Carlos Reboratti, Carlos Bloch, Mariano Valderrama y Lucas

Pacheco; México y Centroamérica: Gabriel Aguilera, Gustavo Cabrera, Angel Flisfisch, José Luis Reyna, Jorge Schvarzer y Hélgio Trindade; Cono Sur y Brasil: María Grossi, Luis Rigal, Carlos Pareja y Carlos Pérez Arrarte. El mismo jurado seleccionó los proyectos de Provincias del Cono Sur.

Se examinaron 146 proyectos de las tres regiones y se adjudicaron 44 becas.

Los siguientes investigadores y proyectos fueron seleccionados como titulares de becas; se indica el centro patrocinante.

Argentina: Lucrecia Escudero, "Las Malvinas son argentinas": un caso de información en los medios de prensa nacionales, Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Rosario.

Claudia Fiant, **La mujer: trabajadora primaria o trabajadora secundaria**, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba.

Patricia Mitchell, **Directrices metodológicas para la implementación de programas de desarrollo local**, CEUR.

Ariana Vacchieri, **La construcción cultural de la memoria política (cine, periodismo y homenajes en la transición democrática)**, CEDES.

Brasil: Eduardo Garuti Noronha, **Os sindicatos frente a os beneficios sociais: un estudo do Brasil e Argentina**, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas - UNICAMP.

Chile: Francisca Marquez Belloni, **Experiencias y proyecciones futuras de las organizaciones económicas populares: un enfoque antropológico**, SUR.

Ana Cecilia Martner P., **El discurso educacional de la izquierda chilena en el periodo 1920-1973**, ECO-ILET.

Isabel Torres Dujisin, **El sistema de partidos en la década del sesenta**, FLACSO.

Paraguay: Olga Zarza, **Organizaciones barriales y lucha social urbana en Paraguay**, CPES.

Uruguay: Jorge Alvarez y Graciela Astiazaran, **La renta de la tierra: el caso del arroz y los lácteos**, Dpto. de Ciencias Económicas de la Universidad de la República.

Olga Artagaveytia, Mabel Hopenhaym e Inés Terra, **Uruguay y el FM: la experiencia reciente**, CIEDUR.

María del Rosario Beisso Quijano, **Modalidades del discurso informativo de la prensa montevideana: el caso Sodre**, CLAEH.

Aldo Ulises Guerrini Riestra, **Los movimientos sociales en la transición: el caso del cooperativismo de vivienda por ayuda mutua (1983-1986)**, CIESU

Mónica Maronna Giordano, **Fuerzas Armadas y sistema político uruguayo: intervención militar en los golpes de Estado en el S. XX**, CLAEH.

Sergio Milnitsky, Marisa Buchel y Carlos Durán, **Regulación y decisión colectiva en las empresas públicas uruguayas**, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República.

Iquique - Chile: Luis Fernando Gómez Morales, **Recopilación de antecedentes escritos y orales sobre el pensamiento**

obrero durante el ciclo salitrero en la provincia de Tarapaca, CIREN.

Julián González Reyes, Estudio de las políticas estatales en una región fronteriza, CIREN.

Costa Rica: Estrella Díaz, Alcances, limitaciones y perspectivas de la Unión Nacional de Pequeños y Medianos Productores Agropecuarios en el marco del sindicalismo agraria costarricense, FLACSO.

Eugenia Rodríguez, La coyuntura crediticia y la transición al capitalismo agrario en el valle central de Costa Rica (1850-1860), independiente.

Rosa María Pochet Coronado, Análisis sociológico del discurso jerárquico de la Iglesia Católica, CSUCA.

México: Mario Trujillo, El movimiento obrero en Nicaragua 1950-1980, CELA-UNAM.

Fidel Liberman, El complejo de la construcción en México, UAM-Azcapotzalco.

Juan Molinar Horcasitas, Elecciones en México. Autoritarismo y democracia, IISUNAM.

José Luis Lezama, Migración y petróleo, el caso de Tabasco, CEDDU-COLMEX.

Virgilio Alvarez, La participación popular como objetivo de la educación no formal, FLACSO.

Juan José Santibañez, Economía y política en las relaciones entre productores de un sistema agrario regional, FLACSO.

Bolivia: César Soto Santiesteban, Municipio, poder local y reforma del Estado: la gestión municipal en centros pequeños, el caso de Punata, CERES.

Marina Murillo, En torno a la problemática triguera, CIDES.

Colombia: Fabio López de la Roche, Estado y sociedad en Cuba: 1959-1963, Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo

Mauricio García, Organización campesina y Estado: el caso de los servicios estatales en el valle del Cauca, Departamento de Ciencias Políticas - UNIANDES.

Ecuador: Marcelo Córdoba, "El Randimbo": un modelo de producción y organización campesina, IEE.

Patricio Velarde, El rol de las ciudades intermedias en el Ecuador: estudio comparado entre Riobamba y Santo Domingo, CIUDAD.

Raquel Rodas, Socialización e ideología de género en familias de sectores populares de Quito, IEE.

Perú: Carlos Sánchez, Comportamiento político y sindical de los trabajadores industriales durante la crisis económica, CISEPA.

Alan Fairlie, Petróleo y desarrollo regional. La experiencia de la costa norte peruana, CISEPA.

Javier León, El atraso cambiario en el Perú. 1966-1985, CIUP.

Venezuela: Pedro Sassone, Diagnóstico de actividades informales en el área metropolitana de Caracas. Un estudio de casos: microcomerciantes, CENDES.

Odalís López, Los modelos del desarrollo económico venezolano en el contexto de diferentes expectativas acerca del petróleo, CENDES.

Cuenca-Ecuador: Marcelo León Jara, Del estructuralismo al monetarismo: el dualismo práctico de la política económica ecuatoriana en el período 80-86, IDIS.

Tarquino Orellana Serrano, Origen de la izquierda marxista en el Ecuador y su proyecto histórico, IDIS.

Sucre-Bolivia: Alfredo Caballero Zamora, La institucionalización de la locura en Bolivia, Archivo Nacional de Bolivia.

Vladimir Gutiérrez Pérez, Investigación de la política educativa del Estado boliviano en su devenir histórico, Archivo Nacional de Bolivia.

Cuzco-Perú: Ingrid Guzmán Sota y Margarita Huayhua Curse, La concepción sobre el tiempo y el espacio en el mundo andino y sus repercusiones en el proceso educativo: búsqueda de una identidad nacional, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de Las Casas".

Carlos Dávila Rojas, Cambios de explotación de recursos forestales en las comunidades campesinas. El caso de la Sierra Sur del Perú, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de Las Casas".

Susana Maggioli

CENTROS MIEMBROS DE CLACSO INVESTIGACIONES EN CURSO EN 1986

El Programa Documentación —creado con apoyo del IDRC de Canadá— tiene entre sus objetivos promover el uso de los resultados de investigaciones en curso realizadas en los

Centros Miembros de CLACSO.

Es así que continuamos la difusión de las respuestas recibidas entre 1985/1986 (1000 investigaciones en curso aproximadamente).

El Área Documentación funciona, en este caso, como un Centro de Referencia, por lo que solicitamos a toda persona interesada en alguna in-

vestigación aquí mencionada, se dirija directamente al Centro que encabeza cada listado.

Aprovechamos este medio de difusión para agradecer el esfuerzo y la colaboración prestados por los Centros Miembros en la consecución de este aporte a la comunidad académica latinoamericana. Asimismo, rogamos a los Centros Miembros nos envíen a la brevedad las investigaciones en curso correspondientes a 1986

Centro de Investigación y Promoción Educativa y Social (CIPES). Zabala 2677, 1426, Buenos Aires - Argentina.

Educación y tecnología para pequeños productores de escasos recursos.

Huertas Populares.

Educación de la familia para el aprestamiento del niño que ingresa a primer grado.

Atención educativa y propuestas de cambio en sectores populares urbanos.

Centros Comunitarios de Educación Popular.

Los trabajadores textiles: interrelación entre las transformaciones en el trabajo y en el grupo doméstico (Programa asociado al CIPES).

Centro de Economía Transnacional (CET). Caracé 530 - Apto. 1004, Montevideo - Uruguay.

Dinámica reciente del proceso de transnacionalización y participación de los países en desarrollo.

El capital extranjero en la Argentina: 1973-83.

Transnacionalización y política económica en América Latina (con estudios de caso en México, Argentina, Perú y Nicaragua).

El poder financiero internacional: FMI, Banco Mundial y banca transnacional.

América Latina y el comercio Sur-Sur de bienes de capital.

Participación de las empresas transnacionales en el comercio exterior de la Argentina.

La transferencia internacional de tecnología y las empresas transnacionales.

La difusión de tecnologías de punta en la Argentina.

Fundação Carlos Chagas. Av. Professor Francisco Morato 1565, Caixa Postal 11478, 05513 São Paulo - Brasil.

Direção escolar, poder político e mudança social.

Mães adolescentes: determinantes e conseqüências.

O ensino supletivo em São Paulo: entre ricas experiências e pobres resultados.

Pesquisa sobre mulher no Brasil.

Integração trabalho/escola na vida do menor.

Estudo de custo/aluno nas escolas particulares de 1ª e 2ª graus na Grande São Paulo.

A luta por creches no Município de São Paulo durante a década de 70.

O projeto educacional de famílias encortçadas.

Metodologias participativas em educação sexual.

Programa de Pesquisas sobre Creche.

A escola básica de 8 anos: da proposta às vicissitudes de sua implantação.

Acompanhamento de Egresos de Escolas Técnicas Agrícolas: uma oportunidade para a análise de integração escola/comunidade e para avaliação da função do ensino técnico a nível médio.

O "índio" nas nossas escolas.

Escola, sociedade e desempenho escolar: um estudo psicossocial de casos de repetência na escola pública de 1º grau.

A exclusão da escola de 1º grau: a perspectiva dos excluídos.

O ensino de 2º grau do ponto de vista de seus alunos e egressos.

O ensino de 2º grau: dois estudos de caso.

A escola rural de 1º grau. Um estudo de caso no interior do Piauí.

Avaliação da Educação Rural Básica no Nordeste Brasileiro.

Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP).
Rua Morgado Mateus, 615
- 04015, São Paulo - Brasil.

Superação das dificuldades de amamentação nos grupos sócio-econômicos de baixa renda.

Determinantes da queda recente da fecundidade no Brasil.

Avaliação do Programa Nacional em prol do Aleitamento Materno.

Transformações do sistema de relações trabalhistas no Brasil.

Mudança e planejamento social no estado de São Paulo.

Políticas, movimentos sociais e alternativas de desenvolvimento no campo.

Perfil da população das prisões do estado de São Paulo e caracterização das possibilidades de inserção do egresso.

Análise da conjuntura econômica e suas respercussões o estado de São Paulo.

Prospectiva tecnológica para a América Latina.

O complexo agroindustrial paulista.

Centro de Estudios del Desarrollo (CED).
Nueva de Lyon 0128,
Santiago 9 - Chile.

Políticas de desarrollo industrial.

Lecciones del modelo económico neoliberal.

Necesidades de inversión en infraestructura.

Política minera.

Política de desarrollo agrícola.

Política de inversión y redistribución de ingresos.

Concertación política y social.

Reforma municipal y participación local.

Políticas de desarrollo regional.

Condicionantes externos de la democracia.

Consecuencias sociales y políticas en los cambios productivos.

Desarrollo de la ciudad, vivienda y calidad de vida.

Un sistema de comunicación para la democracia.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
Apartado 5429,
San José - Costa Rica.
SECRETARIA GENERAL

El papel directo del sector público en el comercio exterior de Centroamérica.

Diagnóstico socioeconómico de las principales variables socio-económicas de la región durante los últimos 15 años.

Situación y perspectivas de comercio contrapartida en Centroamérica.

Estudios sobre clasificación racial en Centroamérica.

Partidos políticos, elecciones y transición a la democracia en Centroamérica.

Las relaciones de producción en los sectores agroexportadores: café y algodón en Nicaragua y El Salvador.

Diagnóstico socioeconómico para desarrollar las relaciones entre los países nórdicos y la Cuenca del Caribe.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
Sede México: Apartado Postal 20-021, Delegación Alvaro Obregón 01000, México D.F.

El control político-administrativo y la evolución del perfil cuantitativo del personal docente de educación primaria en México (1970-1980).

Educación técnica-industrial: cultura y política en la organización educativa.

Política agraria en el Ecuador: 1960-1984. El proyecto DRI en zonas de expansión de la frontera agrícola.

Concepciones de ciencia y tecnología en la educación tecnológica industrial del nivel medio superior.

Imágenes de la totalidad en la teoría política clásica.

Migración, educación y empleo en la ciudad de Salamanca, Guanajuato.

Macroeconomía dinámica. Los procesos de industrialización en América Latina: análisis comparativo de los casos de México, Brasil, Chile y Uruguay.

La sociedad civil de México contemporáneo. Tendencias y perspectivas. 1970-1980

Los empresarios frente al Estado. El conflicto durante el gobierno de José López Portillo, 1976-1982.

La formación de la burocracia administrativa y del sindicalismo magisterial en México (1876-1943).

Universidad latinoamericana y el cambio social.

Azúcar, mano de obra y proletarización en el Caribe.

Formas productivas y movilización social en la agricultura

La dimensión temporal y el nivel representativo-simbólico de la definición de las actividades femeninas.

La coalición de éjidotes del Valle del Yaqui y del Mayo, su contenido y su tendencia.

Educación de adultos, mercado de trabajo y cambio socio-cultural de los sectores populares en México.

El perfil y la producción científica de egresados de estudios de postgrado en ciencias sociales en México, 1976-1984. Un estudio de sociología de las profesiones.

Diagnóstico de los programas de post-gradó en ciencias sociales de México.

Educación superior y desarrollo regional en México.

**Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales (FLACSO).**

Sede Bolivia:
Casilla de Correo 20803,
La Paz - Bolivia.

La configuración de las clases capitalistas en la minería.

La acumulación originaria de capital y el carácter de la industria.

La crisis capitalista en Bolivia.

Alternativas de análisis de la deuda externa.

Movimiento obrero y desafío democrático.

Participación barrial: el caso de las juntas vecinales.

Acumulación y crisis en el sector minero.

**Instituto de Estudios
Ecuatorianos (IEE).**
Jerónimo Carrión 55 B
y Juan León Mera -
Apartado Postal 4536 A,
Quito - Ecuador.

Movimientos sociales regionales.

Apoyo al movimiento sindical: la salud en la clase trabajadora.

Diagnóstico de los asentamientos campesinos en el área de la reserva de producción faunística del Cuyabeno, Amazonia.

**Centro de Estudios
Sociológicos - El Colegio
de México.**
Camino al Ajusco N° 20
Col. Pedregal Sta. Teresa
- Z.P. 20 Apdo. Postal 20-671,
01000 México D.F.

Evolución de la teoría de la cuestión agraria: un estudio de los textos rurales de Max Weber.

Perspectivas de la reforma política en México.

El sistema alimentario de la ciudad de México.

El papel de las fuerzas armadas en el proceso de redemocratización en el cono sur: una visión desde la sociedad civil.

Desarrollo agrícola y urbanización en el bajo zamorano.

Sociología del cambio social en América Latina.

La evolución curricular y el progreso científico en los programas de postgrado en desarrollo nacional en universidades mexicanas, 1960-1985.

La representación política de la clase obrera en México.

Banco de Datos sobre elecciones en México.

Estado, burocracia y sociedad.

Mercados de trabajo urbanos.

Posibles implicaciones de la crisis económica sobre las formas de participación de las mujeres en América Latina.

Formación profesional y desempeño ocupacional.

Minorías étnicas y desarrollo humano y social.

Movimientos sociales y políticos distintivos del nuevo escenario urbano-metropolitano en México.

La disputa electoral ¿nuevas alternativas política empresarial?

Los sectores medios y la crisis en México. Estrategias individuales y formación de actores colectivos.

La política industrial de creación de polos de desarrollo.

Historia de la siderurgia en México.

Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas" (CERA).
Ahuacpinta 598 - Cusco - Apartado 477 - Perú.

Inversión pública y desarrollo: Cusco, 1980-1984.

Organizaciones campesinas y problema agrario: La Confederación Campesina del Perú CCP, 1974-1984.

Estructura del empleo y dinámica de mercados de trabajo urbanos en la región del Cusco.

Crisis de empresas asociativas y estructura agraria: caso del Cusco.

Gamponalismo: latifundio y poder local en el siglo XIX cusqueño.

Posibilidades y perspectivas de desarrollo e integración fronteriza.

Herramientas agrícolas andinas.

Política agraria y campesinado: análisis y perspectivas.

Estrategias de sobrevivencia en comunidades campesinas.

Crecimiento y desarrollo de la ciudad del Cusco después del terremoto de 1950.

Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo, Uruguay (CIEDUR).
Joaquín Requena 1375, Montevideo - Uruguay.

La nueva política económica del Estado uruguayo y el sector agropecuario.

Concentración y desarrollo de la industria manufacturera en un país atrasado pequeño: el caso de Uruguay a partir de 1968.

Tasa de interés, tipo de cambio y crecimiento económico.

Evaluación y perspectivas del complejo pesquero del Uruguay.

Actividades de apoyo al movimiento sindical.

Sector informal: naturaleza y evolución del mercado de trabajo y la pequeña empresa urbana.

Bases de un programa de acción para los agricultores familiares del Uruguay.

Proyecto de actividades de capacitación y difusión en el medio rural y sectores populares urbanos.

Lenguaje para Investigadores en Ciencias Sociales (LICS).

Uruguay: la "reacción rural" (1915-1933).

Política económica y contexto social. Uruguay 1979-1983.

Exportaciones no tradicionales y contexto social.

Política económica, crecimiento y cambio tecnológico en el complejo sectorial avícola uruguayo. 1968-1983.

Rentabilidad y crecimiento industrial. Uruguay 1968-1983.

El sistema de producción arrocero: un análisis del cambio tecnológico, Uruguay 1960-1979.

Un modelo de integración entre dos o más países de América Latina.

Política económica y distribución funcional del ingreso en el Uruguay: 1974-1984.

La industria del metal en el Uruguay (1973-1983): Perspectivas de desarrollo.

Instancias de concertación y nuevos actores: el caso de algunos movimientos sociales.

Investigación y divulgación sobre el proceso de industrialización e industria alimentaria.

Evolución de experiencias de cooperativas de vivienda de ayuda mutua. Estudios de caso en Montevideo y Paysandú.

CLACSO

Ramón Torres Molina,
Unitarios y federales
en la historia argentina

Editorial Contrapunto,
Buenos Aires, 1986

El trabajo que es el resultado de una beca de investigación otorgada por el Programa de Asistencia Académica Individual de CLACSO, año académico 1983-84.

El autor expone su propuesta de interpretación sobre las luchas entre unitarios y federales en la Argentina del siglo XIX y sobre las propias contradicciones en el seno del federalismo. "Estos desplazamientos políticos nos demuestran que

nunca se da en la historia una continuidad lineal. La política nacionalista que tuvo por objetivo la formación de un Estado independiente se manifestó en la historia argentina, a través de sectores políticos que se opusieron entre sí, y que en el curso de la evolución política adoptaron distintas posiciones. El federalismo argentino fue una de esas etapas en la lucha por la formación de un Estado independiente".

IISUNAM (México)

Labastida, Julio (comp),
Dictadores y dictaduras

Siglo Veintiuno Editores,
México, 1986.

El presente volumen está constituido por algunos de los trabajos presentados en el seminario organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México sobre las dictaduras y los dictadores en América Latina.

El artículo de Alain Rouquié es una reflexión y un replanteo del concepto de dictadura. Waldo Ansaldi presenta el análisis de un caso específico: el de Juan Manuel de Rosas, descubriéndonos la personalidad de éste y, a la vez, un análisis de las transformaciones económicas que tuvo la Argentina en su época. Sergio Guerra Vilaboy revaloriza la figura, tan discutida, del doctor Francia. El caso del dictador García Moreno es investigado por Enrique Ayala Mora con una visión que intenta una caracterización de la época desde una perspectiva estructural. Luis González se centra en el estudio de la dictadura porfirista:

hace un ameno recorrido por la historiografía escrita en torno de Díaz para después presentarlo como un gobernante que se mantuvo en el poder gracias a una política orientada al orden, la paz social y el progreso. Carrera Damas presenta un análisis del dictador venezolano Juan Vicente Gómez; su trabajo pretende mostrar al Gómez hombre y no una relación histórica de la dictadura. El trabajo de Mónica Hirst acerca de la "era de Vargas" se inscribe dentro del análisis político. Finalmente, Pablo González Casanova hace una tipificación de las dictaduras de América Latina a lo largo de su historia.

Quiénes deseen consultarlo deben dirigirse al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM), Torre de Humanidades II, 7º piso, Ciudad Universitaria, México 045-10, D.F. o a Siglo Veintiuno Editores.

FLACSO COSTA RICA (Organismo Internacional)

Menjívar, Rafael y López,
José Roberto (comps.),
Intercambio compensado y
crisis del comercio regional

FLACSO, San José,
Costa Rica, 1985.

La evolución de los principales indicadores económicos y políticos de la crisis centroamericana explican el resurgimiento de las modalidades del comercio de contrapartida — entre ellas de trueque— como instrumentos para ahorrar divisas, mantener o promover mercados y sostener el nivel mínimo de importaciones.

Estudiar las experiencias en estas formas de comercio no convencional, que en Centroamérica se inician en 1965 con la Ley de Trueque de

Costa Rica, es el principal objetivo de este trabajo.

Sus autores, provenientes de diferentes regiones y países, son especialistas en economía internacional.

Los que quieran consultar esta obra deben dirigirse a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Apartado 5429, San José, Costa Rica.

FLACSO CHILE (Organismo Internacional)

Kirkwood, Julieta,
Ser política en Chile,

FLACSO, Santiago, Chile,
1986. (Obra póstuma).

“Más que una historia feminista exhaustiva, este texto es una lectura feminista de nuestra historia con mis ojos abriéndose a la idea. Es una historia para que la conversemos, la dudemos, la reflexionemos, le restituyamos vida.

Está compuesta de una serie de ensayos y reflexiones, sobre todo en el difícil e intrincado tema de cómo se relacionan los ámbitos que tradicionalmente han cortado la vida. Examinar lo privado y lo público, lo doméstico y lo político, sus separaciones tajantes, sus desvirtuaciones, las divisiones de géneros, eficientes, precisas, que desembocan en profesionalizaciones de la vida: para el género femenino, y en el restañar afectos y la

profesionalización —que no contiene error— del aniquilamiento terrenal: para el género masculino.

Creo que toda esta reflexión nos puede ser útil para los actos que emprendamos en la construcción de la nueva historia, humanizada por la sola voluntad de desprenderse de las limitaciones que, las feministas hemos probado, constituyen un freno para la constitución de una sociedad verdaderamente democrática”.

Quienes deseen tomar contacto con esta obra deben dirigirse a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Leopoldo Urrutia 1950, Santiago, Chile.

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA Y
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA AZCAPOTZALCO (México)**

Nelson, Catherine (comp.),
Max Weber: elementos de
sociología

Puebla, 1985.

Este libro presenta cuatro ensayos donde cada uno aporta ideas e interpretaciones nuevas sobre aspectos específicos de la temática weberiana. Francisco Galván aborda el proceso de institucionalización de la sociología en Alemania, los orígenes sociológicos del pensamiento weberiano y algunos de sus aportes conceptuales más ricos que Weber nos legó. Lidia Girola realiza un esfuerzo original al utilizar la metodología weberiana en el examen del caso concreto de la burocracia. Catherine Nelson demuestra la distancia entre los planteamientos

de Weber y Talcott Parsons sobre un tema fundamental en las ciencias sociales: la existencia de la desigualdad entre los hombres y la sobrevivencia de un sistema de estratificación social. Virginia Sánchez analiza la presencia —real o tergiversada— de Weber en una polémica actual en la sociología europea: la que encabezan Niklas Luhman y Jürgen Habermas.

La Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco queda en Av. San Pablo N° 180, Col. Reynosa Tamaulipas, Apartado Postal 16-306, Delegación Azcapotzalco, 02200 México, D.F.

DESCO (Perú)

Ballón, Eduardo (comp.),
Movimientos sociales y
crisis:
el caso peruano

DESCO, Lima,
1986.

La crisis reciente que vive el Perú a diferencia de otras similares, tiene, como uno de sus rasgos más salientes efectos de dispersión y fragmentación en los distintos sectores sociales. Entender la magnitud de tales efectos y la manera en que los distintos movimientos sociales viven la crisis, actúan en ésta y van definiendo su identidad, es uno de los objetivos centrales del presente libro.

En otras palabras, se trata de leer la crisis desde los sujetos y sus organizaciones. Sendero Luminoso, el movimiento sindical, el movimiento de pobladores, los movimientos regionales y los empresarios, buscan ser explicados en sus dinámicas internas en el contexto del segundo belandismo, así como en sus

relaciones con la sociedad en su conjunto.

Los distintos ensayos de este libro, lejos de pretender agotar una reflexión, buscan aportar a un debate que se inicia en el país, y que está estrechamente ligado al replanteamiento de la política y al peso específico de la sociedad dentro de ésta. El hecho de definir a los movimientos sociales como el eje central del análisis, apunta a la observación de la realidad concreta de los diversos actores en pugna en nuestra sociedad y supera los estériles debates sobre el accionar de sujetos prefigurados desde la teoría.

El Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO) tiene su dirección en Av. Salaverry 1945 - Lince - Lima 14; Perú.

Comité Directivo

Gabriel Aguilera Peralta
Carlos Bloch
Gustavo Cabrera
Clóvis Cavalcanti
Nicolás Flaño
Angel Flisfisch
Carlos Martínez Assad
Lucas Pacheco Prado
Henry Pease García
Carlos Reboratti
José Luis Reyna
Marcia Rivera Quintero
Jorge Schvarzer
Héctor Silva Michelena
María Herminia Tavares de Almeida
Hélgio Trindade
Mariano Valderrama
Carlos Zubillaga

Secretaría Ejecutiva

Secretario Ejecutivo:
Fernando Calderón

Asistente Especial:
Waldo Ansaldi

Coordinador del Proyecto PNUD-UNESCO-CLACSO:
Mario dos Santos

Coordinadora del Programa de Formación:
Patricia Provoste

Coordinadora del Programa de Publicaciones:
Cristina Miceli

Asistente:
Ariel Scher

Coordinadora del Programa de Documentación:
Dominique Babini

Asistente:
Elsa Noya

Asistente:
Ana Wortman

DAVID Y GOLIATH, Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, es una publicación del Programa de Publicaciones de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO. Fue creada como vínculo de los científicos sociales latinoamericanos, actuando como puente entre los centros afiliados al Consejo, entre los investigadores de esos centros y de la comunidad de las ciencias sociales en general, como así también sirviendo de vocero de los grupos y comisiones de trabajo y de nexo entre CLACSO y organizaciones similares. Trata de constituir un medio informativo y de intercambio académico y simultáneamente ser un órgano de opinión político-académica adecuado a las realidades latinoamericanas de hoy. Se realiza con el apoyo del IDRC y del SAREC.

Las opiniones vertidas en los artículos son responsabilidad de los autores y no tienen, por lo tanto, un carácter institucional.

EDITOR RESPONSABLE:
Fernando Calderón

DIRECTORES:
Fernando Calderón y
Waldo Ansaldi

SECRETARIA DE REDACCION:
Cristina Miceli

REDACTORA:
Elsa Noya

Precio del ejemplar u\$s 5.00. En Argentina, por precio de tapa vigente.

Suscripción: La suscripción a cuatro números es de u\$s 20.00 más un adicional de u\$s 3.00 para envío aéreo.

Registro de la Propiedad Intelectual N° 71.146. Hecho el depósito que marca la ley N° 11.723.

Av. Callao 875, 3° E, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Diseño gráfico y diagramación:
Beatriz Burecovics
Ilustraciones y diseño de tapa:
Viviana Barletta

Fotomecánica e Impresión: Taller Luna, Raúl Scalabrini Ortiz 943, Buenos Aires.

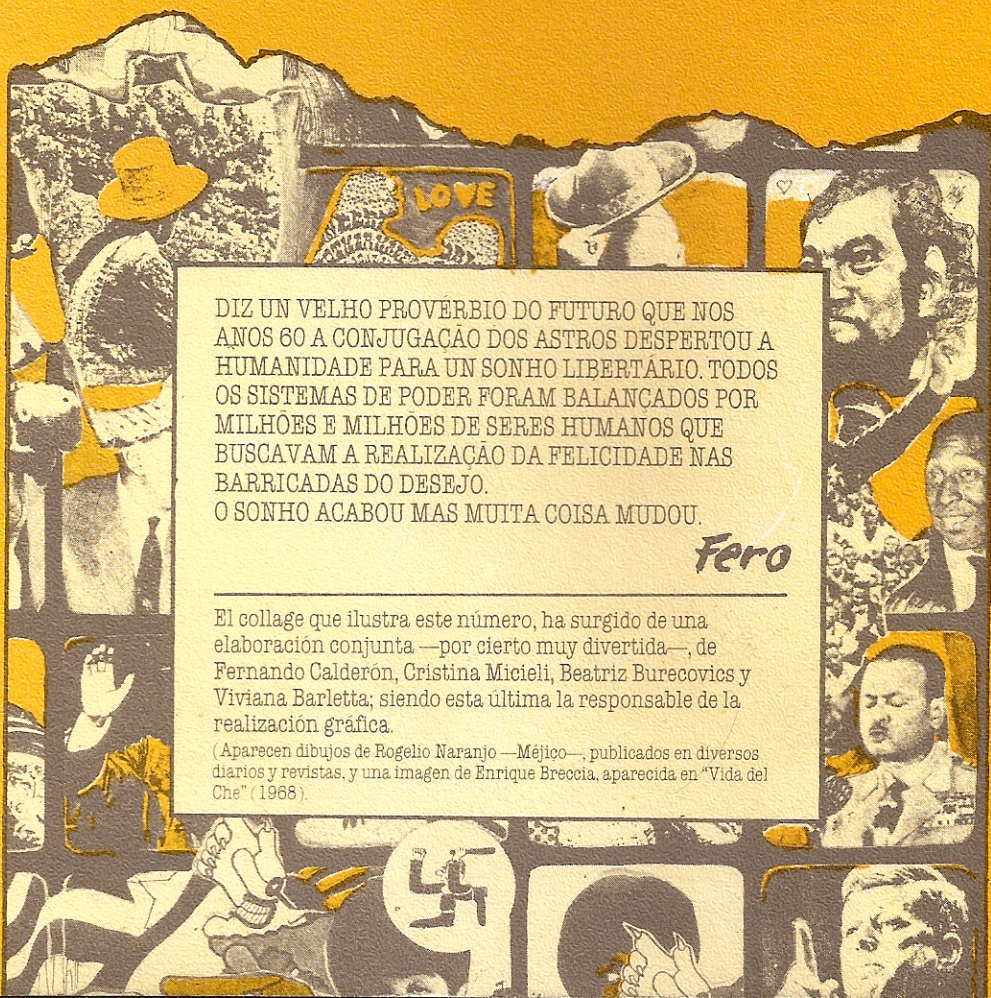
DAVID Y GOLIATH es reimpresión y distribuida parcialmente desde México. Esta tarea está a cargo del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), calle Avemaría N° 23, col. Coyoacán, C.P. 04000 México D.F.



David y Goliath es la metáfora de un combate desigual, el de la fuerza y la razón. Fuerza y razón son dos constantes de nuestra historia latinoamericana. A veces la fuerza se disfraza en la razón de la sinrazón, en el irracionalismo otras, en la pura no razón y en ambos casos los pueblos terminan pagando. Pero no siempre la razón coincide consigo misma, no siempre la razón se asume como fuerza intrínseca y también los pueblos pagan los errores de esta razón extraviada.

Constantes pero no determinantes..., la lógica de esta vieja confrontación necesariamente marca la práctica de los científicos sociales en particular y de los intelectuales en general, se expresa en la pertinencia o impertinencia temática, en los criterios de verdad, en la medida del buen uso teórico. Es en el interior de esta relación desigual y no en un espacio subordinado y vacío donde se define y debe definirse nuestro trabajo.

Todavía prosigue el combate de David y Goliath, porque ninguna pedrada es capaz de concluir con esta historia que estamos contando y que seguiremos contando y construyendo hasta donde podamos. Nuestra modesta responsabilidad nos obliga a perseverar, dejando para otros tiempos el desaliento y el crepúsculo.



DIZ UN VELHO PROVERBIO DO FUTURO QUE NOS ANOS 60 A CONJUGAÇÃO DOS ASTROS DESPERTOU A HUMANIDADE PARA UN SONHO LIBERTÁRIO. TODOS OS SISTEMAS DE PODER FORAM BALANCADOS POR MILHÕES E MILHOES DE SERES HUMANOS QUE BUSCAVAM A REALIZAÇÃO DA FELICIDADE NAS BARRICADAS DO DESEJO. O SONHO ACABOU MAS MUITA COISA MUDOU.

Fero

El collage que ilustra este número, ha surgido de una elaboración conjunta —por cierto muy divertida—, de Fernando Calderón, Cristina Micieli, Beatriz Burecovic y Viviana Barletta; siendo esta última la responsable de la realización gráfica.

(Aparecen dibujos de Rogelio Naranjo —Méjico—, publicados en diversos diarios y revistas, y una imagen de Enrique Breccia, aparecida en "Vida del Che" (1968).